DESPERTAR

L. J. SMITH

CRÓNICAS VAMPÍRICAS

DESTINO

L. J. SMITH

DESPERTAR

CRÓNICAS VAMPIRICAS 01

A mi querida amiga y hermana Judy.

Con un agradecimiento especial a Anne Smith, Peggy Bokulic, Anne Marie Smith y Laura Penny por la información sobre Virginia, y a Jack y Sue Check por toda su sabiduría popular.



Índice



ARGUMENTO

Stefan Salvatore, el nuevo alumno de Fell's Church, arrastra con él un misterioso pasado y también a alguien que sólo desea venganza, su hermano Damon: su odio excede las barreras del tiempo... Ahora tratan de reproducir un mortífero triángulo amoroso que tiene en su centro a Elena, la chica más popular del instituto.



Capítulo 1

4 de septiembre

Querido diario:

~~Algo horrible va a suceder hoy.~~

No sé por qué escribí eso. Es de locos. No hay ningún motivo para que me sienta inquieta y todos para que sea feliz, pero...

Pero aquí estoy a las 5.30 de la mañana, despierta y asustada. No hago más que decirme que simplemente sucede que estoy hecha un lío debido a la diferencia horaria entre Francia y aquí. Pero eso no explica por qué me siento tan asustada. Tan perdida.

Anteayer, mientras tía Judith, Margaret y yo volvíamos del aeropuerto en coche, tuve una sensación muy extraña. Cuando giramos en nuestra calle, pensé de repente: «Mamá y papá nos están esperando en casa. Apuesto a que estarán en el porche delantero o en la sala de estar mirando por la ventana. Deben de haberme echado mucho de menos».

Lo sé. Es de locos.

Pero incluso cuando vi la casa y el porche delantero vacío seguí sintiendo lo mismo. Subí corriendo los escalones y llamé con la aldaba. Y cuando tía Judith abrió con la llave me precipité adentro y simplemente me quedé en el vestíbulo escuchando, esperado oír a mamá bajar por la escalera o a papá llamando desde el estudio.

Justo entonces, tía Judith soltó ruidosamente una maleta en el suelo detrás de mí, lanzó un enorme suspiro y dijo: «Estamos en casa». Margaret rió. Y me invadió la sensación más horrible que he tenido jamás. Nunca me he sentido tan total y completamente perdida.

Casa. Estoy en casa. ¿Por qué suena eso como una mentira?

Nací aquí, en Fell's Church. Siempre he vivido en esta casa, siempre. Esta es mi misma vieja habitación, con la leve marca de quemadura en las tablas del suelo donde Caroline y yo intentamos esconder cigarrillos en quinto grado y estuvimos a punto de asfixiarnos. Puedo mirar por la ventana y ver el enorme membrillo al que Matt y los chicos treparon para

colarse en la fiesta de pijamas de mi cumpleaños hace dos años. Ésta es mi cama, mi silla, mi tocador.

Pero en estos momentos todo me parece extraño, como si yo no perteneciera aquí. Soy yo la que está fuera de lugar. Y lo peor es que siento que hay algún lugar al que pertenezco, sólo que no logro encontrarlo.

Ayer estaba demasiado cansada para ir a Orientación. Meredith recogió mi programa por mí, pero yo no tuve ganas de hablar con ella por teléfono. Tía Judith dijo a todos los que llamaban que tenía jet lag y dormía, pero me observó durante la cena con una curiosa expresión en el rostro.

Tengo que ver a la pandilla hoy, no obstante. Se supone que debemos encontrarnos en el aparcamiento antes del instituto. ¿Estoy asustada por eso? ¿Les tengo miedo?

Elena Gilbert dejó de escribir. Contempló fijamente la última línea que había escrito y luego meneó la cabeza, con la pluma cerniéndose sobre el pequeño libro con tapa de terciopelo azul. Luego, con un gesto repentino, alzó la cabeza, y arrojó pluma y libro a la gran ventana mirador, donde rebotaron inofensivamente y aterrizaron sobre el tapizado asiento interior que había al pie de la ventana.

Todo era tan totalmente ridículo...

¿Desde cuándo ella, Elena Gilbert, había tenido miedo de reunirse con gente? ¿Desde cuándo la había asustado nada? Se puso en pie y, llena de enfado, introdujo los brazos en un quimono de seda roja. Ni siquiera echó una ojeada al trabajado espejo Victoriano sobre el tocador de madera de cerezo; sabía lo que vería. Elena Gilbert, rubia, esbelta y fantástica, la que marcaba tendencias, la alumna de último curso de secundaría, la chica que todos los chicos deseaban y que todas las chicas querían ser. La chica que justo en aquellos momentos mostraba una cara de pocos amigos y tenía los labios apretados.

«Un baño caliente y un poco de café y me tranquilizaré», pensó. El ritual matutino de darse un baño y vestirse resultó relajante y se lo tomó con parsimonia, revisando los nuevos conjuntos traídos de París. Finalmente eligió una combinación de un top rojo y unos shorts blancos de lino que le daban un aspecto muy atractivo. «Bastante apetitosa», pensó, y el espejo mostró una muchacha con una sonrisa inescrutable. Sus anteriores temores se habían desvanecido, olvidados.

—¿Elena? ¿Dónde estás? ¡Llegarás tarde al instituto! —La voz ascendió débilmente desde abajo.

Elena volvió a pasar el cepillo por su melena sedosa y la sujetó atrás con una cinta de un rojo intenso. Luego cogió su mochila y descendió la escalera.

En la cocina, Margaret, de cuatro años, comía cereales sentada a la mesa, y tía Judith cocinaba algo en los fogones. Tía Judith era la clase de mujer que siempre parecía vagamente aturallada; tenía un rostro delgado y afable y un cabello claro y lacio echado hacia atrás descuidadamente. Elena le dio un beso en la mejilla.

—¡Buenos días a todo el mundo! Lamento no tener tiempo para desayunar.

—Pero, Elena, no puedes salir así sin comer. Necesitas tus proteínas...

—Comeré una rosquilla antes del instituto —respondió ella con vivacidad.

Depositó un beso en la rubia cabeza de Margaret y dio la vuelta para marcharse.

—Pero, Elena...

—Y probablemente iré a casa de Bonnie o Meredith después de clase, de modo que no me esperéis para cenar. ¡Adiós!

—Elena...

Elena estaba ya en la puerta principal. La cerró tras ella, cortando las distantes protestas de tía Judith, y salió al porche delantero.

Y se detuvo.

Todas las malas sensaciones de la mañana volvieron a abalanzarse sobre ella. La ansiedad, el miedo. Y la certeza de que algo terrible estaba a punto de ocurrir.

La calle Maple estaba desierta. Las altas casas victorianas parecían extrañas y silenciosas, como si todas estuvieran vacías por dentro, como las casas de un plató abandonado. Parecían vacías de gente, pero llenas de extrañas cosas vigilantes.

Eso era: algo la vigilaba. El cielo sobre su cabeza no era azul, sino lechoso y opaco, como un cuenco gigante vuelto boca abajo. El aire era sofocante, y Elena tuvo la seguridad de que había ojos observándola.

Vio algo oscuro en las ramas del viejo membrillo que había frente a la casa.

Era un cuervo, tan inmóvil como las hojas teñidas de amarillo de su alrededor. Y era la cosa que la observaba.

Intentó decirse que era ridículo, pero en cierto modo lo sabía. Era el cuervo más grande que había visto nunca, gordo y brillante, con arcos iris centelleando en sus plumas negras. Podía ver cada detalle con claridad: las ávidas garras oscuras, el afilado pico, el individual y centelleante ojo negro.

Estaba tan quieto que podría haber sido un modelo en cera de un ave colocado allí. Pero mientras lo contemplaba fijamente, Elena se sintió enrojecer poco a poco, el calor ascendiendo en oleadas por la garganta y las mejillas. Porque... la miraba a ella. La miraba del modo con que los

chicos la miraban cuando llevaba un bañador o una blusa muy fina. Como si la desvistiera con los ojos.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, ya había soltado la mochila y cogido una piedra de la entrada.

—¡Fuera de aquí! —dijo, y oyó la temblorosa cólera de su propia voz—. ¡Vamos! ¡Vete! —Con la última palabra, arrojó la piedra.

Hubo una explosión de hojas, pero el cuervo remontó el vuelo indemne. Las alas eran enormes y hacían tanto ruido como toda una bandada de cuervos. Elena se acuclilló, repentinamente presa del pánico, cuando el ave aleteó justo por encima de su cabeza, alborotando sus cabellos rubios con el viento producido por las alas.

Pero volvió a alzarse abruptamente y describió un círculo, una silueta negra recortada en el cielo blanco como el papel. Luego, con un graznido ronco, giró y se marchó en dirección al bosque.

Elena se irguió despacio, luego miró en derredor, cohibida. No podía creer lo que acababa de hacer. Pero ahora que el pájaro se había ido, el cielo volvía a parecer normal. Un leve viento agitó las hojas, y Elena aspiró profundamente. Calle abajo, una puerta se abrió y varios niños salieron en tropel, riendo.

Elena les sonrió y volvió a tomar aire, sintiendo que una sensación de alivio la inundaba igual que la luz solar. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Era un día hermoso, que prometía mucho, y nada malo iba a suceder.

Nada malo iba a suceder; excepto que llegaría tarde al instituto. Toda la pandilla la estaría aguardando en el aparcamiento.

Siempre podía contarles a todos que se había detenido para arrojarle piedras a un mirón, se dijo, y casi soltó una risita divertida. Eso sí les daría algo en que pensar.

Sin siquiera una mirada atrás al membrillo, empezó a andar tan de prisa como pudo calle abajo.

El cuervo se abrió paso violentamente por entre la parte superior de un roble enorme, y la cabeza de Stefan se alzó de golpe de un modo reflejo. Cuando vio que no era más que un pájaro, se relajó.

Sus ojos descendieron hasta la blanca figura flácida en sus manos, y notó que el rostro se le crispaba con pesar. No había querido matarlo. Habría cazado algo mayor que un conejo de haber sabido lo hambriento que estaba. Pero, claro, eso era justo lo que lo asustaba: no saber nunca lo fuerte que sería el hambre, o qué tendría que hacer para satisfacerla. Tenía suerte de haber matado sólo a un conejo en esa ocasión.

Se puso en pie bajo los viejos robles, con la luz del sol filtrándose hasta sus cabellos rizados. En téjanos y con una camiseta, Stefan Salvatore tenía todo el aspecto de un alumno normal y corriente de secundaria.

No lo era.

Se había internado en lo más profundo del bosque, donde nadie podría verlo, para alimentarse, y en aquellos momentos se pasaba la lengua a conciencia por encías y labios, para asegurarse de que no había ninguna mancha en ellos. No quería correr riesgos. Ya iba a ser bastante difícil llevar a cabo aquella mascarada.

Por un momento se preguntó, una vez más, si no debería dejarlo correr. Quizá debería regresar a Italia, de vuelta a su escondite. ¿Qué le hacía pensar que podía reincorporarse al mundo de la luz diurna?

Pero estaba cansado de vivir en sombras. Estaba cansado de la oscuridad y de las cosas que vivían en ella. Sobre todo, estaba cansado de estar solo.

No estaba seguro de por qué había escogido Fell's Church, en Virginia. Era una ciudad joven, según su criterio; los edificios más antiguos los habían levantado hacía sólo un siglo y medio. Pero recuerdos y fantasmas de la guerra de Secesión todavía vivían allí, tan reales como los supermercados y los locales de comida rápida.

Stefan apreciaba el respeto por el pasado y pensaba que podría llegar a gustarle la gente de Fell's Church. Y a lo mejor —sólo a lo mejor— podría encontrar un lugar entre ella.

Jamás le aceptarían por completo, desde luego. Una amarga sonrisa curvó sus labios ante la idea. Sabía bien que no podía esperar eso. Jamás habría un lugar al que pudiera pertenecer por completo, donde pudiera ser realmente él.

A menos que eligiera pertenecer a las sombras...

Desechó la idea violentamente. Había renunciado a la oscuridad; había dejado atrás las sombras. Estaba borrando todos aquellos largos años y empezando otra vez, hoy.

Advirtió que todavía sostenía el conejo. Con suavidad, lo depositó sobre el lecho de hojas secas de roble. A lo lejos, demasiado lejos para que el oído humano lo captara, reconoció los sonidos de un zorro.

«Apresúrate, camarada cazador —pensó entristecido—. Te espera el desayuno.»

Al echarse la chaqueta sobre los hombros, reparó en el cuervo que lo había perturbado antes. Seguía posado en el roble y parecía observarle. Había algo que resultaba impropio en él.

Empezó a lanzar un pensamiento de sondeo en su dirección, para examinar al ave, y se detuvo. «Recuerda tu promesa —pensó—. No usarás los Poderes a menos que sea absolutamente necesario. No a menos que no haya otra posibilidad.»

Moviéndose casi en silencio por entre las hojas y las ramitas secas, se encaminó hacia el linde del bosque. Su coche estaba aparcado allí. Miró hacia atrás una vez y vio que el cuervo había abandonado las ramas y saltado sobre el conejo.

Había algo siniestro en el modo en que extendía las alas sobre el cuerpo blanco y flácido, algo siniestro y triunfal. A Stefan se le hizo un nudo en la garganta y estuvo a punto de volver atrás para ahuyentar al pájaro. Con todo, tenía tanto derecho a comer como el zorro, se dijo.

Tanto derecho como él mismo.

Si volvía a tropezarse con el ave, echaría una mirada en su mente, decidió. Por el momento, apartó los ojos de él y corrió a través del bosque, con expresión decidida. No quería llegar tarde al instituto de secundaria Robert E. Lee.



Capítulo 2

En cuanto puso el pie en el aparcamiento del instituto, Elena se vio rodeada. Todo el mundo estaba allí, la pandilla que no había visto desde finales de junio, más cuatro o cinco advenedizas que esperaban obtener popularidad por asociación. Uno a uno aceptó los abrazos de bienvenida de su propio grupo.

Caroline había crecido al menos casi tres centímetros y resultaba más sensual y más parecida a una modelo de Vogue que nunca. Recibió a Elena con frialdad y volvió a retroceder con los verdes ojos entrecerrados como los de un gato.

Bonnie no había crecido en absoluto y su rizada cabeza roja apenas le llegaba a Elena a la barbilla cuando le arrojó los brazos al cuello. «Un momento... ¿rizos?», pensó Elena. Apartó a la menuda muchacha.

—¡Bonnie! ¿Qué le has hecho a tu cabello?

—¿Te gusta? Creo que me hace parecer más alta.

Bonnie se ahuecó el ya ahuecado flequillo y sonrió, los ojos castaños centelleando emocionados y el menudo rostro ovalado encendido.

Elena siguió adelante.

—Meredith. No has cambiado nada.

Aquel abrazo fue igualmente afectuoso por ambas partes. Había echado de menos a Meredith más que a nadie, se dijo Elena, mirando a la alta muchacha. Meredith jamás llevaba maquillaje; pero, por otra parte, con su perfecta tez aceitunada y sus espesas pestañas negras, no lo necesitaba. Justo en aquel momento tenía una elegante ceja enarcada mientras estudiaba a Elena.

—Bueno, tus cabellos son dos tonos más claros debido al sol... Pero ¿dónde está tu bronceado? Creía que te estabas dando la gran vida en la Costa Azul.

—Ya sabes que nunca me bronceo.

Elena le enseñó las manos para que las inspeccionara. La piel estaba impecable, igual que porcelana, pero casi tan blanca y traslúcida como la de Bonnie.

—Sólo un minuto; esto me recuerda algo —terció Bonnie, agarrando una de las manos de Elena—. ¡Adivinad qué aprendí de mi prima este verano!

—Antes de que nadie pudiera hablar, ella misma comunicó triunfal—: ¡A leer las manos!

Se escucharon gemidos y algunas carcajadas.

—Reíd todo lo que queráis —replicó Bonnie, sin mostrarse afectada—. Mi prima me dijo que soy médium. Ahora, veamos...

Escrutó la palma de Elena.

—Date prisa o vamos a llegar tarde —dijo Elena, un tanto impaciente.

—De acuerdo, de acuerdo. Bien, ésta es tu línea de la vida... ¿o es la línea del corazón? —En el grupo, alguien lanzó una risita—. Silencio; estoy penetrando en el vacío. Veo... Veo... —de improviso, el rostro de Bonnie pareció desconcertado, como si se hubiera sobresaltado. Los ojos castaños se abrieron de par en par, pero ya no parecía contemplar la mano de Elena. Era como si mirara a través de ella... a algo aterrador.

—Conocerás a un desconocido alto y moreno —murmuró Meredith desde detrás de ella y se escuchó un aluvión de risitas.

—Moreno sí, y un desconocido..., pero no alto —la voz de Bonnie sonaba baja y lejana.

—Aunque —prosiguió tras un instante, con aspecto perplejo—, fue alto en una ocasión. —Los abiertos ojos castaños se alzaron hacia Elena desconcertados—. Pero eso es imposible... ¿verdad? —Soltó la mano de su amiga, casi arrojándola lejos—. No quiero ver más.

—Muy bien, se acabó el espectáculo. Vamos —dijo Elena a las demás, vagamente irritada.

Siempre le había parecido que los trucos de las médiums no eran más que eso, trucos. Entonces, ¿por qué se sentía molesta? ¿Sólo porque aquella mañana casi le había dado un ataque...?

Las jóvenes iniciaron la marcha hacia el edificio de la escuela, pero el rugido de un motor puesto a punto con precisión las detuvo a todas en seco.

—Vaya —dijo Caroline, mirándolo fijamente—. Menudo coche.

—Menudo Porsche —la corrigió Meredith con sequedad.

El elegante Turbo 911 negro ronroneó por el aparcamiento, buscando un espacio mientras se movía perezosamente como una pantera acechando a su presa.

Cuando el automóvil se detuvo, la puerta se abrió y tuvieron una breve visión del conductor.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Caroline.

—Ya puedes repetirlo —musitó Bonnie.

Desde donde se encontraba, Elena vio que el joven tenía un cuerpo delgado de musculatura plana. Llevaba unos vaqueros descoloridos que probablemente tenía que despegar del cuerpo por la noche, una camiseta

ajustada y una chaqueta de cuero de un corte poco común. El cabello era ondulado... y oscuro.

No era alto, sin embargo. Tenía una altura corriente.

Elena soltó el aliento que había contenido.

—¿Quién es ese hombre enmascarado? —preguntó Meredith.

El comentario era acertado: unas oscuras gafas de sol cubrían completamente los ojos del joven, ocultando el rostro como una máscara.

—Ese desconocido enmascarado —dijo alguien más y se elevó un murmullo de voces.

—¿Veis esa chaqueta? Es italiana, seguro.

—¿Cómo puedes saberlo? ¡Nunca has ido más allá de Little Italy de Nueva York!

—¡Uh, ah! Elena vuelve a tener esa mirada. Esa expresión cazadora.

—Bajo-moreno-y-apuesto, será mejor que tengas cuidado.

—¡No es bajo; es perfecto!

En medio del parloteo, la voz de Caroline se dejó oír de repente.

—Vamos, Elena. Tú ya tienes a Matt. ¿Qué más quieres? ¿Qué puedes hacer con dos que no puedas hacer con uno?

—Lo mismo... sólo que durante más tiempo —dijo Meredith arrastrando las palabras y el grupo prorrumpió en carcajadas.

El muchacho había cerrado el coche y caminaba hacia la escuela. Con indiferencia, Elena empezó a andar tras él, con las otras chicas justo detrás de ella en un grupo compacto. Por un instante, la irritación burbujeó en su interior. ¿Es que no podía ir a ninguna parte sin toda una procesión pisándole los talones? Pero Meredith atrajo su mirada, y la muchacha sonrió a pesar suyo.

—*Noblesse oblige* —dijo Meredith en voz baja.

—¿Qué?

—Si vas a ser la reina del instituto, tienes que aguantar las consecuencias.

Elena torció el gesto mientras entraban en el edificio. Un largo pasillo se extendía ante ellas, y una figura en téjanos y chaqueta de cuero desaparecía en aquel momento por la entrada de la secretaría situada más allá. Elena aminoró el paso al acercarse a la secretaría, deteniéndose por fin para contemplar pensativa los mensajes del tablero de anuncios de corcho situado junto a la puerta. En aquel punto había una gran ventana desde la que resultaba visible toda la habitación.

Las otras chicas miraban descaradamente por la ventana y reían tontamente.

—Hermosa vista posterior.

—Ésa es sin lugar a dudas una chaqueta Armani.

—¿Creéis que es de fuera del estado?

Elena aguzaba el oído para captar el nombre del muchacho. Parecía existir alguna especie de problema: la señora Clarke, la secretaria de admisiones, miraba una lista y negaba con la cabeza. El muchacho dijo algo, y la señora Clarke levantó las manos en un gesto que daba a entender: «¿Qué puedo hacer?». Deslizó un dedo por la lista y volvió a negar con la cabeza, de manera concluyente. El muchacho hizo intención de marcharse y luego dio la vuelta. Y cuando la señora Clarke alzó los ojos hacia él, su expresión cambió.

El desconocido tenía ahora las gafas de sol en la mano. La señora Clarke parecía sobresaltada por algo; Elena vio cómo pestañeaba varias veces. Los labios de la mujer se abrieron y cerraron como si intentara hablar.

Elena deseó poder ver algo más que el cogote del muchacho. La señora Clarke buscaba entre pilas de papel en aquellos momentos, con expresión aturdida. Por fin encontró alguna especie de formulario y escribió en él, luego lo giró y lo empujó hacia el muchacho.

Éste escribió brevemente en el impreso —firmándolo, probablemente— y lo devolvió. La señora Clarke lo miró fijamente durante un segundo, luego rebuscó en un nuevo montón de papeles, para finalmente entregarle lo que parecía un horario de clases. Sus ojos no se apartaron ni un momento del joven mientras éste lo tomaba, inclinaba la cabeza en agradecimiento y se dirigía hacia la puerta.

Elena estaba loca de curiosidad a aquellas alturas. ¿Qué acababa de suceder allí? ¿Y qué aspecto tenía el rostro de aquel desconocido? Pero mientras salía de la secretaría, él se colocaba ya otra vez las gafas de sol. La embargó la desilusión.

Con todo, pudo ver el resto de la cara cuando él se detuvo en la entrada. El cabello oscuro y rizado enmarcaba facciones tan delicadas que podían haber sido sacadas de una antigua moneda o un medallón romanos. Pómulos prominentes, una clásica nariz recta... y una boca capaz de mantenerte despierta por la noche, se dijo Elena. El labio superior estaba maravillosamente esculpido, con cierta sensibilidad y una gran cantidad de sensualidad. El parloteo de las chicas en el pasillo había cesado, como si alguien hubiese pulsado un interruptor.

La mayoría desviaba la mirada del muchacho ahora, ojeando a cualquier sitio excepto a él. Elena mantuvo su puesto junto a la ventana y sacudió la cabeza ligeramente, quitándose la cinta del pelo de modo que éste cayó suelto alrededor de los hombros.

Sin mirar ni a un lado ni a otro, el muchacho avanzó por el pasillo. Un coro de suspiros y susurros estalló en cuanto él ya no pudo oírlos.

Elena no oyó nada de todo ello.

Había pasado justo a su lado sin prestarle atención, se dijo, aturdida. Justo a su lado sin dirigirle ni una mirada.

Vagamente, advirtió que sonaba la campana y que Meredith tiraba de su brazo.

—¿Qué?

—He dicho que aquí tienes tu horario. Tenemos matemáticas en el segundo piso, justo ahora. ¡Vamos!

Elena permitió que Meredith la empujara pasillo adelante, la hiciera subir un tramo de escaleras y la introdujera en un aula. Se instaló automáticamente en un asiento vacío y clavó los ojos en la profesora, que estaba delante, sin verla en realidad. La impresión aún no se había desvanecido.

Había pasado por su lado sin prestarle atención. Sin una mirada. No recordaba cuánto hacía que un muchacho había hecho eso. Todos miraban, como mínimo. Algunos silbaban. Algunos se detenían a hablar. Otros se limitaban a mirarla fijamente.

Y aquello siempre había complacido a Elena.

Al fin y al cabo, ¿había algo más importante que los chicos? Ellos eran el indicador de lo popular que eras, de lo bonita que eras. Y podían ser útiles para toda clase de cosas. En ocasiones resultaban excitantes, pero por lo general eso no duraba demasiado. A veces eran desagradables desde el principio.

La mayoría de los chicos, reflexionó Elena, eran como cachorros. Adorables en su ambiente, pero prescindibles. Unos pocos podían ser más que eso, podían convertirse en auténticos amigos. Como Matt.

Ah, Matt. El año anterior había esperado que fuera la persona que buscaba, el chico que podía hacerle sentir..., bueno, algo más. Más que el arrebato triunfal de hacer una conquista, el orgullo de exhibir la nueva adquisición ante las otras chicas. Y realmente había llegado a sentir un afecto auténtico por Matt. Pero en el transcurso del verano, cuando tuvo tiempo de pensar, comprendió que era el afecto que sentiría por una prima o una hermana.

La señorita Halpern estaba distribuyendo los libros de texto. Elena tomó el suyo mecánicamente y escribió su nombre en el interior, sumida aún en sus reflexiones.

Le gustaba Matt más que cualquier otro chico que había conocido. Y por eso iba a tener que decirle que todo había terminado.

No había sabido cómo decírselo por carta. Tampoco sabía cómo decírselo ahora. No era que temiera que él fuera a montar un número; sencillamente, no lo comprendería. Ella tampoco lo comprendía en realidad.

Era como si siempre intentara alcanzar... algo. Sólo que cuando pensaba que lo había conseguido, no estaba allí. No con Matt, no con ninguno de los chicos con los que había salido.

Y entonces tenía que volver a empezar desde el principio. Por suerte, siempre había material nuevo. Ningún chico se le había resistido, y ningún chico la había desairado jamás. Hasta aquel momento.

Hasta aquel momento. Recordando aquel instante en el vestíbulo, Elena descubrió que tenía los dedos crispados sobre el bolígrafo que sostenía. Seguía sin poder creer que la hubiese ignorado de aquel modo.

Sonó la campana y todo el mundo salió en tropel del aula, pero Elena se detuvo en la entrada. Se mordió el labio, escrutando el río de estudiantes que cruzaba el pasillo. Entonces distinguió a una de las chicas que habían estado pululando a su alrededor en el aparcamiento.

—¡Francés! Ven aquí.

La aludida se acercó entusiasmada, con el poco agraciado rostro iluminándose.

—Escucha, Francés, ¿recuerdas a ese chico de esta mañana?

—¿El del Porsche y los... ejem... activos personales? ¿Cómo podría olvidarle?

—Bueno, quiero su horario de clases. Consigúelo en la secretaría si puedes, o copíalo de él si es necesario. ¡Pero hazlo!

Francés se mostró sorprendida por un instante, luego sonrió de oreja a oreja y asintió.

—De acuerdo, Elena, lo intentaré. Me reuniré contigo a la hora del almuerzo si puedo conseguirlo.

—Gracias.

Elena contempló a la muchacha mientras ésta se alejaba.

—¿Sabes?, estás realmente loca —dijo la voz de Meredith en su oído.

—¿De qué sirve ser la reina de la escuela si no puedes abusar un poco de tu autoridad a veces? —replicó ella con tranquilidad—. ¿Adonde voy ahora?

—Tecnología. Toma, quédatelo —Meredith le tendió bruscamente un horario—. Tengo que ir corriendo a química. ¡Nos vemos luego!

Tecnología y el resto de la mañana pasaron de un modo vago. Elena había esperado vislumbrar otra vez al nuevo alumno, pero no estaba en ninguna de sus clases. Matt sí estaba en una y sintió una punzada cuando los ojos azules de él se encontraron con los suyos con una sonrisa.

Al sonar la campana del almuerzo, saludó con la cabeza a derecha e izquierda mientras iba hacia la cantina. Caroline estaba fuera, plantada con aire indiferente contra una pared con la barbilla alzada, los hombros echados hacia atrás y las caderas adelantadas. Los dos muchachos con los que hablaba callaron y se dieron codazos al acercarse Elena.

—Hola —saludó lacónica Elena a los chicos, y luego le dijo a Caroline—: ¿Lista para entrar y comer?

Los ojos verdes de la muchacha apenas oscilaron en dirección a Elena, y se apartó unos brillantes cabellos castaño rojizos del rostro.

—¿En la mesa real? —preguntó.

Elena se sintió desconcertada. Caroline y ella habían sido amigas desde el jardín de infancia, y siempre habían competido entre sí con buen humor. Pero últimamente algo le había sucedido a Caroline, que había empezado a tomarse la rivalidad cada vez más en serio. Y en aquel momento, a Elena le sorprendió la amargura en la voz de la otra muchacha.

—Bueno, no se puede decir precisamente que tú pertenezcas a la plebe —respondió en tono ligero.

—Ah, en eso tienes mucha razón —respondió Caroline, girando para colocarse totalmente de cara a Elena.

Sus ojos verdes estaban entrecerrados y velados, y a Elena le impresionó la hostilidad que vio en ellos. Los dos muchachos sonrieron inquietos y se alejaron poco a poco.

Caroline no pareció advertirlo.

—Muchas cosas han cambiado mientras estabas fuera este verano, Elena —prosiguió—. Y simplemente es posible que tu tiempo en el trono se esté acabando.

Elena había enrojecido; lo notaba. Se esforzó por mantener la voz tranquila.

—Es posible —respondió—. Pero yo no me compraría aún un cetro si fuera tú, Caroline. —Dio la vuelta y entró en el comedor.

Fue un alivio ver a Meredith y a Bonnie, y a Francés junto a ellas. Sintió cómo sus mejillas se enfriaban mientras elegía su almuerzo e iba a reunirse con ellas. No dejaría que Caroline la trastornara; no pensaría en absoluto en ella.

—Lo tengo —anunció Francés, agitando un trozo de papel cuando Elena se sentó.

—Y yo tengo cosas interesantes que contar —dijo Bonnie, dándose importancia—. Elena, escucha esto. Está en mi clase de biología y me siento justo al otro lado. Su nombre es Stefan, Stefan Salvatore, viene de Italia, y se hospeda en casa de la vieja señora Flowers, en las afueras de la ciudad. —Suspiró—. Es tan romántico... A Caroline se le cayeron los libros y él se los recogió.

—Qué torpe es Caroline —comentó Elena, torciendo el gesto—. ¿Qué más sucedió?

—Bueno, eso es todo. En realidad no habló con ella. Es muuuy misterioso, ¿sabes? La señora Endicott, mi profesora de biología, intentó conseguir que se quitara las gafas, pero no quiso hacerlo. Padece una afección.

—¿Qué clase de afección?

—No lo sé. A lo mejor es terminal y sus días están contados. ¿No sería eso romántico?

—Oh, mucho —dijo Meredith.

Elena revisaba la hoja de papel de Francés, mordiéndose el labio.

—Está en mi séptima hora, Historia Europea. ¿Alguien más tiene esa clase?

—Yo —respondió Bonnie—. Y creo que Caroline también la tiene. Ah, y a lo mejor Matt; dijo algo ayer sobre lo mala que era su suerte al tener al señor Tanner.

Maravilloso, se dijo Elena, tomando el tenedor y acuchillando su puré de patatas. Parecía que la séptima hora iba ser sumamente interesante.

Stefan se alegró de que el día escolar finalizara ya. Deseaba abandonar aquellas habitaciones y pasillos atestados, aunque solo fuera unos minutos.

Tantas mentes. La presión de tantas pautas de pensamiento, de tantas voces mentales rodeándole, lo mareaba. Hacía años que no había estado en medio de una multitud de gente como aquélla.

Una mente en particular destacaba de las demás. Ella había estado entre los que lo observaban en el pasillo principal del edificio del instituto. No sabía qué aspecto tenía la muchacha, pero su personalidad era poderosa. Estaba seguro de que volvería a reconocerla.

Hasta el momento, al menos, había sobrevivido al primer día de la mascarada. Había usado los Poderes sólo dos veces y además con moderación. Pero estaba cansado, y, admitió con pesar, hambriento. El conejo no había sido suficiente.

Ya se preocuparía de eso más tarde. Localizó su última aula y se sentó. E inmediatamente sintió la presencia de aquella mente otra vez.

En el límite de su conciencia, una luz dorada, suave y a la vez vital, resplandecía. Y, por primera vez, consiguió localizar a la chica de la que procedía. Estaba sentada justo frente a él.

En el mismo instante en que lo pensaba, ella volvió la cabeza y él le vio la cara. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no lanzar una exclamación de sorpresa.

¡Katherine! Pero, desde luego, no podía ser. Katherine estaba muerta, nadie lo sabía mejor que él.

Con todo, el parecido era asombroso. Aquel cabello de un dorado pálido, tan rubio que parecía brillar tenuemente. Aquella piel cremosa, que siempre le había hecho pensar en cisnes o en alabastro, sonrojándose con un leve tono rosa sobre los pómulos. Y los ojos... Los ojos de Katherine habían sido de un color que no había visto nunca antes; más oscuros que

el azul celeste, tan intensos como el lapislázuli de su enjoyada diadema. Esa chica tenía los mismos ojos.

Y estaban puestos directamente en él mientras le sonreía.

Rápidamente, bajó los ojos, apartándolos de la sonrisa. Lo que menos deseaba era pensar en Katherine. No quería mirar a aquella chica que se la recordaba y no quería seguir sintiendo su presencia. Mantuvo los ojos puestos en el pupitre, bloqueando su mente con toda la energía de que fue capaz. Y por fin, lentamente, ella volvió la cabeza otra vez.

Se sentía herida. Incluso a través de los bloqueos, lo percibió. No le importó. De hecho, le satisfacía, y esperó que eso la mantuviera lejos de él. Aparte de eso, no sentía ninguna otra cosa por ella.

No dejó de decirse eso mientras permanecía allí sentado, con la voz monótona del profesor vertiéndose sobre él sin que la oyera. Pero podía oler un sutil deje de algún perfume..., violetas, se dijo. Y el delgado cuello blanco de la chica estaba inclinado sobre su libro, con el cabello cayendo a ambos lados de él.

Lleno de ira y contrariedad, reconoció la seductora sensación en sus dientes..., más un hormigueo o un cosquilleo que un dolor persistente. Era hambre, un hambre específica. Y no una que pensara satisfacer.

El profesor paseaba por la habitación como un hurón, haciendo preguntas, y Stefan fijó deliberadamente su atención en el hombre. En un principio se sintió perplejo, pues a pesar de que ninguno de los alumnos sabía las respuestas, las preguntas seguían llegando. Entonces comprendió que ése era el propósito del profesor. Avergonzar a los alumnos con lo que no sabían.

En aquel mismo instante había encontrado a otra víctima, una muchacha menuda con abundantes rizos rojos y una cara en forma de corazón. Stefan contempló con disgusto cómo el profesor la importunaba a preguntas. La muchacha parecía muy desgraciada cuando él se apartó de ella para dirigirse a toda la clase.

—¿Veis a lo que me refiero? Pensáis que sois una gran cosa; estudiantes de último curso ya, listos para graduarse. Bien, dejad que os diga esto, algunos de vosotros no estáis preparados ni para graduaros del jardín de infancia. ¡Como esto! —Señaló en dirección a la chica pelirroja—. Ni idea sobre la Revolución francesa. Cree que María Antonieta era una estrella del cine mudo.

Los alumnos que rodeaban a Stefan empezaron a removerse incómodos. Pudo percibir el rencor en sus mentes y la humillación. Y el miedo. Todos temían a aquel hombrecillo delgado con ojos parecidos a los de una comadreja, incluso los chicos grandotes que eran más altos que él.

—De acuerdo, probemos otra época. —El profesor se volvió de nuevo hacia la misma chica a la que había estado interrogando—. Durante el Renacimiento... —Se interrumpió—. Sabes al menos qué es el Renacimiento, ¿verdad? El período entre los siglos XIII y XVII, durante el que Europa redescubrió las grandes ideas de la antigua Grecia y Roma. El

período que alumbró a tantos de los artistas y pensadores más importantes de Europa. —Cuando la chica asintió atropelladamente, él prosiguió—: Durante el Renacimiento, ¿qué estarían haciendo los alumnos de vuestra edad en la escuela? ¿Alguna idea? ¿Se te ocurre algo?

La muchacha tragó con fuerza y, con una débil sonrisa, dijo:

—¿Jugar a rugby?

Ante las carcajadas que siguieron, el rostro del profesor se ensombreció.

—¡Más bien no! —le espetó, y la clase se acalló—. ¿Creéis que esto es un chiste? Pues bien, en esos días, los estudiantes de vuestra edad dominaban ya varios idiomas. También habían llegado a ser expertos en lógica, matemáticas, astronomía, filosofía y gramática. Estaban listos para pasar a una universidad en la que cada curso se enseñaba en latín. El rugby sería rotundamente la última cosa en la que...

—Perdone.

La sosegada voz detuvo al profesor en mitad de la arenga. Todo el mundo se volvió para mirar a Stefan.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—He dicho, perdone —repitió Stefan, quitándose las gafas y poniéndose en pie—. Pero está equivocado. A los estudiantes del Renacimiento se les animaba a participar en juegos. Se les enseñaba que un cuerpo sano conlleva una mente sana. Y, desde luego, tenían deportes de equipo, como criquet, tenis... e incluso rugby. —Volvió la cabeza hacia la chica pelirroja y sonrió, y ella le devolvió la sonrisa con gratitud; dirigiéndose al profesor, añadió—: Pero las cosas más importantes que aprendían eran buenos modales y urbanidad. Estoy seguro de que su libro se lo dirá.

Algunos alumnos sonreían abiertamente. El rostro del profesor estaba rojo de rabia y el hombre farfullaba. Pero Stefan siguió sosteniéndole la mirada, y al cabo de un minuto fue el otro quien desvió los ojos.

Sonó la campana.

Stefan se puso rápidamente las gafas y recogió sus libros. Ya había atraído más atención sobre sí de la que debería, y no quería tener que mirar a la chica rubia otra vez. Además, necesitaba salir de allí rápidamente; notaba una familiar sensación abrasadora en sus venas.

Cuando llegaba a la puerta, alguien gritó:

—¡Eh! ¿Realmente jugaban a rugby en aquellos tiempos?

No pudo evitar lanzar una sonrisa burlona por encima del hombro.

—Claro que sí. A veces con las cabezas cortadas de los prisioneros de guerra.

Elena le observó mientras se alejaba. La había rechazado deliberadamente. La había desairado a propósito, y delante de Caroline, que no le había quitado los ojos de encima. Las lágrimas ardían en sus ojos, pero en aquel momento sólo una idea bullía en su cabeza.

Lo tendría, incluso aunque le fuera la vida en ello. Aunque les fuera la vida a los dos, lo tendría.



Capítulo 3

La primera luz del amanecer veteaba la noche de rosa y del verde más pálido. Stefan la observó desde la ventana de su habitación en la casa de huéspedes. Había alquilado aquella habitación específicamente debido a la trampilla del techo, una trampilla que daba a la plataforma de observación del tejado situado encima. En aquel momento, la trampilla estaba abierta, y un viento fresco y húmedo descendía por la escalera situada debajo. Stefan estaba totalmente vestido, pero no porque hubiera madrugado. No se había acostado.

Acababa de regresar del bosque y llevaba algunos restos de hojas húmedas pegados a un lado de la bota. Los retiró meticulosamente. Los comentarios de los estudiantes del día anterior no le habían pasado por alto y sabía que se habían fijado en sus ropas. Siempre se había vestido con lo mejor, no sólo por vanidad, sino porque era lo correcto. Su tutor lo había dicho a menudo: «Un aristócrata debería vestir como corresponde a su posición. Si no lo hace, muestra desprecio por los demás».

¿Por qué se dedicaba a pensar en aquellas cosas? Claro, debería haber comprendido que hacer el papel de un estudiante era probable que le recordara sus propios días como alumno. En aquellos momentos, los recuerdos le llegaban copiosamente, como si ojeara las páginas de un diario, los ojos capturando una anotación aquí y allí. Una apareció fugazmente ante él: el rostro de su padre cuando Damon había anunciado que abandonaba la universidad. Jamás olvidaría eso. Jamás había visto a su padre tan enojado...

—¿Qué quieres decir con que no vas a volver? —Giuseppe era por lo general un hombre justo, pero tenía mal genio, y su hijo mayor hacia aflorar la violencia que había en él.

Justo en aquel momento, ese hijo se tocaba ligeramente los labios con un pañuelo de seda color azafrán.

—Había pensado que incluso tú podrías entender una frase tan simple, padre. ¿Deseas que te la repita en latín?

—Damon... —empezó Stefan con severidad, consternado ante aquella falta de respeto.

Pero su padre le interrumpió.

—¿Me estás diciendo que yo, Giuseppe, Conté di Salvatore, tendré que presentarme ante mis amigos sabiendo que mi hijo es un *scioparto*? ¿Un bueno para nada? ¿Un haragán que no aporta ninguna contribución útil a Florencia?

Los criados se iban alejando lentamente a medida que Giuseppe se encolerizaba más.

Damon ni siquiera pestañeó.

—Aparentemente. Si puedes llamar amigos a esos que te lisonjean con la esperanza de que les prestes dinero.

—*Sporco parassito!* —gritó Giuseppe, levantándose de su silla—. ¿No es ya bastante malo que cuando estás en la escuela despilfarres tu tiempo y mi dinero? Ah, sí, lo sé todo sobre el juego, las justas y las mujeres. Y sé que de no ser por tu secretario y tus tutores suspenderías todos los cursos. Pero ahora tienes la intención de deshonrarme totalmente. ¿Y por qué? ¿Por qué? —Su enorme mano se alzó veloz para agarrar la barbilla de Damon—. ¿Para poder regresar a tus cacerías y tu cetrería?

Stefan tuvo que hacerle justicia a su hermano; Damon ni siquiera se echó atrás. Se mantuvo firme, casi repantigado en la mano de su padre que lo sujetaba, un aristócrata de pies a cabeza, desde la gorra elegantemente sencilla sobre la oscura cabeza pasando por la capa ribeteada de armiño hasta llegar a los suaves zapatos de cuero. Su labio superior estaba curvado en un gesto de absoluta arrogancia.

«Has ido demasiado lejos esta vez —pensó Stefan, observando a los dos hombres, que se miraban fijamente a los ojos—. Ni siquiera tú serás capaz de salir de ésta usando tus encantos.»

Pero justo entonces sonaron unos pasos suaves en la entrada del estudio. Stefan volvió la cabeza y se quedó encandilado con unos ojos de color lapislázuli enmarcados por largas pestañas doradas. Era Katherine. Su padre, el barón Von Swartzschild, la había traído desde las frías tierras de los príncipes alemanes a la campiña italiana, con la esperanza de que esto ayudaría a que se recuperara de una larga enfermedad. Y desde el día de su llegada, todo había cambiado para Stefan.

—Os pido disculpas. No era mi intención molestar.

Su voz era suave y nítida. Efectuó un leve gesto como para marcharse.

—No, no te vayas. Quédate —se apresuró a decir Stefan.

Quiso decir más, tomarle la mano..., pero no se atrevió. No con su padre presente. Todo lo que pudo hacer fue mirar fijamente aquellos ojos azules, como gemas, alzados hacia él.

—Sí, quedaos —dijo Giuseppe, y Stefan vio que la expresión furiosa de su padre se había aclarado y que había soltado a Damon.

El noble se adelantó, alisando los gruesos pliegues de la larga toga ribeteada en piel.

—Vuestro padre debería estar de regreso de sus negocios en la ciudad hoy, y le encantará veros. Pero vuestras mejillas están pálidas, pequeña Katherine. Espero que no volváis a estar enferma.

—Ya sabéis que siempre estoy pálida, señor. No utilizo colorete como vuestras atrevidas muchachas italianas.

—No lo necesitas —dijo Stefan sin poder contenerse, y ella le sonrió.

Era tan hermosa... El muchacho sintió un dolor en el pecho.

—Y os veo demasiado poco durante el día —siguió su padre—. Casi nunca nos concedéis el placer de vuestra compañía antes del crepúsculo.

—Llevo a cabo mis estudios y mis devociones en mis propios aposentos, señor —respondió Katherine en voz queda, bajando las pestañas.

Stefan sabía que no era cierto, pero no dijo nada; jamás traicionaría el secreto de Katherine. La muchacha volvió a alzar los ojos hacia el padre de Stefan.

—Pero ahora estoy aquí, señor.

—Sí, sí, eso es cierto. Y debo ocuparme de que esta noche tengamos una comida muy especial para celebrar el regreso de vuestro padre. Damon..., hablaremos más tarde.

Mientras Giuseppe hacía una seña a un sirviente y marchaba con paso decidido, Stefan se volvió hacia Katherine con deleite. Casi nunca podían conversar sin la presencia de su padre o de Gudren, la imperturbable doncella alemana de la joven.

Pero lo que Stefan vio fue como un puñetazo en el estómago, Katherine sonreía..., aquella leve sonrisa reservada que tan a menudo había compartido con él. Pero no le miraba a él. Miraba a Damon.

Stefan odió a su hermano en aquel momento, odió la belleza morena y la gracia y la sensualidad de Damon, que atraían a las mujeres hacia él como polillas a una llama. Quiso en ese momento golpear a Damon, hacer pedazos aquella belleza. Pero tuvo que permanecer allí y contemplar cómo Katherine avanzaba despacio hacia su hermano, paso a paso, con su vestido de brocado dorado susurrando sobre el suelo de baldosas.

Y mientras él observaba, Damon extendió una mano hacia Katherine y sonrió con la cruel sonrisa del triunfo...

Stefan se apartó de la ventana rápidamente.

¿Por qué volvía a abrir viejas heridas? Pero, incluso mientras lo pensaba, sacó la delgada cadena de oro que llevaba bajo la camisa. Su pulgar y su índice acariciaron el anillo que colgaba de ella y luego lo alzó hacia la luz.

El pequeño aro estaba exquisitamente labrado en oro, y cinco siglos no habían amortiguado su lustre. Llevaba engarzada una única piedra, un lapislázuli del tamaño de la uña de su meñique. Stefan lo contempló, luego

miró el grueso anillo de plata, también con un lapislázuli engarzado, de su propia mano. En el pecho sintió una opresión familiar.

No podía olvidar el pasado y en realidad no deseaba hacerlo. Pese a todo lo que había sucedido, atesoraba el recuerdo de Katherine. Pero había un recuerdo que realmente no debía perturbar, una página del diario que no debía volver. Si tenía que revivir aquel horror, aquella... abominación, se volvería loco. Como había enloquecido aquel día, aquel último día, cuando había contemplado su propia condenación...

Se apoyó en la ventana, con la frente presionada sobre su frescor. Su tutor también le había dicho: «El mal jamás encontrará la paz. Puede que triunfe, pero jamás encontrará la paz».

¿Por qué había tenido que venir a Fell's Church?

Había esperado hallar la paz aquí, pero eso era imposible. Jamás le aceptarían, jamás descansaría. Porque era malvado. No podía cambiar lo que era.

Elena se levantó más temprano de lo habitual esa mañana y oyó a tía Judith trasteando en su habitación, preparándose para tomar su ducha. Margaret dormía aún profundamente, enroscada igual que un ratoncito en su cama. Elena pasó ante la puerta entreabierta de su hermana menor sin hacer ruido y continuó por el pasillo hasta abandonar la casa.

El aire era fresco y limpio esa mañana; el membrillo estaba habitado únicamente por los acostumbrados arrendajos y gorriones. Elena, que se había acostado con un terrible dolor de cabeza, alzó el rostro hacia el limpio cielo azul y respiró profundamente.

Se sentía mucho mejor de lo que se había sentido el día anterior. Había prometido encontrarse con Matt antes del instituto y, aunque no le hacía mucha ilusión, estaba segura de que todo iría bien.

Matt vivía a sólo dos calles del instituto. Era una sencilla casa de madera, como todas las demás en aquella calle, excepto que quizá el columpio del porche estaba un poco más deslucido y la pintura un poco más desconchada. Matt estaba ya en el exterior, y por un momento el corazón de la muchacha se aceleró ante la familiar visión.

Realmente era apuesto. De eso no había duda. No del modo deslumbrante, casi perturbador, de... alguna persona, sino de un saludable modo americano. Matt Honeycutt era típicamente americano. Llevaba el pelo rubio muy corto por la temporada de rugby y tenía la piel bronceada debido al trabajo al aire libre en la granja de sus abuelos. Sus ojos azules eran honestos y francos. Y justo hoy, mientras extendía los brazos para abrazarla con suavidad, estaban algo tristes.

—¿Quieres entrar?

—No. Limitémonos a andar —dijo Elena.

Caminaron uno junto al otro sin tocarse. Arces y nogales negros bordeaban aquella calle, y el aire tenía aún una quietud matutina. Elena contempló sus pies sobre la húmeda acera, sintiéndose repentinamente indecisa. Después de todo, seguía sin saber cómo empezar.

—No me has hablado de Francia —dijo él.

—Ah, fue fenomenal —respondió Elena, y le miró de soslayo; también él miraba la acera—. Todo resultó fenomenal —continuó, intentando dar un poco de entusiasmo a su voz—. La gente, la comida, todo. Realmente fue... —Su voz se apagó, y lanzó una carcajada nerviosa.

—Sí, ya sé. Fenomenal —terminó él por ella.

Matt se detuvo y se quedó mirando al suelo, a sus arañadas zapatillas de tenis. Elena vio que eran las del año anterior. La familia de Matt apenas conseguía ir tirando; a lo mejor no había podido permitirse unas nuevas. La joven alzó la vista y se encontró aquellos resueltos ojos azules fijos en su rostro.

—¿Sabes?, tienes un aspecto de lo más fenomenal justo ahora —dijo él.

Elena abrió la boca con consternación, pero él volvía a hablar ya.

—E imagino que tienes algo que decirme.

Elena le miró de hito en hito, y él sonrió, con una sonrisa torcida y pesarosa. Luego volvió a tenderle los brazos.

—Matt —dijo ella, abrazándole con fuerza; luego se apartó para mirarle a la cara—. Matt, eres el chico más gentil que he conocido nunca. No te merezco.

—Ah, entonces por eso me plantas —dijo él mientras volvían a andar—. Porque soy demasiado bueno para ti. Debería haberme dado cuenta antes.

Ella le dio un puñetazo en el brazo.

—No, no es por eso, y tampoco te estoy plantando. Seremos amigos, ¿de acuerdo?

—Desde luego. Por supuesto.

—Porque eso es lo que he comprendido que somos. —Se detuvo, volviendo a alzar la mirada hacia él—. Buenos amigos. Sé honrado ahora, Matt, ¿no es eso lo que realmente sientes por mí?

Él la miró y luego alzó los ojos al cielo.

—¿Puedo acogerme a la Quinta Enmienda respecto a eso? —dijo y al ver que Elena ponía cara larga, añadió—: no tiene nada que ver con ese chico nuevo, ¿verdad?

—No —respondió ella tras una vacilación, y luego añadió con rapidez—, ni siquiera le conozco aún. No sé quién es.

—Pero quieres conocerle. No, no lo digas. —La rodeó con un brazo y la hizo girar con suavidad—. Vamos, vayamos hacia el instituto. Si tenemos tiempo, incluso te compraré una rosquilla.

Mientras andaban, algo se agitó violentamente en el nogal sobre sus cabezas. Matt lanzó un silbido y señaló con el dedo.

—¡Mira eso! Es el cuervo más grande que he visto nunca.

Elena miró, pero ya había desaparecido.

Aquel día, el instituto fue sólo el lugar adecuado para que Elena repasara su plan.

Por la mañana había despertado sabiendo qué hacer. Y durante el día reunió toda la información que pudo a propósito de Stefan Salvatore. Lo que no fue difícil, porque todo el mundo en el Robert E. Lee hablaba de él.

Todo el mundo sabía que había tenido alguna especie de roce con la secretaria de admisiones el día anterior. Y hoy lo habían llevado al despacho del director. Algo relacionado con sus papeles. Pero el director lo había enviado de vuelta al aula (tras, se rumoreaba, una llamada de larga distancia a Roma... ¿o era Washington?), y todo parecía arreglado ya. Oficialmente, al menos.

Cuando Elena llegó a su clase de Historia Europea aquella tarde, la saludó un suave silbido en el pasillo. Dick Cárter y Tyler Smallwood remoloneaban por allí. Una pareja de imbéciles de primera, se dijo, haciendo caso omiso del silbido y las miradas fijas. Pensaban que ser pateador y defensa en el equipo de rugby de la escuela los convertía en unos tipos sensacionales. Mantuvo un ojo puesto en ellos mientras también ella remoloneaba por el pasillo, dándose una nueva capa de pintalabios y jugueteando con la polvera. Había dado a Bonnie instrucciones especiales, y el plan estaba listo para ponerlo en práctica en cuanto Stefan apareciera. El espejo de la polvera le proporcionaba una visión fenomenal del pasillo a su espalda.

Con todo, de algún modo no le vio llegar. Apareció a su lado de improviso, y ella cerró la polvera de golpe mientras él pasaba. Su intención era detenerlo, pero algo sucedió antes de que pudiera hacerlo. Stefan se puso tenso... o, al menos, algo hubo en él que le hizo adoptar una actitud cautelosa de improviso. Justo entonces, Dick y Tyler se colocaron frente a la puerta del aula de historia, impidiendo el paso.

Imbéciles de talla mundial, se dijo Elena. Echando chispas, los miró iracunda por encima del hombro de Stefan.

Disfrutaban con el jueguecito, repantigados en la entrada mientras fingían estar totalmente ciegos a la presencia de Stefan allí de pie.

—Excusad.

Era el mismo tono de voz que había usado con el profesor de historia. Sosegado, distante.

Dick y Tyler se miraron el uno al otro, luego a su alrededor, como si oyeran voces fantasmales.

—¿Escuuzi? —dijo Tyler con voz de falsete—. ¿Escuuzi a mí? ¿A mí escuuzi? ¿Jacuzzi?

Los dos rieron.

Elena vio cómo los músculos se tensaban bajo la camiseta que tenía delante. Aquello era totalmente injusto; los dos eran más altos que Stefan y las espaldas de Tyler eran casi el doble de anchas.

—¿Sucede algo?

Elena se sobresaltó tanto como los dos muchachos ante la nueva voz a su espalda. Dio media vuelta y se encontró con Matt. Sus ojos azules tenían una mirada dura.

Elena se mordió los labios para contener una sonrisa mientras Tyler y Dick se apartaban despacio, con resentimiento. El bueno de Matt, se dijo. Pero ahora el bueno de Matt entraba en el aula acompañando a Stefan, y ella se tenía que resignar con seguirlos, observando la parte posterior de dos camisetas. Cuando se sentaron, se deslizó en el pupitre situado detrás de Stefan, desde donde podía observarle sin que la viera. Su plan tendría que esperar hasta que finalizara la clase.

Matt hacía sonar monedas en su bolsillo, lo que significaba que quería decir algo.

—Eh, oye —empezó por fin, incómodo—. Esos chicos, ya sabes...

Stefan rió. Fue un sonido amargo.

—¿Quién soy yo para juzgar?

Había más emoción en su voz de la que Elena había oído antes, incluso cuando había hablado al señor Tanner. Y aquella emoción era infelicidad total.

—De todos modos, ¿por qué tendría que ser bienvenido aquí? —finalizó, casi para sí mismo.

—¿Por qué no deberías serlo? —Matt había estado mirando fijamente a Stefan, y en ese momento su mandíbula se irguió con determinación—. Oye —dijo—, ayer hablaste sobre rugby. Bien, nuestro mejor receptor abierto se ha roto un ligamento, y necesitamos un sustituto. Las pruebas son esta tarde. ¿Qué te parece?

—¿Yo? —Stefan pareció verse cogido por sorpresa—. Ah... No sé si podría.

—¿Sabes correr?

—¿Correr...?

Stefan se medio giró hacia Matt, y Elena vio cómo un leve atisbo de sonrisa curvaba sus labios.

—Sí.

—Eso es todo lo que un receptor abierto tiene que hacer. Yo soy el quarterback. Si puedes atrapar lo que yo tire y correr con ello, puedes jugar.

—Entiendo.

Lo cierto era que Stefan casi sonreía, y aunque la boca de Matt tenía una expresión seria, sus ojos azules estaban risueños. Sorprendida de sí misma, Elena advirtió que estaba celosa. Había una cordialidad entre los dos muchachos que la excluía completamente.

Pero al siguiente instante, la sonrisa de Stefan desapareció y éste dijo en tono vago:

—Gracias..., pero no. Tengo otros compromisos.

En ese momento, Bonnie y Caroline llegaron y empezó la clase.

Durante toda la lección de Tanner sobre Europa, Elena no dejó de repetirse: «Hola, me llamo Elena Gilbert. Estoy en el comité de bienvenida del último curso y me han designado para que te muestre el instituto. ¿Seguramente no querrás ponerme en un aprieto, verdad, no dejando que haga mi trabajo?». Eso último con ojos muy abiertos y melancólicos..., pero sólo si daba la impresión de que él intentara escabullirse. Era virtualmente infalible. Seguro que no podía resistirse a una dama en apuros.

Cuando iban por la mitad de la clase, la chica sentada a su derecha le pasó una nota. Elena la abrió y reconoció la letra redonda e infantil de Bonnie. Decía: *«He mantenido a C. alejada todo el tiempo que pude. ¿Qué ha sucedido? ¿Ha funcionado?».*

Elena alzó la vista y vio a Bonnie vuelta hacia atrás en su asiento de la primera fila. Elena señaló la nota y negó con la cabeza, articulando con los labios: «Después de clase».

Pareció que transcurría un siglo antes de que Tanner diera las últimas instrucciones sobre exposiciones orales y los despidiera. Entonces todo el mundo se levantó de golpe. «Ahí vamos», pensó Elena, y con el corazón latiéndole con fuerza, se colocó directamente en el camino de Stefan, impidiéndole el paso por el pasillo de modo que no pudiera rodearla.

Justo igual que Dick y Tyler, se dijo, sintiendo un irresistible impulso de reír como una tonta. Alzó la mirada y se encontró con sus ojos justo a la altura de la boca del muchacho.

Su mente se quedó en blanco. ¿Qué era lo que se suponía que debía decir? Abrió la boca y de algún modo las palabras que había estado ensayando brotaron atropelladamente.

—Hola, soy Elena Gilbert, y estoy en el comité de bienvenida del último curso y me han designado para...

—Lo siento; no tengo tiempo.

Por un momento no pudo creer que él estuviera hablando, que no fuera a darle siquiera la oportunidad de terminar. Su boca siguió pronunciando el discurso.

—... que te muestre el instituto...

—Lo siento. No puedo. Tengo que... tengo que ir a las pruebas de rugby. —Stefan volvió la cabeza hacia Matt, que se mantenía al margen con expresión atónita—. Dijiste que eran justo después del instituto, ¿verdad?

—Sí —dijo éste lentamente—, pero...

—Entonces será mejor que me ponga en marcha. Tal vez podrías mostrarme el camino.

Matt miró a Elena con expresión de impotencia y luego se encogió de hombros.

—Bueno..., claro. Vamos.

Echó un vistazo atrás mientras se iban. Stefan, no.

Elena se encontró paseando la mirada por un círculo de observadores, incluida Caroline, que le dedicaba una clara sonrisita de suficiencia. La muchacha sintió un aturdimiento en todo el cuerpo y una sensación de ahogo en la garganta. No podía soportar seguir allí ni un segundo más. Dio la vuelta y abandonó el pasillo tan aprisa como pudo.



Capítulo 4

Para cuando llegó a su taquilla, el aturdimiento se disipaba ya y el nudo en su garganta intentaba disolverse en lágrimas. Pero no lloraría en el instituto, se dijo, no iba a hacerlo. Tras cerrar la taquilla, se encaminó a la salida principal.

Por segundo día consecutivo, regresaba a casa del instituto justo tras sonar la última campana, y sola. Tía Judith no podría sobrellevarlo. Pero cuando Elena llegó a su casa, el coche de tía Judith no estaba en la entrada; ella y Margaret debían de haber ido al mercado. La casa estaba silenciosa y tranquila cuando Elena abrió la puerta.

Agradeció la quietud; quería estar sola en aquellos momentos. Pero, por otra parte, no sabía exactamente qué hacer consigo misma. Ahora que finalmente ya podía llorar, descubrió que las lágrimas no acudían. Soltó la mochila sobre el suelo del vestíbulo delantero y entró despacio en la sala de estar.

Era una habitación hermosa e imponente, la única parte de la casa además del dormitorio de Elena que pertenecía a la construcción original. La primera casa se había construido antes de 1861 y se había quemado casi por completo durante la guerra de Secesión. Todo lo que se pudo salvar fue esa habitación, con su elaborada chimenea enmarcada por molduras en forma de volutas, y el gran dormitorio del piso superior. El bisabuelo del padre de Elena había construido una nueva casa y los Gilbert habían vivido en ella desde entonces.

Elena giró para mirar por una de las ventanas que iban desde el suelo hasta el techo. El cristal era antiguo y grueso y mostraba ondulaciones, y todo en el exterior quedaba distorsionado, con un aspecto ligeramente sesgado. Recordó la primera vez que su padre le había mostrado aquel viejo cristal con ondulaciones, cuando ella era más joven aún de lo que Margaret era en la actualidad.

La sensación de ahogo había regresado a su garganta, pero las lágrimas seguían sin acudir. Todo en su interior era contradictorio. No quería compañía, y a la vez se sentía dolorosamente sola; realmente quería pensar, pero ahora que lo intentaba, los pensamientos la esquivaban como ratones huyendo de una lechuza blanca.

«Una lechuza blanca... ave de presa... devorador de carne... cuervo», pensó. «El cuervo más grande que he visto nunca», había dicho Matt.

Los ojos volvieron a escocerle. Pobre Matt. Le había herido, pero él se lo había tomado muy bien. Incluso había sido amable con Stefan.

Stefan. Su corazón dio un baquetazo, violento, arrancando a sus ojos dos lágrimas ardientes. Bueno, por fin lloraba. Lloraba de rabia y humillación y frustración... ¿y qué más?

¿Qué había perdido en realidad ese día? ¿Qué sentía en realidad por aquel desconocido, aquel Stefan Salvatore? Era un desafío, sí, y eso le hacía ser distinto, interesante. Stefan era exótico..., excitante.

Resultaba curioso, justo lo que algunos chicos le habían dicho a veces a Elena que ella era. Y más tarde se enteraba por ellos, o por sus amigos o hermanas, de lo nerviosos que estaban antes de salir con ella, cómo se les ponían sudorosas las palmas de las manos y sentían el estómago lleno de mariposas. A Elena esas historias siempre le habían parecido divertidas. Ningún chico de los que había conocido a lo largo de su vida la había puesto nerviosa.

Pero al hablar con Stefan hoy, su pulso se había acelerado y las rodillas habían estado a punto de doblarse. Había tenido las palmas húmedas. Y no había habido mariposas en su estómago..., había habido murciélagos.

¿Le interesaba el muchacho porque la ponía nerviosa? No era una buena razón, se dijo. De hecho, era una muy mala razón.

Pero estaba también aquella boca. Aquella boca tan perfecta que hacía que sus rodillas se doblaran con algo que no tenía nada que ver con el nerviosismo. Y aquellos cabellos negros como la noche; sus dedos ansiaban entretejerse en su suavidad. Aquel cuerpo ágil de musculatura plana, aquellas piernas largas... y aquella voz. Fue su voz lo que la había decidido el día anterior, haciendo que se sintiera totalmente empeñada en tenerle. Su voz había sido serena y desdeñosa al hablar al señor Tanner, pero extrañamente persuasiva a pesar de todo. Se preguntó si podría volverse misteriosa y oscura también, y cómo sonaría pronunciando su nombre, susurrando su nombre...

—¡Elena!

Elena se sobresaltó, la ensoñación hecha pedazos. Pero no era Stefan Salvatore quien la llamaba, era tía Judith que abría la puerta con un traqueteo.

—¿Elena? ¡Elena! —Y aquélla era Margaret, con la voz chillona y aflautada—. ¿Estás en casa?

La desdicha volvió a embargar a la muchacha, y paseó la mirada por la cocina. No estaba en condiciones de enfrentarse a las preguntas preocupadas de su tía ni a la alegría inocente de Margaret en aquellos momentos. No con las pestañas húmedas y nuevas lágrimas amenazando con aparecer en cualquier instante. Tomó una decisión relámpago y se escabulló en silencio por la puerta trasera mientras la puerta principal se cerraba de un portazo.

Una vez abandonado el porche trasero, y ya en el patio, vaciló. No quería tropezarse con nadie conocido. Pero ¿adonde podía ir para estar sola?

La respuesta llegó casi al instante. Desde luego. Iría a ver a su madre y a su padre.

Era una caminata bastante larga, casi hasta las afueras de la ciudad, pero durante los últimos tres años se había convertido en algo acostumbrado para Elena. Cruzó al otro lado del puente Wickery y ascendió la colina, pasando ante la iglesia en ruinas. Luego descendió al pequeño valle situado abajo.

Aquella parte del cementerio estaba bien cuidada; era a la parte antigua a la que se le permitía estar en un estado ligeramente salvaje. Aquí, la hierba estaba pulcramente cortada, y ramos de flores ofrecían notas de vividos colores. Elena se sentó junto a la gran lápida de mármol con la palabra «Gilbert» tallada en la parte frontal.

—Hola, mamá. Hola, papá —murmuró.

Se inclinó sobre el lugar para depositar una flor violeta que había recogido de camino. Luego dobló las piernas bajo el cuerpo y se quedó sentada.

Había ido allí a menudo tras el accidente. Margaret sólo tenía un año en el momento del accidente de coche, y lo cierto era que no los recordaba. Pero Elena sí. Dejó que su mente retrocediera para ojear recuerdos, y el nudo de su garganta aumentó y las lágrimas salieron con más facilidad. Todavía los echaba mucho de menos... Su madre, tan joven y hermosa, y su padre, con una sonrisa que le arrugaba los ojos.

Tenía suerte de contar con tía Judith, desde luego. No todas las tías abandonarían su empleo y volverían a vivir en una ciudad pequeña para hacerse cargo de dos sobrinas huérfanas. Y Robert, el novio de tía Judith, era más un padre adoptivo para Margaret que un futuro tío.

Pero Elena recordaba a sus padres. En ocasiones, justo después del funeral, había acudido allí para enfurecerse con ellos, enfadada con ellos por haber sido tan estúpidos como para matarse. Eso fue cuando no conocía muy bien a tía Judith y sentía que ya no había ningún lugar en la tierra al que perteneciera.

¿Adonde pertenecía ahora?, se preguntó. La respuesta fácil era: allí, a Fell's Church, donde había vivido toda su vida. Pero últimamente la respuesta fácil parecía equivocada. Últimamente sentía que debía existir algo más allá para ella, algún lugar que reconocería en seguida y llamaría hogar.

Una sombra cayó sobre su persona y alzó los ojos sobresaltada. Por un instante, las dos figuras de pie junto a ella resultaron extrañas, desconocidas, vagamente amenazadoras. Las miró fijamente, paralizada.

—Elena —dijo nerviosamente la figura más pequeña, con las manos en las caderas—, a veces realmente me preocupo por ti, realmente lo hago.

Elena pestañeó y luego lanzó una breve carcajada. Eran Bonnie y Meredith.

—¿Qué tiene que hacer una persona para conseguir un poco de intimidad por aquí? —preguntó mientras ellas se sentaban.

—Decirnos que nos marchemos —sugirió Meredith, pero Elena se limitó a encogerse de hombros.

Meredith y Bonnie habían acudido allí a menudo en su busca los meses siguientes al accidente. De repente se sintió complacida por ello, y agradecida a ambas. Aunque no hubiera nada más, tenía amigas que se preocupaban por ella. No le importó si sabían que había estado llorando, aceptó el pañuelo de papel arrugado que Bonnie le ofreció y se secó los ojos. Las tres permanecieron sentadas en silencio durante un rato, observando cómo el viento alborotaba el robledal del extremo del cementerio.

—Siento lo que sucedió esta mañana —dijo Bonnie por fin, en voz baja—. Fue realmente terrible.

—Y tu segundo nombre es «Tacto» —dijo Meredith—. No pudo haber sido tan malo, Elena.

—No estabas allí. —Elena se sintió enrojecer toda ella ante el recuerdo—. Sí que fue terrible. Pero ya no me importa —añadió categórica, desafiante—. He acabado con él. Ya no le quiero.

—¡Elena!

—No le quiero, Bonnie. Evidentemente piensa que es demasiado bueno para... para los americanos. Así que puede coger esas gafas de sol de diseño y... —Se escucharon resoplidos de risa procedentes de sus compañeras. Elena se sonó la nariz y negó con la cabeza—. De todos modos —dijo, cambiando decididamente de tema—, al menos Tanner parecía de mejor humor hoy.

Bonnie adoptó una expresión de mártir.

—¿Sabes que hizo que me apuntara para ser la primera en presentar la exposición oral? De todos modos, no me importa. Voy a hacer el mío sobre los druidas, y:..

—¿Sobre qué?

—Druidas. Esos viejos raros que construyeron Stonehenge y hacían magia y cosas así en la antigua Inglaterra. Desciendo de ellos; por eso soy médium.

Meredith lanzó un resoplido, pero Elena contempló con el entrecejo fruncido la brizna de hierba que retorcía entre los dedos.

—Bonnie, ¿realmente viste algo en mi palma ayer? —preguntó súbitamente.

La muchacha vaciló.

—No lo sé —dijo por fin—. Creí verlo entonces. Pero a veces la imaginación se me descontrola.

—Sabía que estabas aquí —observó Meredith inesperadamente—. Yo pensé en mirar en la cafetería, pero Bonnie dijo: «Está en el cementerio».

—¿Lo hice? —Bonnie pareció levemente sorprendida e impresionada—. Bien, ya lo ves. Mi abuela de Edimburgo tiene el don de la clarividencia, y yo también. Siempre salta una generación.

—Y desciendes de los druidas —dijo Meredith en voz solemne.

—¡Bueno, es cierto! En Escocia mantienen las viejas tradiciones. No te creerías algunas de las cosas que hace mi abuela. Tiene un modo de averiguar con quién te vas a casar y cuándo vas a morir. Me dijo que moriría joven.

—¡Bonnie!

—Lo hizo. Seré joven y hermosa dentro de mi ataúd. ¿No creéis que es romántico?

—No, no lo creo. Creo que es repugnante —replicó Elena.

Las sombras se alargaban y el viento se había vuelto fresco.

—Así pues, ¿con quién te vas a casar, Bonnie? —terció Meredith con habilidad.

—No lo sé. Mi abuela me contó el ritual para averiguarlo, pero jamás lo probé. Por supuesto —Bonnie adoptó una pose sofisticada—, tiene que ser escandalosamente rico y guapísimo. Como nuestro misterioso desconocido moreno, por ejemplo. En especial, si nadie más le quiere. —Dirigió una mirada traviesa a Elena.

Elena no picó el anzuelo.

—¿Qué hay de Tyler Smallwood? —murmuró inocentemente—. Su padre es, desde luego, bastante rico.

—Y no es feo —estuvo de acuerdo Meredith en tono solemne—. Eso, desde luego, si te gustan los animales. Todos esos enormes dientes blancos...

Las muchachas intercambiaron miradas y luego prorrumpieron en carcajadas. Bonnie arrojó un puñado de hierba a Meredith, que se la sacudió de encima y le arrojó un diente de león en respuesta. En algún momento en medio de todo ello, Elena comprendió que iba a estar bien. Volvía a ser ella misma, no estaba perdida, no era una desconocida, sino Elena Gilbert, la reina del Robert E. Lee. Se quitó la cinta color crema del pelo y sacudió los cabellos alrededor del rostro.

—He decidido sobre qué hacer mi exposición oral —dijo, contemplando con ojos entrecerrados cómo Bonnie se pasaba los dedos por los rizos para quitar la hierba.

—¿Qué será?

Elena echó la barbilla hacia arriba para contemplar el cielo rojo y morado de encima de la colina. Aspiró pensativa y dejó que el suspense creciera por un instante. Luego dijo con indiferencia:

—El Renacimiento italiano.

Bonnie y Meredith la miraron fijamente, luego se miraron entre sí y prorrumpieron en fuertes carcajadas otra vez.

—¡Aja! —dijo Meredith cuando se recuperaron—. Así que el tigre regresa.

Elena le dedicó una mueca salvaje. Su conmocionada seguridad en sí misma había regresado, y aunque no lo comprendía ni ella misma, sabía una cosa: no iba a dejar que Stefan Salvatore escapara incólume.

—De acuerdo —indicó con vivacidad—. Ahora, escuchad vosotras dos. Nadie más debe saber esto o seré el hazmerreír de la escuela. Y a Caroline le encantaría tener cualquier excusa para hacerme aparecer ridicula. Pero todavía quiero que sea mío y lo será. Aún no sé cómo, pero lo conseguiré. No obstante, hasta que se me ocurra un plan, vamos a hacerle el vacío.

—¿Vamos?

—Sí, vamos. No puedes tenerle, Bonnie; es mío. Y hemos de poder confiar completamente en ti.

—Aguarda un minuto —dijo Meredith con un brillo en los ojos.

Soltó el broche de esmalte de su blusa; luego, alzando el pulgar, le dio un veloz pinchazo.

—Bonnie, dame tu mano.

—¿Por qué? —preguntó ésta, contemplando el alfiler con suspicacia.

—Porque quiero casarme contigo, ¿para qué crees, idiota?

—Pero... pero... Oh, vale. ¡Ay!

—Te toca, Elena. —Pinchó eficientemente el dedo de su amiga, y luego lo oprimió para conseguir sacar una gota de sangre—. Ahora —prosiguió, mirando a las otras dos con centelleantes ojos oscuros—, todas juntamos los pulgares y juramos. Especialmente tú, Bonnie. Jura guardar este secreto y hacer todo lo que Elena pida en relación a Stefan.

—Oíd, jurar con sangre es peligroso —protestó Bonnie en tono serio—. Significa que tienes que mantener tu promesa suceda lo que suceda, sin importar lo que sea, Meredith.

—Lo sé —respondió ésta inflexible—. Por eso te digo que lo hagas. Recuerdo lo que sucedió con Michael Martin.

Bonnie torció el gesto.

—Eso fue hace años,y rompimos en seguida de todos modos y... Ah, de acuerdo. Lo juraré. —Cerrando los ojos, dijo—: Juro mantener esto en secreto y hacer todo lo que Elena pida respecto a Stefan.

Meredith repitió el juramento. Y Elena, con la vista fija en las sombras pálidas de sus pulgares juntos en la creciente oscuridad, tomó una larga bocanada de aire y dijo en voz baja:

—Y yo juro no descansar hasta que sea mío.

Una ráfaga de aire frío sopló a través del cementerio, echando hacia atrás los cabellos de las muchachas y haciendo revolotear hojas secas por el suelo. Bonnie lanzó una exclamación ahogada y se echó hacia atrás; todas miraron a su alrededor, y luego lanzaron risitas nerviosas.

—Ha oscurecido —observó Elena, sorprendida.

—Será mejor que nos pongamos en camino hacia casa —dijo Meredith, volviendo a sujetar el broche.

También Bonnie se puso en pie, introduciendo la punta del pulgar en la boca.

—Adiós —dijo Elena en voz baja, volviéndose hacia la lápida.

La flor violeta era una masa borrosa en el suelo. Recogió la cinta color crema que descansaba junto a ella, dio media vuelta e hizo una seña con la cabeza a Bonnie y a Meredith.

—Vámonos.

En silencio, se dirigieron colina arriba en dirección a la iglesia en ruinas. El juramento hecho con sangre les había conferido a todas una sensación de solemnidad, y al pasar ante la destrozada iglesia Bonnie se estremeció. Con la puesta del sol, la temperatura había descendido bruscamente, y se alzaba viento. Cada ráfaga enviaba susurros por entre la hierba y hacía que los viejos robles agitaran ruidosamente las oscilantes hojas.

—Estoy helada —comentó Elena, deteniéndose por un instante ante el agujero negro que en el pasado había sido la puerta de la iglesia y dirigiendo una mirada al paisaje situado a sus pies.

La luna no había salido todavía y apenas se distinguían el cementerio antiguo y el puente Wickery más allá. El antiguo cementerio se remontaba a los días de la guerra de Secesión, y muchas lápidas mostraban nombres de soldados. Tenía un aspecto salvaje; zarzas y maleza crecían sobre las tumbas, y enredaderas de hiedra pululaban sobre pedazos de granito desmoronado. A Elena nunca le había gustado.

—Tiene un aspecto distinto, ¿verdad? En la oscuridad, quiero decir —comentó con voz vacilante.

No sabía cómo decir lo que en realidad quería indicar: que no era un lugar para los vivos.

—Podríamos ir por el camino largo —propuso Meredith—. Pero eso significaría otros veinte minutos de camino.

—No me importa ir por aquí —dijo Bonnie, tragando saliva con fuerza—. Siempre dije que quería que me enterraran ahí, en el viejo.

—¡Quieres dejar de hablar sobre ser enterrada! —le soltó Elena, e inició el descenso por la colina.

Pero cuanto más avanzaba por el estrecho sendero, más incómoda se sentía. Aminoró el paso hasta que Bonnie y Meredith la alcanzaron. Cuando se acercaban a la primera lápida, su corazón empezó a latir con fuerza. Intentó no hacer caso, pero sentía un cosquilleo por toda la piel y el fino vello de sus brazos se le puso de punta. Entre las ráfagas de viento, cada sonido parecía amplificado de un modo horrible; el crujido de los tres pares de pies sobre el sendero cubierto de hojas resultaba ensordecedor.

La iglesia en ruinas era ya una silueta negra detrás de ellas. El angosto sendero conducía por entre las lápidas recubiertas de liqúenes, muchas de las cuales eran más altas que Meredith. Lo bastante grandes para que algo se ocultara detrás, pensó Elena con inquietud. Algunas tumbas acobardaban, como la que tenía un querubín que parecía un auténtico bebé, excepto que su cabeza se había desprendido y la habían colocado con cuidado junto a su cuerpo. Los ojos de granito abiertos de par en par carecían de expresión. Elena no podía apartar los ojos de ella, y su corazón empezó a latir violentamente.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó Meredith.

—Yo sólo... Lo siento —murmuró Elena, pero cuando se obligó a dar la vuelta se quedó rígida al instante—. ¿Bonnie? —dijo—. Bonnie, ¿qué sucede? —Bonnie tenía la vista fija en el interior del cementerio, con los labios entreabiertos y los ojos tan desorbitados e inexpresivos como el querubín de piedra. El miedo recorrió el estómago de Elena—. Bonnie, para ya. ¡Para! No es divertido.

Bonnie no contestó.

—¡Bonnie! —llamó Meredith.

Elena y ella se miraron, y de repente Elena comprendió que tenía que salir de allí. Giró en redondo para empezar a descender por el sendero, pero una voz desconocida habló a su espalda, y se volvió sobresaltada.

—Elena —dijo la voz.

No era la voz de Bonnie, pero procedía de la boca de ésta. Pálida en la oscuridad, Bonnie seguía con la mirada fija en el camposanto. Su rostro carecía totalmente de expresión.

—Elena —repitió la voz, y añadió, a la vez que la cabeza de Bonnie se volvía hacia ella—, hay alguien esperándote ahí fuera.

Elena nunca supo del todo qué sucedió en los minutos siguientes. Algo pareció moverse por entre las oscuras formas jorobadas de las lápidas, agitándose y alzándose entre ellas. Elena chilló y Meredith lanzó un grito, y acto seguido las dos corrían ya, y Bonnie con ellas, chillando también.

Los pies de Elena aporreaban el estrecho sendero, tropezando con rocas y terrones de tierra. Bonnie sollozaba intentando recuperar el aliento detrás de ella, y Meredith, la tranquila y cínica Meredith, jadeaba violentamente. Se oyó una repentina agitación y un chillido en un roble

que se alzaba por encima de ellas, y Elena descubrió que aún podía correr más de prisa.

—Hay algo detrás de nosotras —gritó Bonnie con voz aguda—. Oh, Dios, ¿qué está sucediendo?

—Hay que llegar al puente —jadeó Elena por entre el fuego que sentía en los pulmones.

No sabía el motivo, pero sentía que debían conseguir llegar allí.

—¡No te detengas, Bonnie! ¡No mires atrás!

Agarró la manga de la muchacha y la obligó a darse la vuelta.

—No puedo hacerlo —sollozó Bonnie, llevándose una mano al costado mientras aminoraba la marcha.

—Sí, claro que puedes —rugió Elena, volviendo a agarrar la manga de Bonnie y obligándola a seguir en movimiento—. Vamos. ¡Vamos!

Vio el destello plateado del agua ante ellas. Y allí estaba el claro entre los robles, y el puente, justo más allá. A Elena le flaqueaban las piernas y la respiración le silbaba en la garganta, pero no pensaba rezagarse. Ya veía las tablas de madera del puente peatonal, que estaba a seis metros, a tres, a un metro y medio de ellas.

—¡Lo conseguimos! —jadeó Meredith mientras sus pies retumbaban sobre la madera.

—¡No os detengáis! ¡Llegad al otro lado!

El puente crujió cuando lo cruzaron en una carrera tambaleante, las pisadas resonando sobre el agua. En cuanto saltó sobre la tierra apisonada de la otra orilla, Elena soltó por fin la manga de Bonnie y dejó que sus piernas se detuvieran con un traspié.

Meredith tenía el cuerpo doblado, con las manos sobre los muslos, y respiraba fatigosamente. Bonnie lloraba.

—¿Qué era? ¿Qué era? —inquirió—. ¿Todavía viene?

—Pensaba que tú eras la experta —dijo Meredith con voz insegura—. Por el amor de Dios, Elena, vamonos de aquí.

—No, ahora ya pasó —susurró Elena.

Tenía lágrimas en los ojos y temblaba de pies a cabeza, pero el aliento caliente sobre su cogote había desaparecido. El río se extendía entre ella y aquello; las aguas eran un tumulto oscuro.

—No puede seguirnos aquí —siguió.

Meredith la miró fijamente, luego miró la otra orilla con sus robles apiñados, a continuación miró a Bonnie. Se humedeció los labios y lanzó una breve carcajada.

—Seguro. No puede seguirnos. Pero vayamos a casa de todos modos, ¿vale? A menos que tengáis ganas de pasar la noche aquí fuera.

Una especie de sensación indescriptible recorrió a Elena con un estremecimiento.

—No, gracias —contestó, y rodeó con un brazo a Bonnie, que seguía gimoteando—. Ya pasó, Bonnie. Estamos a salvo ahora. Vamos.

Meredith volvió a mirar al otro lado del río.

—¿Sabes?, no veo nada ahí atrás —dijo con la voz más tranquila—. A lo mejor no había nada detrás de nosotras, al fin y al cabo; a lo mejor, sencillamente nos entró el pánico y nos asustamos sin motivo. Con un poco de ayuda de la sacerdotisa druida que tenemos aquí.

Elena no dijo nada cuando empezaron a andar, manteniéndose muy juntas en el sendero de tierra. Pero se hacía preguntas. Se hacía muchas preguntas.



Capítulo 5

La luna llena brillaba de pleno cuando Stefan regresó a la casa de huéspedes. Estaba mareado, casi tambaleante, tanto por la fatiga como por la superabundancia de sangre que había consumido. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que se había permitido alimentarse tan copiosamente. Pero el estallido de Poder en bruto junto al cementerio lo había contagiado de su frenesí, echando por tierra su ya debilitado control. Seguía sin saber con seguridad de dónde había salido el Poder. Había estado observando a las muchachas humanas desde su puesto en las sombras cuando éste estalló por detrás de él, haciendo huir a las jóvenes, y se había visto atrapado entre el temor de que éstas fueran a parar al río y el deseo de sondear aquel Poder y descubrir su procedencia. Al final, la había seguido a ella, incapaz de arriesgarse a que resultara herida.

Algo negro había volado en dirección a los árboles mientras las humanas alcanzaban la protección del puente, pero ni siquiera los sentidos nocturnos de Stefan pudieron descifrar de qué se trataba. Había vigilado mientras ella y las otras dos marchaban en dirección a la ciudad. Luego había regresado al cementerio.

Estaba vacío entonces, purgado de lo que fuera que había estado allí. Sobre el suelo yacía una fina tira de tela que a unos ojos corrientes les habría parecido gris en la oscuridad. Pero él vio su auténtico color, y mientras la arrugaba entre los dedos, alzándola despacio hasta tocar sus labios, olió el aroma de los cabellos de la muchacha.

Los recuerdos lo asaltaron. Ya era bastante terrible cuando se hallaba fuera de su vista, cuando el sereno resplandor de su mente sólo martirizaba los bordes de su consciencia. Pero estar en la misma aula que ella en la escuela, sentir su presencia detrás de él, oler la embriagadora fragancia de su piel a su alrededor, era casi más de lo que podía soportar.

Había escuchado cada queda respiración de la joven, sentido su calidez irradiando sobre su espalda, percibido cada latido de su melodioso pulso. Y finalmente, con gran horror por su parte, se había encontrado cediendo a ello. Su lengua se había deslizado arriba y abajo sobre sus colmillos, deleitándose con el placer-dolor que crecía allí, alentándolo. Había aspirado su olor por la nariz de un modo deliberado, y dejado que las visiones acudieran, imaginándolo todo. Lo suave que sería su cuello, y cómo sus labios irían a su encuentro con igual suavidad al principio, depositando diminutos besos aquí y allí, hasta que alcanzaran el blando

hueco de su garganta. Cómo se acurrucarían allí, en el lugar donde el corazón de la joven latía con tanta fuerza contra la delicada piel. Y cómo por fin sus labios se abrirían, se apartarían de los ansiosos dientes afilados como pequeñas dagas y...

No. Había salido de su trance con una sacudida, su propio pulso latiendo irregularmente, el cuerpo estremecido. Habían dado por finalizada la clase, a su alrededor todo era movimiento, y sólo podía esperar que nadie le hubiese estado observando con demasiada atención.

Cuando ella le había hablado, había sido incapaz de creer que pudiera mirarla a la cara mientras sus venas ardían y toda su mandíbula superior suspiraba por ella. Por un momento había temido que su control se quebraría, que la sujetaría por los hombros y la tomaría delante de todos ellos. No tenía ni idea de cómo había podido escapar, sólo que algo más tarde estaba canalizando su energía en forma de duro ejercicio, vagamente consciente de que no debía utilizar los Poderes. No importaba; incluso sin ellos era en todos los aspectos superior a los muchachos mortales que competían con él en el campo de rugby. Su visión era más aguda, los reflejos más veloces, los músculos, más fuertes. En seguida, una mano le había palmeado la espalda y la voz de Matt había sonado en sus oídos:

—¡Felicidades! ¡Bienvenido al equipo!

Al contemplar aquel rostro franco y sonriente, Stefan se había sentido invadido por la vergüenza. «Si supieras lo que soy, no me sonreirías —había pensado sombrío—. He ganado esta competición vuestra mediante engaños. Y la chica a la que amas..., porque la amas, ¿verdad?, está en mis pensamientos justo ahora.»

Y había permanecido en ellos a pesar de todos sus esfuerzos por desterrarla aquella tarde. Había ido a parar al cementerio ciegamente, arrancado del bosque por una fuerza que no comprendía. Una vez allí, la había vigilado, luchando consigo mismo, luchando contra el ansia, hasta que el estallido de Poder la había hecho huir a ella y a sus amigas. Y luego había regresado a casa..., pero no hasta después de alimentarse. Después de haber perdido el control.

Era incapaz de recordar cómo había sucedido exactamente, cómo había permitido que sucediera. Aquella llamarada de Poder lo había provocado, despertando cosas en su interior que era mejor dejar que durmieran. La necesidad de cazar. El ansia por la caza, por el olor a miedo y el salvaje triunfo de caer sobre la presa. Hacía años —siglos— que no sentía el ansia con tanta fuerza. Sus venas habían empezado a arder como el fuego. Y todos sus pensamientos se habían vuelto rojos: era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el cálido sabor cúprico, la efervescencia vital de la sangre.

Con aquella excitación rugiendo aún en su interior, había dado un paso o dos tras las muchachas. ¿Qué podría haber sucedido de no haberse cruzado en su camino el anciano? Era mejor no pensarlo. Cuando llegó al

final del puente, sus orificios nasales se habían ensanchado ante el olor fuerte y característico a carne humana.

Sangre humana. El elixir supremo, el vino prohibido. Más embriagador que cualquier licor, la humeante esencia de la vida misma. Y estaba tan cansado de oponerse al ansia...

Había habido un movimiento en la orilla, al agitarse un montón de viejos harapos. Y al instante siguiente, Stefan había aterrizado con un movimiento grácil y felino junto a él. La mano salió despedida al frente y retiró los harapos, dejando al descubierto un rostro arrugado y parpadeante encima de un cuello esquelético. Sus labios se echaron hacia atrás.

Y a continuación todo lo que se oyó fue un sonido de succión.

En aquellos momentos, mientras ascendía a trompicones por la escalera principal de la casa de huéspedes, intentó no pensar en ello y no pensar en ella..., en la muchacha que le tentaba con su calidez, con su vida. Ella había sido la que realmente deseaba, pero a partir de aquel momento debía poner freno a aquello, debía matar cualquier pensamiento parecido antes de que se iniciara. Por su bien y por el de ella. Él era su peor pesadilla hecha realidad y ella ni siquiera lo sabía.

—¿Quién anda ahí? ¿Eres tú, chico? —gritó, chillona, una voz cascada.

Una de las puertas del segundo piso se abrió y una cabeza canosa asomó fuera.

—Sí, *signora*..., señora Flowers. Siento haberla perturbado.

—Ah, se necesita más que el crujido de una tabla del suelo para perturbarme. ¿Cerraste la puerta con llave al entrar?

—Sí, *signora*. Está... a salvo.

—Eso está bien. Necesitamos estar seguros aquí. Uno nunca sabe lo que podría salir de esos bosques, ¿verdad?

El muchacho dirigió una veloz mirada al pequeño rostro sonriente rodeado de mechones grises, a los ojos brillantes que se movían de un lado a otro. ¿Ocultaban algún secreto?

—Buenas noches, *signora*.

—Buenas noches, chico. —La mujer cerró la puerta.

Ya en su propia habitación, Stefan se dejó caer sobre la cama y permaneció tumbado con los ojos fijos en el techo bajo e inclinado.

Por lo general tenía un sueño intranquilo por las noches; no era su hora natural de dormir. Pero esa noche estaba cansado. Requería tanta energía enfrentarse a la luz del sol. Y la comida pesada no hacía más que contribuir a su letargo. Pronto, aunque sus ojos no se cerraron, dejó de contemplar el techo encalado sobre su cabeza.

Retazos aleatorios de recuerdos flotaron por su mente. Katherine, tan encantadora aquella noche junto a la fuente, la luz de la luna tiñendo de

plata sus pálidos cabellos dorados. Qué orgulloso se había sentido de estar sentado con ella, de ser quien compartiera su secreto...

—Pero ¿no puedes salir nunca a la luz del sol?

—Sí que puedo, siempre y cuando lleve esto puesto. —Alzó una pequeña mano blanca, y la luz de la luna brilló sobre el anillo de lapislázuli que llevaba en ella—. Pero el sol me cansa mucho. Nunca he sido muy fuerte.

Stefan la contempló, contempló la delicadeza de sus facciones y la delgadez de su cuerpo. Era casi tan incorpórea como el cristal hilado. No, jamás debió de ser fuerte.

—De niña, a menudo estaba enferma —dijo en voz muy baja, los ojos fijos en el juego del agua en la fuente.

—La última vez, el doctor dijo que me moriría. Recuerdo que papá lloraba y recuerdo estar tumbada en mi enorme cama, demasiado débil para moverme. Incluso respirar era un esfuerzo excesivo. Me entristecía tanto abandonar el mundo y tenía tanto frío, tantísimo frío... —Se estremeció y luego sonrió.

—Pero ¿qué sucedió?

—Desperté en plena noche y encontré a Gudren, mi doncella, de pie junto a mi cama. Y entonces se hizo a un lado y vi al hombre que había traído. Sentí miedo. Su nombre era Klaus y había oído a la gente del pueblo decir que era malvado. Grité a Gudren que me salvara, pero ella se limitó a permanecer allí de pie, observando. Cuando él acercó la boca a mi cuello, pensé que iba a matarme.

Hizo una pausa. Stefan la miraba con horror y compasión, y ella le dedicó una sonrisa reconfortante.

—No fue tan terrible después de todo. Hubo un poco de dolor al principio, pero desapareció rápidamente. Y luego la sensación fue en realidad agradable. Cuando él me dio de su sangre para beber, me sentí más fuerte de lo que había estado en meses. Y luego esperamos juntos a que transcurrieran las horas hasta que llegó el amanecer. Cuando vino el doctor, no podía creer que yo pudiera incorporarme en la cama y hablar. Papá dijo que era un milagro y volvió a llorar, pero de alegría. —Su rostro se nubló—. Tendré que abandonar a mi padre pronto. Un día de éstos advertirá que desde aquella enfermedad no he envejecido ni una hora.

—¿Y jamás lo harás?

—No. ¡Eso es lo más maravilloso de todo, Stefan! —Alzó los ojos hacia él con infantil júbilo—. ¡Seré joven eternamente y nunca moriré! ¿Puedes imaginarlo?

Él no podía imaginarla como nada que no fuese lo que era en aquel momento: adorable, inocente, perfecta.

—Pero... ¿no lo encontraste aterrador al principio?

—Al principio, un poco. Pero Gudren me mostró qué hacer. Fue ella quien me dijo que encargara este anillo, con una gema que me protegería de la luz solar. Mientras estuve en cama, me trajo sustanciosas bebidas calientes. Más tarde, me trajo pequeños animales que su hijo atrapaba.

—¿No... personas?

Se oyó su risa.

—Por supuesto que no. Puedo obtener todo lo que necesito en una noche de una paloma. Gudren dice que si deseo ser poderosa, debería tomar sangre humana, pues la esencia vital de los humanos es más fuerte. Y Klaus también solía instarme a hacerlo; quería volver a intercambiar sangre. Pero yo le digo a Gudren que no quiero poder. Y en cuanto a Klaus...

Se interrumpió y bajó los ojos, de modo que las espesas pestañas descansaron sobre la mejilla. Su voz era muy baja cuando prosiguió:

—No creo que sea una cosa que deba hacerse a la ligera. Tomaré sangre humana sólo cuando haya encontrado a mi compañero, aquel que estará junto a mí por toda la eternidad. —Alzó la mirada hacia él con expresión seria.

Stefan le sonrió, sintiéndose aturdido y pletórico de orgullo. Apenas consiguió contener la felicidad que sintió en aquel momento.

Pero eso fue antes de que su hermano Damon regresara de la universidad. Antes de que Damon volviera y contemplara los ojos azules como joyas de Katherine.

Sobre su cama en la habitación de techo bajo, Stefan gimió. Entonces la oscuridad lo atrajo más profundamente, y nuevas imágenes empezaron a titilar en su mente.

Eran visiones dispersas del pasado que no formaban una secuencia coherente. Las vio como escenas brevemente iluminadas por relámpagos. El rostro de su hermano, crispado en una máscara de furia inhumana. Los ojos azules de Katherine, centelleando y danzando mientras efectuaba piruetas con su nuevo vestido blanco. El fugaz atisbo de algo blanco tras un limonero. El contacto de una espada en su mano; la voz de Giuseppe gritando desde la distancia; el limonero. No debía dar la vuelta al limonero. Volvió a ver el rostro de Damon, pero en esa ocasión su hermano reía como loco. Reía sin parar, con un sonido parecido al chirriar del cristal roto. Y el limonero estaba más cerca ya...

—¡Damon... Katherine... no!

Estaba sentado totalmente tieso en la cama.

Se pasó unas manos temblorosas por los cabellos y serenó su respiración.

Un sueño terrible. Hacía mucho tiempo que no se había visto torturado por sueños como aquél; mucho, desde luego, desde la última vez que soñó algo. Los últimos segundos pasaron una y otra vez por su mente, y volvió a ver el limonero y escuchó de nuevo la risa de su hermano.

Resonó en su mente casi con excesiva nitidez. De improviso, sin ser consciente de una decisión deliberada de moverse, Stefan se encontró ante la ventana abierta. Sintió el frío aire nocturno sobre las mejillas al mirar a la oscuridad plateada.

«¿Damon?» Envió el pensamiento en una oleada de Poder, rastreando. Luego se sumió en una inmovilidad total, escuchando con todos sus sentidos.

No sintió nada, ninguna ondulación como respuesta. A poca distancia, una pareja de aves nocturnas alzaron el vuelo. En la ciudad, muchas mentes dormían; en el bosque, animales nocturnos se dedicaban a sus ocupaciones privadas.

Suspiró y volvió a girar hacia la habitación. A lo mejor se había equivocado respecto a la risa; a lo mejor incluso había estado equivocado sobre la amenaza en el cementerio. Fell's Church estaba silenciosa y tranquila, y él debería imitarla. Necesitaba dormir.

5 de setiembre (en realidad, primeras horas del 6 de septiembre... sobre la 1 de la madrugada)

Querido diario:

Debería regresar a la cama en seguida. Hace apenas unos pocos minutos desperté pensando que alguien chillaba, pero ahora la casa está en silencio. Han sucedido tantas cosas extrañas esta noche, que tengo los nervios destrozados, supongo.

Al menos desperté sabiendo exactamente qué voy a hacer respecto a Stefan. Todo el asunto más o menos se me ocurrió de repente. El Plan B, Fase Uno, se inicia mañana.

Los ojos de Francés llameaban, y tenía las mejillas arreboladas mientras se aproximaba a las tres muchachas sentadas ante la mesa.

—¡Elena, tienes que oír esto!

Elena le sonrió educadamente, pero sin demasiada familiaridad. Francés bajó la cabeza.

—Quiero decir..., ¿puedo unirme a vosotras? Acabo de enterarme de la cosa más absurda respecto a Stefan Salvatore.

—Siéntate —indicó Elena con deferencia—. Pero —añadió untando mantequilla en un panecillo— no estamos realmente interesadas en la noticia.

—¿Vosotras no...? —Francés se la quedó mirando fijamente; miró a Meredith, luego a Bonnie—. Vosotras, chicas, estáis de broma, ¿verdad?

—En absoluto. —Meredith ensartó una judía verde y la observó con suspicacia—. Tenemos otras cosas en la cabeza hoy.

—Exactamente —indicó Bonnie tras un repentino sobresalto—. Stefan es algo pasado, ¿sabes? Ya no interesa. —Se inclinó y se frotó el tobillo.

Francés miró a Elena suplicante.

—Pero pensaba que querías saberlo todo respecto a él.

—Curiosidad —repuso Elena—. Al fin y al cabo es un visitante, y quería darle la bienvenida a Fell's Church. Pero, por supuesto, debo mantenerme fiel a Jean-Claude.

—¿Jean-Claude?

—Jean-Claude —dijo Meredith, enarcando las cejas y suspirando.

—Jean-Claude —repitió Bonnie animosamente.

Delicadamente, con el pulgar y el índice, Elena sacó una foto de su mochila.

—Aquí está de pie frente a la casita en la que nos alojábamos. Justo después me cortó una flor y dijo... bueno —sonrió misteriosamente—, no debería repetirlo.

Francés contemplaba con atención la foto, que mostraba a un hombre joven, sin camisa, de pie frente a una mata de hibisco y sonriendo con timidez.

—Es mayor que tú, ¿verdad? —dijo con respeto.

—Veintiuno. Por supuesto... —Elena miró por encima del hombro—, mi tía jamás lo aprobaría, de modo que se lo estamos ocultando hasta que me gradúe. Tenemos que escribirnos en secreto.

—Qué romántico... —musitó Francés—. No se lo diré a nadie, lo prometo. Pero respecto a Stefan...

Elena le dedicó una sonrisa de superioridad.

—Si tengo que comer comida europea —dijo—, prefiero la francesa a la italiana siempre. —Volvió la cabeza hacia Meredith—. ¿No te parece?

—Mm... mmm. Siempre. —Meredith y Elena se sonrieron la una a la otra con complicidad, luego se volvieron hacia Francés—. ¿No estás de acuerdo?

—Pues sí —respondió ella apresuradamente—. Yo también. Siempre.

Sonrió de manera cómplice ella también y asintió varias veces mientras se levantaba y marchaba.

Cuando desapareció, Bonnie dijo lastimera:

—Esto va a matarme. Elena, me moriré si no me entero del chismorreo.

—Ah, ¿eso? Yo puedo contártelo —respondió Elena con calma—. Iba a decir que existe un rumor por ahí de que Stefan es un agente de la brigada de estupefacientes.

—¿Un qué? —Bonnie la miró fijamente, y luego prorrumpió en carcajadas—. Pero eso es ridículo. ¿Qué agente de estupefacientes en todo el mundo se vestiría así y llevaría gafas oscuras? Quiero decir, ha hecho todo lo que puede para atraer la atención sobre él... —Su voz se apagó, y sus ojos castaños se abrieron más—. Pero entonces, ése puede ser el motivo de que lo haga. ¿Quién sospecharía jamás de alguien tan obvio? Y vive solo, y es terriblemente reservado... ¡Elena! ¿Y si es cierto?

—No lo es —dijo Meredith.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo soy quien lo inventó. —Al ver la expresión de Bonnie, sonrió de oreja a oreja y añadió—: Elena me dijo que lo hiciera.

—Ahhh. —Bonnie dirigió una mirada de admiración a Elena—. Eres perversa. ¿Puedo decir a la gente que tiene una enfermedad terminal?

—No, no puedes. No quiero a una ristra de Florences Nightingale haciendo cola para sostenerle la mano. Pero puedes contar a la gente lo que quieras sobre Jean-Claude.

Bonnie tomó la fotografía.

—¿Quién era realmente?

—El jardinero. Estaba loco por esas matas de hibiscos. También estaba casado y con dos hijos.

—Una lástima —comentó Bonnie en tono serio—. Y tú le dijiste a Francés que no le hablara a nadie de él...

—Exacto. —Elena consultó su reloj—. Lo que significa que sobre las, ah, digamos dos en punto, debería saberlo toda la escuela.

Tras las clases, las muchachas fueron a casa de Bonnie. Las recibieron en la puerta principal unos ladridos agudos, y cuando Bonnie abrió la puerta, un pequinés muy viejo y gordo intentó escapar. Se llamaba Yangtzé, y estaba tan malcriado que nadie excepto la madre de Bonnie lo soportaba. Mordisqueó el tobillo de Elena cuando ésta pasó por su lado.

La sala de estar estaba oscura y abarrotada, con grandes cantidades de mobiliario recargado y cortinas gruesas en las ventanas. La hermana de Bonnie, Mary, estaba allí, quitándose las horquillas que sujetaban una cofia a sus ondulados cabellos rojos. Tenía sólo dos años más que Bonnie y trabajaba en el dispensario de Fell's Church.

—Ah, Bonnie —saludó—, me alegro de que estés de vuelta. Hola, Elena, Meredith.

Elena y Meredith dijeron «hola».

—¿Qué sucede? Pareces cansada —dijo Bonnie.

Mary dejó caer la cofia sobre la mesa de centro. En lugar de responder, fue ella quien hizo una pregunta.

—Anoche, cuando llegaste a casa tan alterada, ¿dónde dijiste que habíais estado?

—Allá en el... Sólo allá abajo, junto al puente Wickery.

—Eso es lo que pensé. —Mary aspiró con fuerza—. Ahora escúchame, Bonnie McCullough. No vuelvas a ir allí, y especialmente sola y de noche. ¿Comprendido?

—Pero ¿por qué no? —inquirió Bonnie, absolutamente desconcertada.

—Porque anoche atacaron a alguien allí, ése es el porqué no. ¿Y sabes dónde lo encontraron? Justo en la orilla debajo del puente Wickery.

Elena y Meredith se le quedaron mirando con incredulidad, y Bonnie agarró con fuerza el brazo de Elena.

—¿Atacaron a alguien debajo del puente? Pero ¿quién era? ¿Qué sucedió?

—No lo sé. Esta mañana uno de los trabajadores del cementerio lo descubrió allí tendido. Supongo que era alguna persona sin hogar y que probablemente iba a dormir bajo el puente cuando la atacaron. Pero estaba medio muerto cuando la trajeron y no ha recuperado el conocimiento aún. Podría morir.

—¿Qué quieres decir con atacado? —inquirió Elena, tragando saliva.

—Quiero decir —respondió Mary con claridad— que casi le habían desgarrado totalmente la garganta. Perdió una increíble cantidad de sangre. Al principio pensaron que podría haber sido un animal, pero ahora el doctor Lowen dice que fue una persona. Y la policía cree que quienquiera que lo hiciese podría ocultarse en el cementerio. —Mary miró a cada una de ellas por turno, con la boca convertida en una línea recta—. De modo que si estuvisteis allí junto al puente... o en el cementerio, Elena Gilbert..., entonces esa persona podría haber estado allí con vosotras. ¿Entendido?

—Ya no tienes que asustarnos más —dijo Bonnie con voz débil—. Lo hemos captado, Mary.

—De acuerdo. Estupendo. —Mary hundió los hombros y se frotó la nuca con gesto cansado—. Tengo que tumbarme un rato. No era mi intención ser una gruñona —dijo mientras abandonaba la salita.

Una vez a solas, las tres muchachas se miraron entre sí.

—Podría haber sido una de nosotras —dijo Meredith con calma—. En especial tú, Elena; tú fuiste allí sola.

Elena sentía una picazón por toda la piel, el mismo sentimiento doloroso de alerta que había tenido en el viejo cementerio. Podía sentir la frialdad

del viento y ver las hileras de lápidas a su alrededor. La luz del sol y el Robert E. Lee jamás habían parecido tan lejanos.

—Bonnie —dijo despacio—, ¿viste a alguien allí fuera? ¿Es eso a lo que te referías cuando dijiste que alguien me estaba esperando?

En la habitación oscura, Bonnie la contempló sin comprender.

—¿De qué hablas? Yo no dije eso.

—Sí, lo dijiste.

—No, no lo hice. Jamás dije eso.

—Bonnie —intervino Meredith—, las dos te oímos. Te quedaste mirando fijamente a las viejas lápidas, y luego dijiste a Elena...

—No sé de qué estáis hablando y yo no dije absolutamente nada. —Bonnie tenía el rostro congestionado por la cólera y había lágrimas en sus ojos—. No quiero seguir hablando de ello.

Elena y Meredith se miraron la una a la otra impotentes. En el exterior, el sol se ocultó tras una nube.



Capítulo 6

26 de septiembre

Querido diario:

Lamento que haya pasado tanto tiempo, y en realidad no puedo explicar por qué no he escrito: excepto que hay muchísimas cosas de las que me da miedo hablar, incluso a ti.

Primero sucedió algo totalmente espantoso. El día que Bonnie, Meredith y yo estuvimos en el cementerio, atacaron a un anciano alli y casi lo matan. La policía todavía no ha encontrado a la persona que lo hizo, y la gente cree que el anciano estaba loco, porque cuando despertó empezó a delirar sobre «ojos en la oscuridad» y robles y cosas. Pero recuerdo lo que nos sucedió a nosotras esa noche y me hago preguntas. Me asusta.

Todo el mundo estuvo aterrorizado durante un tiempo, y todos los niños tuvieron que permanecer dentro de casa después de oscurecer o salir en grupos. Pero han pasado casi tres semanas ya sin más ataques, de modo que toda la conmoción va apagándose gradualmente. Tía Judith no puede entender el ataque. El padre de Tyler Smallwood incluso sugirió que el anciano podría habérselo hecho él mismo; aunque me gustaría ver cómo alguien se muerde a sí mismo en la garganta.

Pero con lo que he estado ocupada sobre todo es con el Plan B. Por el momento va bien. He recibido varias cartas y un ramo de rosas rojas de «Jean-Claude» (el tío de Meredith es florista), y todo el mundo parece haber olvidado que me sentí interesada en algún momento por Stefan. Así que mi posición social está segura. Ni siquiera Caroline ha causado problemas.

De hecho, no sé qué hace Caroline estos días, y no me importa. Ya nunca la veo a la hora del almuerzo ni después de clases; parece haberse distanciado por completo de su antiguo grupo.

Sólo hay una cosa que me importa en estos momentos, Stefan.

Ni siquiera Bonnie y Meredith se dan cuenta de lo vital que es para mí, y me da miedo decírselo; me temo que pensarían que estoy loca. En la escuela muestro una máscara de calma y autocontrol, pero interiormente..., bueno, sencillamente, cada día empeora.

Tía Judith ha empezado a preocuparse por mí. Dice que no como suficiente estos días, y tiene razón. Parezco incapaz de concentrarme en mis clases, ni en nada divertido, como lo de la Casa Encantada para recaudar fondos. No puedo concentrarme en nada que no sea él. Y ni siquiera comprendo el motivo.

No me ha dirigido la palabra desde aquella tarde horrible. Pero te contaré algo extraño. La semana pasada, durante la clase de historia alcé los ojos un momento y le pesqué mirándome. Estábamos sentados a unos cuantos asientos de distancia, y él estaba totalmente vuelto de lado en su pupitre, mirando. Por un momento me sentí casi asustada y mi corazón empezó a latir con fuerza, y simplemente nos quedamos mirándonos fijamente el uno al otro..., y luego él desvió la mirada. Pero desde entonces ha sucedido otras dos veces, y cada vez noté sus ojos puestos en mí antes de verlos. Es literalmente cierto. Sé que no es mi imaginación.

No se parece a ningún chico que haya conocido.

Parece tan aislado, tan solo... Aunque sea elección propia. Ha causado un gran impacto en el equipo de rugby, pero no anda por ahí con ninguno de los chicos, excepto tal vez con Matt. Matt es el único con el que habla. Tampoco sale con ninguna chica, que yo sepa, de modo que quizá el rumor de que es un agente de estupefacientes está funcionando. Pero es más probable que esté evitando a otras personas que no que ellas le eviten a él. Desaparece entre clases y tras los entrenamientos, y ni una sola vez le he visto en la cantina. Jamás ha invitado a nadie a su habitación en la casa de huéspedes. Nunca visita la cafetería después de las clases.

Así pues, ¿cómo voy a pescarle en algún lugar donde no pueda huir de mí? Éste es el auténtico problema que tiene el Plan B. Bonnie dice: «¿Por qué no quedarte atrapada con él en medio de una tormenta eléctrica, de modo que tengáis que acurrucaros juntos para mantener el calor corporal?». Y Meredith sugirió que mi coche se estropeara frente a la casa de huéspedes. Pero ninguna de esas ideas es práctica, y me estoy volviendo loca intentando pensar en algo mejor.

Cada día es peor para mí. Me siento como si fuera un reloj o algo parecido, con la cuerda a punto de saltar de tanto darle vueltas. Si no encuentro algo que poder hacer pronto, voy a...

Iba a decir «morir».

La solución se le ocurrió de un modo más bien repentino y sencillo.

Sentía lástima por Matt; sabía que se había sentido dolido por el rumor sobre Jean-Claude, pues apenas había hablado con ella desde que se supo la historia. Por lo general se limitaba a saludarla con un veloz movimiento de cabeza cuando se cruzaba en su camino. Y cuando tropezó con él un día en un pasillo vacio frente al aula de Escritura Creativa, el muchacho desvió la mirada.

—Matt... —empezó.

Quiso decirle que no era cierto, que nunca habría empezado a salir con otro chico sin decírselo a él primero. Quiso decirle que nunca había sido su intención herirle, y que se sentía fatal en aquellos momentos. Pero no sabía cómo empezar, así que finalmente se limitó a soltar: «¡Lo siento!», y se giró para entrar en el aula.

—Elena —dijo él, y ella dio media vuelta.

Ahora sí la miraba, con los ojos entreteniéndose en sus labios, sus cabellos. Luego meneó la cabeza como para indicar que le había gastado una buena jugarreta.

—¿Existe de verdad ese tipo francés? —inquirió finalmente.

—No —respondió ella al momento y sin vacilación—. Lo inventé —añadió con sencillez— para demostrar a todo el mundo que no estaba disgustada por... —Se interrumpió.

—Por lo de Stefan. Comprendo. —Matt asintió, mostrándose a la vez más sombrío y algo más comprensivo—. Pero no creo que te evite porque tenga algo personal contra ti. Es así con todo el mundo...

—Excepto contigo.

—No. Me habla a veces, pero no sobre nada personal. Nunca dice nada sobre su familia o lo que hace fuera del instituto. Es como... como si hubiera un muro a su alrededor que no puedo atravesar. No creo que jamás deje que nadie atraviese ese muro. Lo que es una condenada idiotez, porque creo que en realidad se siente desdichado.

Elena reflexionó sobre ello, fascinada por una visión de Stefan que no había considerado antes. Él siempre parecía tan controlado, tan calmado e imperturbable... Pero, por otra parte, sabía que ella también causaba esa impresión a otras personas. ¿Sería posible que en el fondo él se sintiera tan confuso e infeliz como ella?

Fue entonces cuando tuvo la idea, y era ridiculamente simple. Nada de ardides complicados, nada de tormentas eléctricas o coches que se averian.

—Matt —dijo despacio—, ¿no crees que sería una buena cosa si alguien consiguiera franquear ese muro? ¿Una buena cosa para Stefan, me refiero? ¿No crees que sería lo mejor que podría sucederle?

Alzó los ojos para mirarle intensamente, deseando que comprendiera.

El la miró fijamente un instante, luego cerró los ojos brevemente y sacudió la cabeza con incredulidad.

—Elena —dijo—, eres increíble. Haces bailar a la gente a tu son y no creo que te des cuenta siquiera de que lo haces. Y ahora vas a pedirme que haga algo para ayudarte a tenderle una emboscada a Stefan, y yo soy tan imbécil que podría incluso aceptar hacerlo.

—No eres un imbécil, eres un caballero. Y sí, quiero pedirte un favor, pero sólo si consideras que es correcto. No quiero hacerle daño a Stefan, y no quiero hacerte daño a ti.

—¿No quieres?

—Claro que no. Ya sé cómo debe de sonar eso, pero es cierto. Sólo quiero... —Volvió a interrumpirse; ¿cómo podía explicar lo que quería cuando ni siquiera lo comprendía ella misma?

—Sólo quieres que todo el mundo y todo giren alrededor de Elena Gilbert —repuso él con amargura—. Únicamente quieres todo lo que no tienes.

Horrorizada, retrocedió y le miró. Sintió un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas ardientes.

—No lo hagas —dijo él—. Elena, no pongas esa expresión. Lo siento. —Suspiró—. De acuerdo, ¿qué es lo que se supone que debo hacer? ¿Atarlo de pies y manos y arrojarlo ante tu puerta?

—No —respondió ella, intentando aún obligar a las lágrimas a regresar a su lugar de origen—. Sólo quería que consiguieras que acudiera al baile de inicio de curso de la semana próxima.

Matt mostró una expresión curiosa.

—Sólo quieres que esté en el baile.

Elena asintió.

—De acuerdo. Estoy seguro de que estará allí. Y, Elena... a mí no me apetece llevar a nadie más que a ti.

—De acuerdo —respondió ella tras unos instantes—. Y, bueno, gracias.

La expresión de Matt seguía siendo peculiar.

—No me des las gracias, Elena. No es nada... en realidad.

La muchacha seguía intentando comprender aquella expresión cuando él dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

—Quédate quieta —dijo Meredith, dando al cabello de Elena un tirón reprobatorio.

—Sigo pensando —comentó Bonnie desde el banco situado al pie de la ventana— que los dos fueron maravillosos.

—¿Quiénes? —murmuró Elena distraídamente.

—Como si no lo supieras —dijo Bonnie—. Esos dos chicos tuyos que consiguieron un milagro de última hora en el partido de ayer. Cuando Stefan atrapó ese último pase, pensé que iba a desmayarme. O a vomitar.

—Vamos, por favor —intervino Meredith.

—Y Matt... Ese chico es simplemente poesía en movimiento...

—Y ninguno de ellos es mío —declaró Elena, categórica.

Bajo los dedos expertos de Meredith, sus cabellos se estaban convirtiendo en una obra de arte, una suave masa de oro ensortijado. Y el vestido era perfecto; el pálido tono violeta resaltaba el color de sus ojos. Pero incluso para sus adentros se veía con un aspecto pálido y férreo, no suavemente sonrojado por la emoción, sino blanco y decidido, como un soldado jovencísimo al que envían a primera línea del frente.

De pie en el campo de rugby, el día anterior, cuando anunciaron su nombre como Reina de la Fiesta de Inicio de Curso, sólo había tenido una idea en la cabeza. Él no podría negarse a bailar con ella. Si es que aparecía en el baile, no podía rechazar a la Reina del Baile. Y de pie ante el espejo en aquellos momentos, volvió a repetírselo a sí misma.

—Esta noche tendrás a todo aquel que desees —decía Bonnie en tono tranquilizador—. Y, escucha, cuando te deshagas de Matt, ¿puedo llevármelo y consolarlo?

—¿Qué pensará Raymond? —inquirió Meredith con un resoplido.

—Bueno, tú puedes consolarlo a él. Pero, realmente, Elena, me gusta Matt. Y una vez que te centres en Stefan, tu grupito de tres va a resultar un poco abarrotado. Así que...

—Como quieras. Matt merece un poco de consideración.

«Desde luego, no la está obteniendo de mí», pensó Elena, que todavía no podía creer lo que le estaba haciendo. Pero precisamente en aquellos momentos no podía permitirse cuestionarse a sí misma; necesitaba toda su energía y concentración.

—Ya está. —Meredith colocó el último pasador en el cabello de Elena—. Ahora, miradnos: la Reina del Baile de Inicio de Curso y su corte..., o parte de ella al menos. Nos estamos guapísimas.

—¿Es ése el «nos» mayestático? —preguntó Elena en tono burlón, pero era cierto.

Estaban guapísimas. El vestido de Meredith era de un majestuoso raso color burdeos, muy ceñido a la cintura y que se desplegaba en forma de pliegues desde las caderas. Llevaba la oscura melena suelta sobre la espalda. Y Bonnie, cuando se levantó y fue a reunirse con sus amigas frente al espejo, era como una resplandeciente muñequita en tafetán rosa y lentejuelas negras.

En cuanto a ella misma... Elena escudriñó su imagen con ojo experto y volvió a pensar: «El vestido está bien». La única otra frase que le vino a la mente fue *violetas escarchadas*. Su abuela había tenido un tarro de ellas, flores auténticas sumergidas en azúcar cristalizado y congeladas.

Bajaron la escalera juntas, como habían hecho para cada baile desde séptimo curso; sólo que antes Caroline siempre las había acompañado. Elena reparó con vaga sorpresa en que ni siquiera sabía con quién iba a ir Caroline esa noche.

Tía Judith y Robert —que pronto sería tío Robert— estaban en la sala de estar con Margaret, que tenía puesto su pijama.

—Chicas, estáis preciosas —dijo tía Judith, agitada y nerviosa como si ella misma fuera al baile.

Besó a Elena y Margaret alzó los brazos para abrazarla.

—Estás muy bonita —dijo con la sencillez de sus cuatro años.

También Robert contemplaba a Elena. Pestañeó, abrió la boca y volvió a cerrarla.

—¿Qué sucede, Bob?

—Ah —miró a tía Judith con aspecto turbado—. Bueno, en realidad se me acaba de ocurrir que Elena es una forma del nombre Helen. Pero ella lo escribe Elena, y por algún motivo pensé en otra Elena, en Elena de Troya.

—Hermosa y predestinada a morir —dijo Bonnie alegremente.

—Bueno, sí —repuso Robert, que no parecía nada alegre.

Elena no dijo nada.

Sonó el timbre de la puerta. Matt estaba en la entrada, con su acostumbrada chaqueta deportiva azul. Con él iban Ed Goff, el acompañante de Meredith, y Raymond Hernández, el de Bonnie. Elena buscó a Stefan.

—Probablemente ya esté allí —dijo Matt, interpretando su veloz mirada—. Escucha, Elena —Pero lo que fuera que estaba a punto de decir quedó interrumpido en medio de la charla de las otras parejas. Bonnie y Raymond fueron con ellos en el coche de Matt, y no dejaron de intercambiar agudezas durante todo el trayecto hasta el instituto.

La música salía al exterior por las puertas abiertas del auditorio. En cuanto abandonó el coche, una curiosa certeza embargó a Elena. Algo iba a suceder, comprendió, contemplando la masa cuadrada del edificio del instituto. La tranquila primera velocidad de las últimas semanas estaba a punto de pasar a la marcha directa.

Estoy lista, se dijo. Y esperó que fuera cierto.

Dentro, todo era un caleidoscopio de color y actividad. Matt y ella se vieron asediados en cuanto entraron, y a ambos les cayó una lluvia de cumplidos. El vestido de Elena... su cabello... sus flores. Matt era una leyenda en potencia: otro Joe Montana, una apuesta segura para una beca deportiva.

En el vertiginoso remolino que debería haberlo sido todo para ella, Elena no dejaba de buscar una cabeza morena.

Tyler Smallwood respiraba pesadamente sobre ella, oliendo a ponche y a chicle de menta, mientras su acompañante lucía una expresión asesina. Elena hizo caso omiso de él con la esperanza de que la dejara en paz.

El señor Tanner pasó ante ellos con un empapado vaso de papel y aspecto de estar siendo estrangulado por el cuello de su camisa. Sue Carson, la otra princesa de último curso de la fiesta, se acercó veloz y

empezó a alabar su vestido. Bonnie estaba ya en la pista de baile, brillando bajo las luces. Pero Elena no vio a Stefan por ninguna parte.

Otra vaharada más de chicle de menta y vomitaría. Dio un codazo a Matt y huyeron a la mesa de los refrescos, donde el entrenador Lyman se lanzó a hacer un estudio crítico del partido. Parejas y grupos se acercaban a ellos, se quedaban unos pocos minutos y luego se retiraban para dejar sitio a los que aguardaban tanda. «Igual que si realmente fuéramos de la realeza», pensó Elena entusiasmada. Miró de soslayo para ver si Matt compartía su regocijo, pero él tenía la mirada fija a su izquierda.

Ella siguió su mirada. Y allí, medio oculta tras un grupo de jugadores de rugby, estaba la cabeza oscura que había estado buscando. Inconfundible, incluso bajo aquella tenue luz. Un estremecimiento la recorrió, más de dolor que de otra cosa.

—¿Ahora qué? —preguntó Matt con expresión dura—. ¿Lo ato de pies y manos?

—No; voy a pedirle que baile conmigo, eso es todo. Aguardaré hasta que nosotros hayamos bailado primero, si quieres.

Él negó con la cabeza, y ella marchó en dirección a Stefan por entre la multitud.

Pieza a pieza, Elena fue registrando información sobre él mientras se aproximaba. Su americana negra tenía un corte sutilmente distinto del de las que llevaban los otros muchachos, más elegante, y llevaba un suéter de cachemir blanco debajo de ella. Se mantenía muy quieto, un poco apartado de los grupos que lo rodeaban. Y, aunque sólo podía verle de perfil, reparó en que no llevaba puestas las gafas de sol.

Se las quitaba para jugar al rugby, desde luego, pero ella nunca le había visto de cerca sin ellas. Aquello la hizo sentir mareada y emocionada, como si aquél fuera un baile de disfraces y hubiese llegado el momento de quitarse las máscaras. Se concentró en su hombro, en la línea de la mandíbula, y entonces él empezó a volverse hacia ella.

En ese instante, Elena se dio cuenta de que era hermosa. No era sólo el vestido o el modo en que llevaba peinados los cabellos. Era hermosa en sí misma: esbelta, imperial, un objeto hecho de seda y fuego interior. Vio que los labios de él se abrían ligeramente, de forma refleja, y entonces alzó la vista para mirarle a los ojos.

—Hola.

¿Era ésa su propia voz, tan sosegada y segura de sí misma? Él tenía los ojos verdes. Verdes como hojas de roble en verano.

—¿Lo pasas bien? —preguntó.

«Lo hago ahora». Él no lo dijo, pero ella supo que era lo que pensaba; lo veía en el modo en que la miraba fijamente. Jamás había estado tan segura de su poder. Excepto que en realidad no tenía el aspecto de estarlo pasando bien; parecía acongojado, lleno de dolor, como si no pudiera soportar ni un minuto más aquello.

La banda empezaba a tocar un baile lento. Él seguía contemplándola fijamente, empapándose de ella. Aquellos ojos verdes oscureciéndose, volviéndose negros de deseo... Tuvo la repentina sensación de que podría acercarla a él bruscamente y besarla con fuerza, sin decir ni una palabra en ningún momento.

—¿Te gustaría bailar? —preguntó en voz baja.

«Estoy jugando con fuego, con algo que no comprendo», pensó de repente. Y en ese momento se dio cuenta de que estaba asustada. Su corazón empezó a latir violentamente. Era como si aquellos ojos verdes hablaran a alguna parte de ella que estaba enterrada muy por debajo de la superficie y aquella parte le gritara «peligro». Algún instinto más antiguo que la civilización le decía que corriera, que huyera.

No se movió. La misma fuerza que la aterraba la mantenía allí. Aquello estaba fuera de control, se dijo de improviso. Lo que sucedía allí, fuera lo que fuera, escapaba a su comprensión, no era nada normal ni cuerdo. Pero ya no se podía parar, e incluso aterrorizada disfrutaba con ello. Era el momento más intenso que había experimentado con un muchacho, pero no estaba sucediendo nada en absoluto; él se limitaba a contemplarla, como hipnotizado, y ella le devolvía la mirada, mientras la energía brillaba entre ellos como un rayo calorífico. Vio que sus ojos se oscurecían, derrotados, y sintió el salvaje salto de su propio corazón cuando él le tendió lentamente una mano.

Y entonces todo se hizo añicos.

—Vaya, Elena, qué encantadora estás —dijo una voz, y la visión de Elena quedó deslumbrada por reflejos dorados.

Era Caroline, los cabellos castaño rojizos intensos y lustrosos y la piel luciendo un bronceado perfecto. Llevaba un vestido confeccionado totalmente en lame dorado que mostraba una increíblemente osada extensión de aquella piel perfecta. Deslizó un brazo desnudo alrededor del de Stefan y le sonrió con indolencia. Resultaban deslumbrantes juntos, como una pareja de modelos internacionales que va a divertirse a un baile de escuela secundaria, mucho más glamurosos y sofisticados que cualquier otra persona en la sala.

—Y ese vestidito es tan mono... —prosiguió Caroline, mientras la mente de Elena seguía funcionando en automático.

Aquel brazo informalmente posesivo unido al de Stefan se lo decía todo: dónde había estado Caroline a la hora del almuerzo aquellas últimas semanas, qué había estado tramando durante todo aquel tiempo.

—Le dije a Stefan que sencillamente teníamos que pasarnos por aquí un momento, pero no vamos a quedarnos mucho tiempo. Así que no te importará que me lo quede para los bailes, ¿verdad?

Elena estaba extrañamente tranquila ahora, su mente era un vacío zumbante. Respondió que no, que desde luego no le importaba, y contempló cómo Caroline se alejaba, una sinfonía en castaño rojizo y oro. Stefan se marchó con ella.

Había un círculo de rostros alrededor de Elena; les dio la espalda y se topó con Matt.

—Sabías que venía con ella.

—Sabía que ella quería que lo hiciera. Le ha estado siguiendo por todas partes a la hora del almuerzo y después de clase, e imponiéndole más o menos su presencia. Pero...

—Ya veo.

Sumida aún en aquella curiosa calma artificial, escudriñó la multitud y vio a Bonnie que iba hacia ella, y a Meredith abandonando su mesa. Lo habían visto, entonces. Probablemente todo el mundo lo había visto. Sin una palabra a Matt, fue hacia ellas, encaminándose instintivamente hacia el baño de las chicas.

Estaba abarrotado de cuerpos femeninos, y Meredith y Bonnie mantuvieron sus comentarios alegres y superficiales mientras la miraban con preocupación.

—¿Viste ese vestido? —dijo Bonnie, oprimiendo los dedos de Elena a escondidas—. La parte delantera debe de estar sujeta con cola de contacto. Y ¿qué se pondrá para el siguiente baile? ¿Celofán?

—Film transparente de envolver —repuso Meredith, y añadió en voz baja —: ¿Estás bien?

—Sí.

Elena pudo ver en el espejo que sus ojos estaban demasiado brillantes y que había una mancha de color ardiendo en cada mejilla. Se arregló los cabellos y se apartó.

La habitación se vació dejándolas a solas. Bonnie jugueteaba nerviosamente con el lazo de lentejuelas de su cintura.

—Quizá no sea tan mala cosa después de todo —dijo con calma—. Me refiero a que no has pensado en otra cosa que no fuera él durante semanas. Casi un mes. Y así tal vez sea para bien, y tú puedas dedicarte a otras cosas ahora, en lugar de..., bueno, perseguirle.

«¿También tú, Bruto?», pensó Elena.

—Muchas gracias por tu apoyo —dijo en voz alta.

—Vamos, Elena, no seas así —intervino Meredith—. No intenta herirte, sólo piensa que...

—Y supongo que tú también lo piensas. Bueno, eso es estupendo. Sencillamente saldré y me buscaré otras cosas a las que dedicarme. Como otras mejores amigas.

Las dejó a ambas contemplándola atónitas mientras se alejaba.

Fuera, se arrojó al remolino de color y música. Se mostró más radiante de lo que había estado nunca en ningún baile. Bailó con todo el mundo, riendo en una voz demasiado alta, coqueteando con todos los chicos que se cruzaban en su camino.

La llamaron para que subiera y la coronaran, y permaneció de pie sobre el escenario, contemplando a las figuras multicolores del suelo. Alguien le entregó unas flores; alguien colocó una diadema en su cabeza. Sonaron aplausos. Todo transcurrió como en un sueño.

Coqueteó con Tyler porque era quien estaba más cerca cuando descendió del escenario. Luego recordó lo que él y Dick le habían hecho a Stefan y extrajo una de las rosas del ramo y se la dio. Matt observaba desde la barrera, con los labios apretados. La olvidada acompañante de Tyler estaba casi hecha un mar de lágrimas.

Elena olió alcohol mezclado con menta en el aliento de Tyler, y vio que el muchacho tenía el rostro colorado. Sus amigos la rodeaban, una pandilla que chillaba y reía a carcajadas, y vio que Dick vertía algo de una bolsa de papel marrón en su vaso de ponche.

Nunca antes había estado con aquel grupo, y éste la recibió con una calurosa acogida, admirándola, los muchachos disputándose su atención. Los chistes volaban de un lado a otro, y Elena reía incluso cuando no tenían sentido. El brazo de Tyler le rodeó la cintura, y ella se limitó a reír aún más. Con el rabillo del ojo vio que Matt meneaba la cabeza y se alejaba. Las chicas empezaban a mostrarse estridentes, los muchachos alborotadores. Tyler le besuqueaba el cuello.

—Tengo una idea —anunció éste al grupo, abrazando a Elena con más fuerza contra él—. Vayamos a algún lugar más divertido.

Alguien chilló:

—¿Adonde, Tyler? ¿A casa de tu padre?

Tyler sonreía de oreja a oreja, una sonrisa borracha y temeraria.

—No, me refiero a alguna parte donde podamos dejar nuestra marca. Como el cementerio.

Las chicas lanzaron grititos, los chicos se dieron codazos entre sí y fingidos puñetazos.

La acompañante de Tyler seguía allí de pie, fuera del círculo.

—Tyler, eso es una locura —dijo con voz aguda y débil—. Ya sabes lo que le sucedió a aquel viejo. No iré allí.

—Estupendo, entonces quédate aquí. —Tyler sacó unas llaves del bolsillo y las agitó frente al resto de la pandilla—. ¿Quién no tiene miedo? —preguntó.

—Eh, yo estoy dispuesto a ir —dijo Dick, y se escuchó un coro de aprobación.

—Yo, también —dijo Elena con voz clara y desafiante.

Dedicó una sonrisa a Tyler, y éste prácticamente la cogió en volandas.

Y acto seguido ella y Tyler conducían ya a un ruidoso y alborotador grupo a la zona de aparcamiento, donde todos se amontonaron en coches. Y luego Tyler bajó la capota de su descapotable y ella se introdujo en el

coche, con Dick y una chica llamada Vickie Bennett apretujándose en el asiento trasero.

—¡Elena! —gritó alguien, muy lejos, desde la entrada iluminada de la escuela.

—Conduce —le dijo a Tyler quitándose la diadema, y el motor se puso en marcha.

Arrancaron dejando las marcas de los neumáticos en el suelo del aparcamiento, y el frío viento nocturno azotó el rostro de Elena.



Capítulo 7

Bonnie estaba en la pista de baile con los ojos cerrados, dejando que la música fluyera a través de ella. Cuando los abrió un instante, Meredith le hacía señas desde un lateral. Bonnie alzó la barbilla con rebeldía, pero puesto que las señas de Meredith se hacían más insistentes, alzó los ojos hacia Raymond y obedeció. Raymond la acompañó.

Matt y Ed estaban detrás de Meredith. Matt tenía el entrecejo fruncido. Ed aparecía incómodo.

—Elena acaba de irse —dijo Meredith.

—Es un país libre —repuso Bonnie.

—Se fue con Tyler Smallwood —indicó Meredith—. Matt, ¿estás seguro de no haber oído adonde iban?

Matt negó con la cabeza.

—Se merece lo que le suceda..., pero también es culpa mía —dijo con voz sombría—. Deberíamos ir tras ella.

—¿Abandonar el baile? —exclamó Bonnie, y miró a Meredith, que articuló las palabras «lo prometiste»—. No me lo puedo creer —masculló con ferocidad.

—No sé cómo la encontraremos —observó Meredith—, pero tenemos que intentarlo. —Luego añadió, con una voz extrañamente titubeante—. Bonnie, tú no tendrás una idea de dónde está, ¿verdad?

—¿Qué? No, claro que no. He estado bailando. ¿Habéis oído hablar de eso, verdad, lo que uno hace en un baile?

—Tú y Ray quedaos aquí —le dijo Matt a Ed—. Si regresa, decidle que hemos ido a buscarla.

—Y si vamos a hacerlo, será mejor salir ahora —terció Bonnie de mala gana.

Dio media vuelta y chocó inmediatamente con una americana oscura.

—Vaya, perdona —dijo bruscamente, alzando los ojos y encontrándose con Stefan Salvatore.

El muchacho no dijo nada mientras ella, Meredith y Matt se dirigían hacia la puerta, dejando a unos Raymond y Ed de aspecto desdichado tras ellos.

Las estrellas se veían lejanas y brillantes como el hielo en el cielo sin nubes. Elena se sentía justo igual que ellas. Una parte de ella gritaba y reía con Dick, Vickie y Tyler por encima del rugido del viento, pero otra parte observaba desde lejos.

Tyler aparcó a mitad de camino de la cima de la colina que conducía a la iglesia en ruinas, dejando las luces encendidas cuando descendieron del coche. Aunque había varios coches detrás de ellos cuando abandonaron la escuela, parecían ser los únicos que habían conseguido recorrer todo el trayecto hasta el cementerio.

Tyler abrió el maletero y sacó un paquete de seis cervezas.

—Más para nosotros.

Ofreció una cerveza a Elena, que negó con la cabeza, intentando no hacer caso de la sensación de náusea que notaba en la boca del estómago. Sentía que era un error estar allí..., pero en modo alguno iba a reconocerlo ahora.

Ascendieron por la senda de losas, con las muchachas tambaleándose en sus zapatos de tacón alto y apoyándose en los muchachos. Cuando llegaron a lo alto, Elena lanzó una exclamación ahogada y Vickie profirió un gritito.

Algo enorme y rojo flotaba justo por encima del horizonte. Elena tardó un momento en comprender que en realidad era la luna. Era tan grande e irreal como una pieza de utilería en una película de ciencia ficción, y su masa hinchada brillaba pálidamente con una luz malsana.

—Como una enorme calabaza podrida —dijo Tyler, y le lanzó una piedra.

Elena se obligó a dedicarle una sonrisa radiante.

—¿Por qué no vamos adentro? —sugirió Vickie, indicando con una mano blanca el agujero vacío que era la entrada de la iglesia.

La mayor parte del tejado se había desplomado al interior, aunque el campanario seguía intacto; una torre que se alargaba hacia el cielo muy por encima de ellos. Tres de las paredes seguían en pie, pero la cuarta llegaba sólo a la altura de la rodilla. Había montones de cascotes por todas partes.

Una luz llameó junto a la mejilla de Elena, y ésta se dio la vuelta, sobresaltada, encontrándose con Tyler que sostenía un encendedor. El muchacho sonrió de oreja a oreja, mostrando unos fuertes dientes blancos, y dijo:

—¿Quieres usar mi encendedor?

La carcajada de Elena fue la más sonora, para ocultar su desasosiego. Tomó el encendedor, usándolo para iluminar el sepulcro que había en el lateral de la iglesia. No se parecía a ninguna otra tumba del cementerio, aunque su padre decía haber visto cosas parecidas en Inglaterra. Parecía

una enorme caja de piedra, lo bastante grande para dos personas, con dos estatuas de mármol descansando sobre la tapa.

—Thomas Keeping Fell y Honoria Fell —dijo Tyler con un gesto grandilocuente, como si los presentara—. Supuestamente, el viejo Thomas fundó Fell's Church. Aunque en realidad los Smallwood también estaban ahí por aquella época. El tatarabuelo de mi bisabuelo vivía en el valle junto a Drowning Creek...

—... hasta que se lo comieron los lobos —intervino Dick, y echó la cabeza hacia atrás imitando a un lobo. Luego eructó y Vickie lanzó una risita nerviosa. Una expresión de enojo cruzó las apuestas facciones de Tyler, pero forzó una sonrisa.

—Thomas y Honoria están más bien pálidos —dijo Vickie, todavía riendo nerviosamente—, creo que lo que necesitan es un poco de color.

Sacó un pintalabios de su monedero y empezó a cubrir la boca de mármol de la estatua de la mujer de ceroso color escarlata. Elena sintió un nuevo ataque de náuseas. De niña siempre se había sentido intimidada por la dama y el hombre de aspecto serio que yacían con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre sus pechos. Y después de que sus padres murieran, los había imaginado tendidos uno al lado del otro de aquel modo en el cementerio. Pero sostuvo el encendedor mientras la otra muchacha usaba el pintalabios para colocar un bigote y una nariz de payaso a Thomas Fell.

Tyler los contemplaba.

—Oíd, ahí los tenéis tan elegantes y sin un lugar al que ir. —Colocó las manos sobre el borde de la tapa de piedra, intentando moverla lateralmente—. ¿Qué dices tú, Dick? ¿Quieres sacarlos a dar una vuelta nocturna por la ciudad? ¿Digamos, justo por el centro de la ciudad?

«No», pensó Elena, horrorizada, mientras Dick lanzaba una carcajada y Vickie una serie de risotadas. Pero Dick estaba ya junto a Tyler, apuntalándose y preparándose, con las palmas de las manos sobre la tapa de piedra.

—A la de tres —dijo Tyler, y contó—: Uno, dos, tres.

Los ojos de Elena estaban clavados en el horrible rostro de payaso de Thomas Fell mientras los muchachos empujaban al frente y gruñían, con los músculos a punto de estallar bajo la ropa. No consiguieron mover la tapa ni un centímetro.

—La maldita cosa debe de estar sujeta de algún modo —dijo Tyler con enojo, apartándose.

Elena sintió que se le doblaban las piernas de alivio. Intentando parecer indiferente, se apoyó en la tapa de piedra de la tumba para sostenerse... Y entonces fue cuando sucedió.

Escuchó un chirriar de piedra y notó que la tapa se movía bajo su mano izquierda al instante. Se alejaba de ella, haciéndole perder el equilibrio. El encendedor salió volando, y ella gritó y volvió a gritar, intentando

mantenerse en pie. Caía a la tumba abierta, y un viento helado rugía a su alrededor. En sus oídos sonaron chillidos.

Y entonces se encontró fuera y la luz de la luna brillaba lo suficiente para que pudiera ver a los demás. Tyler la sujetaba. Miró a su alrededor enloquecida.

—¿Estás chiflada? ¿Qué ha sucedido? —Tyler empezó a zarandearla.

—¡Se ha movido! ¡La tapa se ha movido! Se ha deslizado a un lado y... no sé... casi caigo dentro. Hacía frío...

Los muchachos se echaron a reír.

—A la pobre criatura le dio el tembleque —dijo Tyler—. Vamos, amigo Dick, lo comprobaremos.

—Tyler, no...

Pero entraron de todos modos. Vickie se quedó en la entrada, mientras Elena temblaba. Al poco, Tyler le hizo señas desde la puerta para que se acercara.

—Mira —dijo cuando ella volvió a entrar a regañadientes; el muchacho había recuperado el encendedor y lo sostuvo por encima del pecho de mármol de Thomas Fell—. Todavía encaja, está aquí la mar de quietecita. ¿Lo ves?

Elena contempló con asombro la perfecta alineación de tapa y sepulcro.

—Se ha movido. He estado a punto de caer dentro...

—Desde luego, lo que tu digas, nena.

Tyler la rodeó con sus brazos, sujetándola contra él de espaldas. Elena miró más allá y vio a Dick y a Vickie en una posición muy parecida, sólo que Vickie, con los ojos cerrados, parecía estar disfrutando. Tyler restregó el poderoso mentón por sus cabellos.

—Me gustaría regresar al baile ahora —dijo ella en tono categórico.

Hubo una pausa en la fricción. Luego Tyler suspiró y dijo:

—Claro, nena. —Miró a Dick y a Vickie—. ¿Y vosotros dos?

Dick sonrió ampliamente.

—Nos quedaremos aquí un ratito.

Vickie lanzó una risita con los ojos todavía cerrados.

—De acuerdo.

Elena se preguntó cómo regresarían, pero permitió que Tyler la condujera afuera. Una vez en el exterior, no obstante, el muchacho se detuvo.

—No puedo dejarte marchar sin que eches un vistazo a la lápida de mi abuelo —dijo—. Anda, vamos, Elena —insistió cuando ella empezó a protestar—, no hieras mis sentimientos. Tienes que verla, es el orgullo y la alegría de la familia.

Elena se obligó a sonreír, aunque sentía el estómago helado. A lo mejor, si le seguía la corriente, la sacaría de aquel lugar.

—De acuerdo —dijo, y empezó a andar hacia el cementerio.

—Por ahí no. Es por aquí.

Y al minuto siguiente la conducía hacia abajo en dirección al viejo cementerio.

—No pasa nada, de verdad, no está lejos del sendero. Mira, ahí, ¿ves? —e indicó algo que brillaba a la luz de la luna.

Elena lanzó una exclamación, sintiendo el corazón en un puño. Parecía una persona allí de pie, un gigante con una cabeza redonda y calva. Y no le gustaba estar allí en absoluto, entre las desgastadas e inclinadas lápidas de granito de siglos pasados. La brillante luz de la luna proyectaba sombras extrañas, y había charcos de oscuridad impenetrable por todas partes.

—No es más que la bola de la parte superior. Nada de lo que tener miedo —dijo Tyler, arrastrándola con él fuera del sendero y hacia la brillante lápida.

Estaba hecha de mármol rojo, y la enorme esfera que la coronaba le recordó a Elena la abotargada luna del horizonte; una luna que en aquellos momentos brillaba sobre ellos, tan blanca como las manos de Thomas Fell. Elena no pudo contener sus escalofríos.

—La pobre nena tiene frío. Tendremos que calentarla —dijo Tyler.

Elena intentó apartarle, pero él era demasiado fuerte y la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia sí.

—Tyler, quiero irme; quiero irme ahora mismo...

—Claro, nena, nos iremos —dijo él—. Pero primero tenemos que calentarte. ¡Caramba, estás helada!

—Tyler, para —instó ella.

Los brazos del muchacho a su alrededor habían sido simplemente molestos, limitando sus movimientos, pero en aquel momento, con una sensación de sobresalto, sintió sus manos en su cuerpo, tanteando en busca de carne desnuda.

Elena no había estado nunca en su vida en una situación como aquélla, muy lejos de cualquier ayuda. Dirigió un afilado tacón al empeine del chico, pero él lo esquivó.

—Tyler, quítame las manos de encima.

—Vamos, Elena, no seas así, sólo quiero calentarte todo el cuerpo...

—Tyler, suéltame —le espetó con voz ahogada.

Intentó desasirse de él. Tyler dio un traspié, y entonces todo su peso cayó sobre ella, aplastándola contra la maraña de hiedra y maleza del suelo. Elena estaba desesperada.

—Te mataré, Tyler. Lo digo en serio. Sal de encima.

De manera patosa y descoordinada, Tyler intentó echarse a un lado, riendo estúpidamente.

—¡Ah!, vamos, Elena, no seas tonta. Sólo te estaba calentando. Elena la princesa de hielo, calentándose... Estás más caliente ahora, ¿verdad?

Entonces Elena sintió su boca caliente y húmeda sobre el rostro. Seguía inmovilizada por él, y sus empalagosos besos descendían por su garganta. Oyó ropa que se desgarraba.

—¡Uy! —farfulló Tyler—. Lo siento.

Elena torció la cabeza y su boca encontró la mano de Tyler, que le acariciaba torpemente la mejilla. La mordió, hundiendo los dientes en la carnosa palma. Mordió con fuerza, sintiendo el sabor de la sangre mientras escuchaba el alarido de dolor del muchacho. La mano se apartó violentamente.

—¡Eh! ¡Dije que lo lamentaba!

Tyler contempló ofendido la mano herida. Entonces su cara se ensombreció, mientras, sin dejar de mirarla fijamente, la cerraba con virtiéndola en un puño.

«Ya está —pensó Elena con una tranquilidad de pesadilla—. O bien me va a dejar sin sentido o me matará.» Se preparó para el golpe.

Stefan se había resistido a entrar en el cementerio; todo en su interior había gritado en contra. La última vez que había estado allí había sido la noche del anciano.

El horror se removió en sus tripas otra vez al recordarlo. Habría jurado que no había desangrado al hombre que vivía bajo el puente, que no había tomado sangre suficiente como para lastimarlo. Pero todo aquella noche tras la oleada de Poder estaba embrollado, confuso. Si es que había existido una oleada de Poder después de todo. Quizá había sido su propia imaginación o incluso la había provocado él. Podían suceder cosas extrañas cuando la necesidad se descontrolaba.

Cerró los ojos. Cuando se enteró de que el anciano estaba hospitalizado, a las puertas de la muerte, la conmoción fue inenarrable. ¿Cómo había podido ser capaz de descontrolarse de aquel modo? Hasta matar, casi, cuando no había matado desde...

No iba a permitirse pensar en eso.

En aquel momento, de pie frente a la verja del cementerio en la oscuridad de la medianoche, lo que más deseaba era dar media vuelta y marchar. Regresar al baile donde había dejado a Caroline, aquella criatura cimbreante y bronceada por el sol que estaba totalmente a salvo porque no significaba absolutamente nada para él.

Pero no podía regresar, porque Elena estaba en el cementerio. La percibía, y percibía su creciente angustia. Elena estaba en el cementerio y en apuros, y él tenía que encontrarla.

Estaba a mitad de camino colina arriba cuando tuvo un mareo. Le hizo tambalearse mientras seguía avanzando penosamente en dirección a la iglesia porque era la única cosa en la que podía concentrar la mirada. Oleadas grises de niebla barrían su cerebro, y luchó por seguir moviéndose. Débil, se sentía tan débil... E impotente ante el poder absoluto de aquel vértigo.

Necesitaba... llegar hasta Elena. Pero estaba débil. No podía estar... débil... si tenía que ayudar a Elena. Necesitaba...

La cavidad que era la puerta de la iglesia apareció ante él.

Elena vio la luna sobre el hombro izquierdo de Tyler. Resultaba extrañamente apropiado que fuera a ser la última cosa que viera, se dijo. El grito había quedado atrapado en su garganta, sofocado por el miedo.

Y entonces algo levantó a Tyler y lo arrojó contra la lápida de su abuelo.

Eso fue lo que le pareció a Elena, que rodó a un lado, sin aliento, sujetando con una mano el vestido desgarrado mientras la otra buscaba a tientas un arma.

No la necesitó. Algo se movió en la oscuridad, y vio a la persona que le había sacado a Tyler de encima. Stefan Salvatore. Pero era un Stefan que no había visto nunca, aquel rostro de facciones elegantes estaba lívido y enfurecido, y había una luz asesina en aquellos ojos verdes. Sin siquiera moverse, Stefan emanaba tal cólera y amenaza que Elena descubrió que sentía más miedo de él del que había sentido de Tyler.

—La primera vez que te vi, supe que jamás aprenderías buenos modales —dijo Stefan.

La voz del joven era baja, fría y suave, y en cierto modo hizo que Elena se sintiera mareada. No podía dejar de mirarle mientras él avanzaba hacia Tyler, que meneaba la cabeza, aturdido, y empezaba a incorporarse. Stefan se movía como un bailarín, cada movimiento natural y controlado con precisión.

—Pero no tenía ni idea de que tu carácter estuviera tan poco desarrollado.

Golpeó a Tyler. El muchacho, que era más grande que él, había estado alargando una mano carnosa, y Stefan le golpeó casi con despreocupación en un lado del rostro, antes de que la mano estableciera contacto.

Tyler salió volando contra otra lápida. Se puso en pie gateando y se quedó allí quieto, jadeando, con los ojos en blanco. Elena vio descender un hilillo de sangre de su nariz. Entonces Tyler cargó.

—Un caballero no impone su compañía a nadie —dijo Stefan, y lo derribó a un lado.

Tyler volvió a caer despatarrado al suelo, boca abajo sobre la maleza y los brezos. En esa ocasión fue más lento en incorporarse y manaba sangre de sus dos orificios nasales y de la boca. Resoplaba como un caballo asustado cuando se arrojó sobre Stefan.

Este agarró la parte frontal de la chaqueta de Tyler, haciendo que los dos giraran en redondo y absorbiendo el impacto de la violenta embestida. Zarandeó a Tyler dos veces, con fuerza, mientras aquellos puños rechonchos giraban como molinillos a su alrededor, sin poder asestarle un puñetazo. Luego dejó caer al muchacho.

—No se insulta a una señora —siguió.

El rostro de Tyler estaba contraído, tenía los ojos en blanco, pero intentó agarrar la pierna de Stefan. Este le puso en pie de un tirón y volvió a zarandearlo; Tyler se quedó flácido como un muñeco de trapo, con los ojos en blanco. Stefan siguió hablando, sosteniendo el pesado cuerpo en posición vertical y recalcando cada palabra con un zarandeo capaz de dislocar todos los huesos.

—Y, por encima de todo, no se le hace daño...

—¡Stefan! —gritó Elena.

La cabeza de Tyler se movía violentamente adelante y atrás con cada sacudida, y ella estaba asustada de lo que veía; asustada de lo que Stefan pudiera hacer. Y asustada por encima de todo de la voz de Stefan, aquella voz fría que era como un estoque en danza, hermoso y mortífero y totalmente implacable.

—Stefan, para.

El joven giró violentamente la cabeza hacia ella, sobresaltado, como si hubiese olvidado su presencia. Por un momento la miró sin reconocerla, los ojos negros a la luz de la luna, y ella pensó en algún depredador, en alguna ave enorme o un carnívoro de piel lustrosa incapaz de sentir emociones humanas. Luego la comprensión apareció en su rostro y parte de la oscuridad desapareció de la mirada.

Bajó los ojos hacia la cabeza colgante de Tyler y a continuación lo depositó con cuidado contra la lápida de mármol rojo. Las rodillas del muchacho se doblaron y resbaló a lo largo de su superficie, pero, con gran alivio por parte de Elena, sus ojos se abrieron; al menos el izquierdo lo hizo. El derecho se estaba hinchando hasta convertirse en una mera rendija.

—Estará bien —dijo Stefan vagamente.

Al desaparecer su miedo, Elena se sintió vacía. «La conmoción —pensó —. Padezco una conmoción. Probablemente empezaré a chillar como una histérica en cualquier momento.»

—¿Hay alguien que pueda llevarte a casa? —inquirió Stefan, todavía con aquella voz espeluznantemente amortiguada.

Elena pensó en Dick y Vickie, haciendo Dios sabía qué junto a la estatua de Thomas Fell.

—No —respondió.

Su cerebro empezaba a funcionar otra vez, a reparar en las cosas a su alrededor. El vestido violeta estaba desgarrado a lo largo de la parte delantera; estaba destrozado. Mecánicamente, lo cerró sobre su sujetador.

—Te llevaré yo —dijo Stefan.

Incluso a través del aturdimiento, Elena se estremeció de miedo por un instante. Le miró, una figura extrañamente elegante en medio de las tumbas, el rostro pálido a la luz de la luna. Jamás le había parecido tan... tan bello, pero aquella belleza era casi foránea. No sólo extranjera, sino inhumana, porque ningún humano podía proyectar aquella aura de poder, o de distancia.

—Gracias, eres muy amable —respondió despacio; no se podía hacer otra cosa.

Dejaron a Tyler incorporándose penosamente junto a la tumba de su antepasado. Elena sintió otro escalofrío cuando llegaron al sendero y Stefan giró en dirección al puente Wickery.

—He dejado mi coche en la casa de huéspedes —dijo—. Éste es el camino más rápido que tenemos para regresar.

—¿Has venido por aquí?

—No; no he cruzado el puente. Pero no pasará nada.

Elena le creyó. Pálido y silencioso, el muchacho anduvo junto a ella sin tocarla, excepto cuando se quitó la americana para colocársela sobre los hombros desnudos. Se sentía curiosamente segura de que Stefan mataría a cualquiera que intentara meterse con ella.

El puente Wickery aparecía blanco bajo la luz de la luna, y por debajo las aguas heladas se arremolinaban sobre antiguas rocas. Todo el mundo estaba quieto, hermoso y frío mientras pasaban bajo los robles en dirección a la estrecha carretera rural.

Dejaron atrás pastos vallados y campos oscuros hasta alcanzar un largo camino curvo. La casa de huéspedes era un edificio enorme de ladrillo rojo óxido fabricado con la arcilla del lugar y estaba flanqueada por cedros y arces antiquísimos. Todas las ventanas excepto una estaban a oscuras.

Stefan abrió con la llave una de las puertas dobles y entraron en un pequeño vestíbulo, con un tramo de escaleras directamente frente a ellos. El pasamanos, igual que las puertas, era de auténtico roble claro, tan pulido que parecía refulgir.

Subieron la escalera hasta el rellano de un segundo piso que estaba pobremente iluminado. Ante la sorpresa de Elena, Stefan la condujo al interior de uno de los dormitorios y abrió lo que parecía la puerta de un armario. A través de ella distinguió una escalera muy estrecha y empinada.

Qué lugar más extraño, se dijo, con aquella escalera secreta enterrada en el corazón de la casa, adonde no podía llegar ningún sonido del exterior. Alcanzó lo alto de las escaleras y penetró en una gran habitación que constituía todo el tercer piso de la casa.

Estaba casi tan pobremente iluminada como la escalera, pero Elena pudo ver el manchado suelo de madera y las vigas al descubierto en el techo inclinado. Había ventanales en todos los lados, y muchos baúles desperdigados entre unas cuantas piezas de mobiliario de madera maciza.

Advirtió que él la observaba.

—¿Hay algún cuarto de baño donde...?

Stefan le indicó con la cabeza una puerta. Ella se quitó la americana, se la tendió sin mirarle y entró.



Capítulo 8

Elena entró en el baño aturdida y vagamente agradecida. Salió enojada.

No estaba muy segura de cómo había tenido lugar la transformación; pero en algún momento mientras se lavaba los arañazos del rostro y los brazos, irritada por la falta de un espejo y el hecho de haberse dejado el monedero en el descapotable de Tyler, empezó a sentir otra vez. Y lo que sintió fue ira.

Maldito Stefan Salvatore. Tan frío y controlado incluso mientras le salvaba la vida. Maldita su educación y su galantería y los malditos muros de su alrededor que parecían más gruesos y altos que nunca.

Se quitó los pasadores que quedaban en su pelo y los usó para mantener cerrada la parte delantera del vestido. Luego se arregló rápidamente los cabellos, ahora sueltos, con un peine de hueso tallado que encontró junto al lavamanos. Salió del cuarto de baño con la barbilla bien alta y los ojos entrecerrados.

Él no se había vuelto a poner la americana y permanecía de pie junto a la ventana con su suéter blanco y la cabeza inclinada, tenso, aguardando. Sin alzar la cabeza, indicó una pieza de terciopelo oscuro colocada sobre el respaldo de una silla.

—Tal vez quieras ponerte esto sobre el vestido.

Era una capa de cuerpo entero, espléndida y suave, con una capucha. Elena se colocó la pesada tela sobre los hombros. Pero no se sintió aplacada por el obsequio; advirtió que Stefan no se había acercado para nada, ni tampoco la había mirado mientras hablaba.

Deliberadamente, invadió su territorio, envolviéndose más en la capa y sintiendo, incluso en aquel momento, el modo en que los pliegues caían a su alrededor, arrastrándose por el suelo tras ella. Fue hacia él y efectuó un examen del pesado tocador de caoba situado junto a la ventana.

Sobre él descansaban una daga siniestra con empuñadura de marfil y una hermosa copa de ágata engarzada en plata. También había una esfera dorada con una especie de dial incrustado y varias monedas sueltas de oro.

Tomó una de las monedas, en parte porque eran interesantes y en parte porque sabía que a él le molestaría verla tocar sus cosas.

—¿Qué es esto?

Transcurrió un momento antes de que Stefan respondiera.

—Un florín de oro. Una moneda florentina.

—¿Y esto qué es?

—Un reloj alemán en forma de colgante. Es de finales del siglo XV —dijo en tono angustiado, y añadió—: Elena...

Ella alargó la mano hacia un pequeño cofre de hierro con una tapa con bisagras.

—¿Qué es esto? ¿Se abre?

—No.

Tenía los reflejos de un gato; su mano descendió violentamente sobre el cofre, manteniendo la tapa bajada.

—Esto es personal —dijo con la tensión muy patente en la voz.

Elena reparó en que la mano estaba en contacto sólo con la curvada tapa de hierro y no con su propia mano. Alzó los dedos, y él retrocedió al momento.

De improviso, su enojo fue demasiado grande para contenerlo por más tiempo.

—Ten cuidado —dijo con ferocidad—. No me toques, que a lo mejor pescas una enfermedad.

Stefan se apartó en dirección a la ventana.

Y sin embargo, incluso mientras ella se apartaba también, regresando al centro de la habitación, percibió cómo él observaba su reflejo. Y supo de inmediato qué debía parecerle a él, con los cabellos pálidos derramándose sobre la negrura de la capa y con una mano blanca sujetando el terciopelo cerrado a la altura de la garganta: una princesa mancillada dando vueltas en su torre.

Echó la cabeza hacia atrás todo lo que pudo para contemplar la trampilla del techo y escuchó una suave y clara inhalación. Cuando volvió la cabeza, la mirada de él estaba fija en su garganta, que había quedado al descubierto; la expresión de sus ojos la confundió. Pero al cabo de un instante el rostro se endureció, excluyéndola.

—Creo —dijo— que será mejor que te lleve a casa.

En ese instante deseó hacerle daño, hacerle sentir tan mal como él la hacía sentir a ella. Pero también quería la verdad. Estaba cansada de aquel juego, cansada de intrigar y conspirar e intentar leer la mente de Stefan Salvatore. Fue aterrador y a la vez un maravilloso alivio escuchar su propia voz pronunciando las palabras que había pensado durante tanto tiempo.

—¿Por qué me odias?

La miró sorprendido, y por un momento no pareció capaz de encontrar palabras. Luego dijo:

—No te odio.

—Sí lo haces —replicó Elena—. Sé que no... no es de buena educación decirlo, pero no me importa. Sé que debería estarte agradecida por salvarme esta noche, pero tampoco me importa. No te pedí que me salvaras. Para empezar, ni siquiera sé por qué estabas en el cementerio. Y, desde luego, no comprendo por qué lo hiciste, teniendo en cuenta lo que sientes respecto a mí.

Él negaba con la cabeza, pero su voz era baja.

—No te odio.

—Ya desde el principio me has evitado como si yo fuera... fuera alguna especie de leprosa. Intenté ser simpática contigo, y me lo echaste en cara. ¿Es eso lo que hace un caballero cuando alguien intenta darle la bienvenida?

Él intentaba decir algo, pero ella siguió imparable, sin prestarle atención.

—Me desairaste en público una y otra vez; me has humillado en la escuela. No estarías hablando conmigo ahora si no se hubiera tratado de una cuestión de vida o muerte. ¿Es eso lo que hace falta para sacarte una palabra? ¿Es necesario que alguien esté a punto de ser asesinado?

»E incluso ahora —prosiguió ella con amargura— no quieres ni que me acerque a ti. ¿Qué te sucede, Stefan Salvatore, para que tengas que vivir así? ¿Para que tengas que alzar muros ante la gente para mantenerla fuera? ¿Para que no puedas confiar en nadie? ¿Qué es lo que te pasa?

Él permaneció callado ahora, con el rostro desviado. Ella aspiró profundamente y luego irguió los hombros, alzando la cabeza incluso a pesar de que tenía los ojos doloridos y ardiendo.

—¿Y qué hay de malo en mí —añadió en voz más sosegada— para que seas incapaz de mirarme siquiera, pero puedas dejar que Caroline Forbes se desviva por ti? Tengo derecho a saber esto, al menos. No volveré a molestarte jamás, ni siquiera te hablaré en el instituto, pero quiero saber la verdad antes de irme. ¿Por qué me odias tanto, Stefan?

Lentamente, el muchacho se volvió y alzó la cabeza. Sus ojos estaban sombríos, sin vida, y algo se retorció en Elena ante el dolor que vio en su rostro.

Stefan apenas podía mantener su voz bajo control. Ella pudo oír el esfuerzo que le costaba hablar con serenidad.

—Sí —dijo—; creo que tienes derecho a saberlo, Elena.

Los ojos del chico se fijaron en los suyos, devolviéndole la mirada directamente, y ella pensó: «¿Tan malo es?».

—No te odio —continuó él, pronunciando cada palabra con cuidado, con claridad—. No te he odiado nunca. Pero tú... me recuerdas a alguien.

Elena se sintió desconcertada. Fuera lo que fuera lo que había esperado, no era eso.

—¿Te recuerdo a otra persona que conoces?

—A alguien que conocí —respondió él en voz baja—. Pero —añadió despacio, como descifrando algo por sí mismo— no eres como ella realmente. Se parecía a ti, pero era frágil, delicada y vulnerable. Tanto interior como exteriormente.

—Y yo no lo soy.

El muchacho emitió un sonido que podría haber sido una carcajada de haber habido algo de humor en él.

—No. Tú eres una luchadora. Tú eres... tú misma.

Elena permaneció en silencio un momento. No podía prolongar su enojo viendo el dolor que había en el rostro de Stefan Salvatore.

—¿Estabas muy unido a ella?

—Sí.

—¿Qué sucedió?

Hubo una larga pausa, tan larga que Elena pensó que no iba a responderle. Pero por fin dijo:

—Murió.

Elena soltó aire trémulamente. Lo que quedaba de su enojo se dobló sobre sí mismo y la abandonó.

—Eso debió de dolerte horriblemente —dijo en voz baja, pensando en la lápida blanca de los Gilbert que se alzaba entre la hierba—. Lo siento mucho.

Él no dijo nada. Su rostro se había vuelto a cerrar y parecía mirar algo a lo lejos, algo terrible y desgarrador que sólo él podía ver. Pero no había únicamente pesar en su expresión. A través de los muros, a través de todo su tembloroso control, ella pudo ver la expresión torturada de una culpa y soledad insoportables. Una expresión tan perdida y angustiada que ya se había colocado junto a él antes de darse cuenta de lo que hacía.

—Stefan —susurró.

No pareció oírla; parecía ir a la deriva en su propio mundo de aflicción.

Elena no pudo evitar posar una mano sobre su brazo.

—Stefan, sé lo que duele...

—No puedes saberlo —estalló él, toda su tranquilidad explotando en una furia colérica.

Bajó la mirada hacia la mano de Elena como si acabara de advertir que estaba allí, como enfurecido por su desfachatez al tocarle. Los ojos verdes estaban dilatados y oscuros cuando le apartó la mano violentamente, alzando la suya para impedirle que volviera a tocarle...

... y de algún modo, en lugar de ello, le sujetaba la mano, sus dedos fuertemente entrelazados con los de ella, aferrados como si le fuera la vida en ello. Bajó los ojos hacia sus manos juntas lleno de perplejidad.

Luego, despacio, su mirada se movió de sus dedos enlazados al rostro de la muchacha.

—Elena... —musitó.

Y entonces ella la vio, vio la angustia haciendo añicos su mirada, como si sencillamente él ya no pudiera luchar más. La derrota a medida que los muros se desmoronaban por fin y veía lo que había debajo.

Y entonces, sin poderlo evitar, él inclinó la cabeza hacia sus labios.

—Espera..., para aquí —dijo Bonnie—. Me pareció ver algo.

El abollado Ford de Matt aminoró la marcha, acercándose lentamente al borde de la carretera, donde zarzas y matorrales crecían tupidos. Algo blanco centelleó allí, yendo hacia ellos.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Meredith—. Es Vickie Bennett.

La joven apareció dando traspiés en la trayectoria de los faros y se quedó allí, tambaleante, mientras Matt frenaba en seco. Los cabellos castaño claro de la muchacha estaban enmarañados y desaliñados, y los ojos miraban vidriosos en un rostro tiznado y sucio de tierra. Llevaba puesta únicamente su ropa interior.

—Metedla en el coche —dijo Matt.

Meredith abría ya la portezuela del coche. Saltó afuera y corrió al encuentro de la aturdida muchacha.

—Vickie, ¿estás bien? ¿Qué te ha sucedido?

Vickie gimió, sin dejar de mirar directamente al frente. Luego pareció ver de improviso a Meredith y se aferró a ella, clavándole las uñas en los brazos.

—Marchaos de aquí —dijo con los ojos llenos de desesperada intensidad, la voz extraña y pastosa, como si tuviera algo en la boca—. Todos vosotros... ¡marchaos de aquí! Ya viene.

—¿Quién viene? Vickie, ¿dónde está Elena?

—Marchaos ahora...

Meredith miró carretera adelante y luego se llevó a la temblorosa muchacha al coche.

—Te sacaremos de aquí —dijo—, pero tienes que decirnos qué ha sucedido. Bonnie, dame tu chal. Está helada.

—Y herida —dijo Matt sombrío—. Parece en estado de choque o algo así. La cuestión es, ¿dónde están los demás? Vickie, ¿iba Elena contigo?

Vickie sollozó, cubriéndose el rostro con las manos mientras Meredith colocaba el irisado chal de Bonnie alrededor de sus hombros.

—No..., Dick —dijo de un modo ininteligible; parecía como si hablar le provocara dolor—. Estábamos en la iglesia..., fue horrible. Apareció... como neblina todo alrededor. Neblina oscura. Y ojos. Vi sus ojos allí en la oscuridad, ardiendo. Me quemaron...

—Delira —dijo Bonnie—. O está histérica, o como queráis llamarlo.

—Vickie, por favor —dijo Matt, hablando despacio y con claridad—, sólo dinos una cosa. ¿Dónde está Elena? ¿Qué le sucedió?

—No lo sé —Vickie alzó un rostro manchado de lágrimas hacia el cielo—. Dick y yo... estábamos solos. Estábamos... y entonces de repente todo se oscureció a nuestro alrededor. No podía correr. Elena dijo que la tumba se había abierto. A lo mejor fue de ahí de donde salió. Fue horrible...

—Estaban en el cementerio, en la iglesia en ruinas —interpretó Meredith —. Y Elena estaba con ellos. Mirad esto.

Bajo la luz interior, todos vieron los profundos arañazos recientes que descendían por el cuello de Vickie hasta el corpiño de encaje de su combinación.

—Parecen marcas de un animal —dijo Bonnie—. Como las marcas de las zarpas de un gato, tal vez.

—No fue un gato lo que atacó a aquel viejo del puente —dijo Matt.

El muchacho estaba pálido, y los músculos de su mandíbula sobresalían. Meredith siguió la dirección de su mirada carretera adelante y luego meneó la cabeza.

—Matt, tenemos que llevarla de vuelta primero. Tenemos que hacerlo —dijo—. Escúchame, estoy tan preocupada por Elena como tú. Pero Vickie necesita un médico, y debemos avisar a la policía. No tenemos elección. Debemos regresar.

Matt volvió a mirar fijamente la carretera durante otro prolongado momento, luego soltó aire con un siseo. Cerrando la portezuela de golpe, puso el coche en marcha y lo hizo girar, cada movimiento realizado con violencia.

Durante todo el camino de vuelta a la ciudad, Vickie no dejó de gimotear.

Elena sintió que los labios de Stefan se encontraban con los suyos.

Y... fue tan sencillo como eso. Todas las preguntas contestadas, todos los temores enterrados, todas las dudas eliminadas.

Lo que ella sentía en aquellos momentos no era sólo deseo, sino una ternura dolorosa y un amor tan fuerte que la hacía estremecerse. La intensidad de sus sentimientos habría resultado aterradora, sólo que estando con él nada podía asustarla.

Estaba en casa.

Aquí era donde pertenecía y lo había encontrado por fin. Con Stefan estaba en casa.

El la apartó ligeramente y ella percibió que temblaba.

—Elena —musitó él sobre sus labios—. No podemos...

—Ya lo hemos hecho —susurró ella, y volvió a atraerle hacia ella.

Era casi como si pudiera oír los pensamientos de Stefan, percibir sus sentimientos. Placer y deseo corrían veloces entre ellos, conectándolos, uniéndolos. Y Elena percibió también una fuente de emociones muy profundas dentro de él. Él quería abrazarla eternamente, protegerla de todo daño. Quería defenderla de cualquier mal que la amenazara. Quería unir su vida a la de ella.

Sintió la tierna presión de sus labios sobre los de ella, y apenas fue capaz de soportar la dulzura de todo ello. «Sí», pensó. Las sensaciones ondulaban a través de ella como olas en un estanque quieto y transparente, y se sumergía en ellas, tanto en la alegría que percibía en Stefan como en el delicioso oleaje de respuesta que brotaba de ella misma. El amor de Stefan la bañaba, brillaba a través de ella, iluminando cada punto oscuro en su alma igual que el sol. Tembló de placer, amor y anhelo.

Él se apartó despacio, como si no pudiera soportar separarse de ella, y se miraron mutuamente a los ojos con maravillada alegría.

No hablaron. No había necesidad de palabras. Él le acarició los cabellos, con un roce tan leve que ella apenas lo sintió, como si él temiera que la muchacha pudiera quebrarse en sus manos. Elena supo entonces que no había sido odio lo que le había hecho evitarla durante tanto tiempo. No, no había sido odio en absoluto.

Elena no tenía ni idea de lo tarde que era cuando descendieron en silencio la escalera de la casa de huéspedes. En cualquier otro momento se habría sentido muy emocionada de entrar en el elegante coche negro de Stefan, pero esa noche apenas se dio cuenta. Él le mantuvo la mano cogida mientras conducían por las calles desiertas.

Lo primero que Elena vio cuando se acercaban a su casa fue las luces.

—Es la policía —dijo, recuperando la voz con cierta dificultad; resultaba curioso hablar tras haber estado en silencio durante tanto rato—. Ése de la entrada es el coche de Robert. Y ahí está el de Matt —indicó; miró a Stefan, y la paz que la había inundado pareció frágil de repente—. Me pregunto qué ha sucedido. ¿No supondrás que Tyler ya les ha contado...?

—Ni siquiera Tyler sería tan estúpido —dijo Stefan.

Paró detrás de uno de los coches de policía, y, de mala gana, Elena soltó su mano de la de él. Deseaba con todo su corazón que Stefan y ella pudieran estar a solas juntos, que nunca tuvieran necesidad de enfrentarse al mundo.

Pero no se podía evitar. Ascendieron por el camino hasta la puerta, que estaba abierta. Dentro, la casa estaba toda iluminada.

Al entrar, Elena vio lo que parecían docenas de rostros vueltos hacia ella y tuvo una repentina visión del aspecto que debía de tener ella, allí de pie en la entrada con la envolvente capa de terciopelo negro y con Stefan Salvatore a su lado. Y entonces tía Judith lanzó un grito y la rodeó con sus brazos, zarandeándola y abrazándola al mismo tiempo.

—¡Elena! ¡Gracias a Dios que estás a salvo! Pero ¿dónde has estado? ¿Y por qué no telefoneaste? ¿No te das cuenta de lo que nos has hecho pasar a todos?

Elena paseó la mirada por la habitación llena de perplejidad. No comprendía nada.

—Nos alegramos de tenerte de vuelta —dijo Robert.

—He estado en la casa de huéspedes con Stefan —dijo ella lentamente —. Tía Judith, éste es Stefan Salvatore; tiene una habitación alquilada allí. Él me trajo.

—Gracias —dijo tía Judith al chico por encima de la cabeza de Elena.

Luego, retrocediendo para mirar a la muchacha, dijo:

—Pero tu vestido, tus cabellos... ¿Qué sucedió?

—¿No lo sabéis? Entonces Tyler no os lo contó. Pero en ese caso, ¿por qué está la policía aquí?

Elena se acercó lentamente a Stefan de un modo instintivo y sintió cómo él se aproximaba más para protegerla.

—Están aquí porque esta noche atacaron a Vickie Bennett en el cementerio —dijo Matt.

Él, Bonnie y Meredith estaban de pie detrás de tía Judith y Robert, con aspecto cansado; aliviados con la aparición de Elena, pero también con cara extraña.

—La encontramos hace unas dos o tres horas y te hemos estado buscando desde entonces.

—¿Atacada? —dijo Elena, atónita—. ¿Atacada por quién?

—Nadie lo sabe —respondió Meredith.

—Bueno, de todos modos, puede que no sea nada de lo que preocuparse —indicó Robert consolador—. El doctor dijo que se ha llevado un buen susto, y que había estado bebiendo. Todo ello podría haber sido fruto de su imaginación.

—Esos arañazos no eran imaginarios —dijo Matt, cortés pero obstinado.

—¿Qué arañazos? ¿De qué estáis hablando? —inquirió Elena, paseando la mirada de un rostro a otro.

—Yo te lo contaré —dijo Meredith, y le explicó, sucintamente, cómo ella y los demás habían encontrado a Vickie—. No hacía más que decir que no

sabía dónde estabas, que estaba sola con Dick cuando sucedió. Y cuando la trajimos de vuelta aquí, el doctor dijo que no encontraba nada concluyente. No estaba realmente herida, excepto por los arañazos, y podría haberlos hecho un gato.

—¿No había otras marcas en ella? —preguntó Stefan en tono seco.

Era la primera vez que había hablado desde que entrara en la casa, y Elena le miró, sorprendida por el tono de su voz.

—No —dijo Meredith—. Desde luego, un gato no le arrancó las ropas..., pero Dick podría haberlo hecho. Ah, y tenía la lengua mordida.

—¿Qué? —exclamó Elena.

—Un mordisco terrible, quiero decir. Debe de haber sangrado una barbaridad, y le duele cuando habla.

Junto a Elena, Stefan se había quedado muy quieto.

—¿Dio alguna explicación sobre lo sucedido?

—Estaba histérica —indicó Matt—. Realmente histérica; lo que decía no tenía ningún sentido. No hacía más que farfullar algo sobre ojos y neblina oscura y no ser capaz de huir..., motivo por el cual el doctor piensa que quizá fue una especie de alucinación. Pero, por lo que se ha podido averiguar hasta el momento, los hechos son que ella y Dick Cárter estaban en la iglesia en ruinas que hay junto al cementerio, que era alrededor de medianoche, y que alguien entró allí y la atacó.

—No atacó a Dick —añadió Bonnie—, lo que al menos muestra que tenía algo de buen gusto. La policía lo encontró inconsciente en el suelo de la iglesia, y no recuerda nada en absoluto.

Pero Elena apenas escuchó las últimas palabras. Algo terrible le pasaba a Stefan. No podía decir cómo lo sabía, pero lo sabía. El muchacho se había quedado rígido mientras Matt terminaba de hablar, y en aquellos instantes, aunque no se había movido, ella sentía como si los separara una distancia enorme, como si ella y él estuvieran en lados opuestos de un témpano de hielo agrietado que se resquebrajaba.

El muchacho dijo, con aquella voz terriblemente controlada que ella había escuchado ya antes en su habitación:

—¿En la iglesia, Matt?

—Sí, en la iglesia en ruinas —respondió él.

—¿Y estás seguro de que dijo que era medianoche?

—No podía afirmarlo, pero debió de ser aproximadamente por entonces. La encontramos no mucho después. ¿Por qué?

Stefan no dijo nada, y Elena sintió cómo el abismo entre ellos se ensanchaba.

—Stefan —susurró, y luego, en voz alta, dijo con desesperación—: Stefan, ¿qué sucede?

El sacudió negativamente la cabeza. «No me dejes fuera», pensó ella, pero él ni siquiera la miró.

—¿Vivirá? —preguntó él súbitamente.

—El doctor dijo que no tenía nada grave —respondió Matt—. Nadie ha sugerido siquiera que pudiera morir.

El gesto de asentimiento de Stefan fue brusco; luego se volvió hacia Elena.

—Tengo que irme —dijo—. Ahora estás a salvo.

Ella le cogió la mano cuando él se daba la vuelta.

—Claro que lo estoy —dijo—. Gracias a ti.

—Sí —respondió él.

Pero no hubo reacción en sus ojos, que estaban entornados, sin brillo.

—Llámame mañana.

Le oprimió la mano, intentando transmitir lo que sentía bajo el escrutinio de todos aquellos ojos vigilantes. Deseó que la comprendiera.

Él bajó la mirada a las manos de ambos sin mostrar la menor expresión, luego, lentamente, volvió a subirla hacia ella. Y entonces, por fin, le devolvió la presión de sus dedos.

—Sí, Elena —musitó mientras sus ojos se aferraban a los de ella.

Al minuto siguiente ya se había ido.

Elena aspiró profundamente y se volvió otra vez hacia la atestada habitación. Tía Judith seguía revoloteando a su alrededor, con la mirada fija en lo que podía verse del vestido desgarrado de su sobrina por debajo de la capa.

—Elena —dijo—, ¿qué sucedió?

Y sus ojos se dirigieron a la puerta por la que acababa de desaparecer Stefan.

Una especie de risa histérica ascendió vertiginosamente por la garganta de la joven, y ésta la contuvo.

—Stefan no lo hizo —dijo—. Él me salvó. —Sintió que su rostro se endurecía y miró al agente de policía situado detrás de tía Judith—. Fue Tyler. Tyler Smallwood...



Capítulo 9

Ella no era la reencarnación de Katherine.

Mientras conducía de regreso a la casa de huéspedes bajo la débil quietud lavanda que precede al amanecer, Stefan pensaba en eso.

Se lo había dicho, y era cierto, pero sólo en esos momentos empezaba a darse cuenta de cuánto tiempo le había costado llegar a esa conclusión. Había sido consciente de cada aliento y movimiento de Elena durante semanas y había catalogado cada diferencia.

El cabello era un tono o dos más claro que el de Katherine, y sus pestañas y cejas eran más oscuras. Las de Katherine habían sido casi plateadas. Y era un buen palmo más alta que Katherine. También se movía con mayor libertad; las chicas de esta época se sentían más cómodas con sus cuerpos.

Incluso sus ojos, aquellos ojos que lo habían dejado paralizado debido al sobresalto experimentado al verlos aquel primer día, no eran realmente iguales. Los ojos de Katherine, por lo general, habían estado muy abiertos, con un asombro infantil, o, por lo contrario, bajados hacia el suelo, como era lo correcto para una jovencita de finales del siglo XV. Sin embargo, los ojos de Elena te devolvían la mirada directamente, te contemplaban con fijeza y sin pestañear. Y en ocasiones se entrecerraban decididos o en desafío, como nunca lo habían hecho los de Katherine.

En gracia, belleza y auténtica fascinación eran parecidas. Pero si Katherine había sido una gatita blanca, Elena era una tigresa de las nieves.

Mientras pasaba con el coche junto a las siluetas de arces, Stefan reculó ante el recuerdo que le asaltó inopinadamente. No pensaría en aquello, no se permitiría...; pero las imágenes se desenrollaban ya ante él. Era como si el diario se hubiera abierto y no pudiera hacer otra cosa que contemplar impotente la página mientras la historia se representaba en su mente.

Blanco, Katherine había llevado un vestido blanco aquel día. Un vestido nuevo de seda veneciana con mangas acuchilladas para mostrar la bella camisa de hilo que llevaba debajo. Lucía un collar de oro y perlas alrededor del cuello y pendientes que eran perlas diminutas en forma de lágrimas.

Se había mostrado encantada con el vestido nuevo que su padre había encargado especialmente para ella.

Había dado vueltas frente a Stefan, alzando la falda que le llegaba hasta el suelo con una mano menuda para mostrar la enagua de brocado amarillo que llevaba debajo.

—Lo ves, incluso lleva bordadas mis iniciales. Papá lo mandó hacer. *Mein lieber Papa*...

Su voz se apagó y dejó de dar vueltas, posando lentamente una mano en el costado.

—Pero ¿qué sucede Stefan? No sonríes.

Él no podía ni intentarlo. Verla a ella allí, blanca y dorada como una visión etérea, le dolía. Si la perdía, no sabía cómo podría vivir.

Sus dedos se cerraron convulsivamente alrededor del frío metal cincelado.

—Katherine, ¿cómo puedo sonreír, cómo puedo ser feliz cuando...?

—¿Cuándo?

—Cuando veo cómo miras a Damon.

Ya está, lo había dicho. Prosiguió lleno de dolor:

—Antes de que él viniera a casa, tú y yo estábamos juntos cada día. Mi padre y el tuyo estaban satisfechos, y hablaban de planes de matrimonio. Pero ahora los días se acortan, el verano casi ha finalizado..., y pasas casi tanto tiempo con Damon como conmigo. La única razón por la que mi padre le permite permanecer aquí es porque tú lo pediste. Pero ¿por qué lo pediste, Katherine? Pensaba que yo te importaba.

Los ojos azules de la muchacha estaban consternados.

—Claro que me importas, Stefan. ¡Sabes que es así!

—Entonces, ¿por qué interceder por Damon ante mi padre? De no ser por ti, habría arrojado a Damon a la calle...

—Y yo estoy seguro de que eso te habría complacido, hermanito.

La voz de la puerta era suave y arrogante, pero cuando Stefan se volvió vio que los ojos de Damon llameaban.

—Ah, no, eso no es cierto —dijo Katherine—. Stefan jamás desearía verte lastimado.

Los labios de Damon se curvaron, y lanzó a su hermano una mirada irónica mientras se colocaba junto a Katherine.

—Tal vez no —le dijo a la joven, la voz suavizándose un poco—. Pero mi hermano tiene razón respecto a una cosa, al menos. Los días se acortan, y pronto tu padre abandonará Florencia. Y te llevará con él..., a menos que tengas una razón para quedarte.

A menos que tengas un esposo con el que quedarte. Las palabras no se pronunciaron, pero los tres las oyeron. El barón le tenía demasiado cariño

a su hija para obligarla a casarse contra su voluntad. Al final tendría que ser la decisión de Katherine, la elección de Katherine.

Puesto que el tema había salido a colación, Stefan no podía permanecer en silencio.

—Katherine sabe que tendrá que dejar a su padre dentro de poco... —empezó, haciendo alarde de su información confidencial, pero su hermano le interrumpió.

—Ah, sí, antes de que el viejo empiece a sospechar —dijo Damon con indiferencia—. Incluso el más amante de los padres debe empezar a hacerse preguntas al ver que su hija sólo aparece por la noche.

Enojo y pena embargaron a Stefan. Era cierto, pues: Damon lo sabía. Katherine había compartido su secreto con su hermano.

—¿Por qué se lo contaste, Katherine? ¿Por qué? ¿Qué ves en él, un hombre al que no le importa nada que no sea su propio placer? ¿Cómo puede hacerte feliz si piensa sólo en él?

—¿Y cómo puede hacerte feliz ese muchacho si no conoce nada del mundo? —interpuso Damon, la voz llena de un desdén cortante como una cuchilla—. ¿Cómo te protegerá si jamás se ha enfrentado a la realidad? Se ha pasado la vida entre libros y pinturas; deja que permanezca ahí.

Katherine sacudía la cabeza afligida, con los preciosos ojos azules empañados por las lágrimas.

—Ninguno de vosotros comprende —dijo—. Pensáis que me puedo casar e instalarme aquí como cualquier dama florentina. Pero no puedo ser como las demás damas. ¿Cómo podría tener una casa llena de sirvientes que vigilaran todos mis movimientos? ¿Cómo podría vivir en un lugar donde la gente viera que los años no pasaban por mí? Jamás existirá una vida normal para mí.

Aspiró profundamente y miró a cada uno por turnos.

—Quien elija ser mi esposo debe renunciar a la vida a la luz del sol —susurró—. Debe elegir vivir bajo la luna y en las horas de la oscuridad.

—Entonces tú debes elegir a alguien que no tema a las sombras —dijo Damon, y a Stefan le sorprendió la intensidad de su voz.

El muchacho jamás había oído a Damon hablar con tanta seriedad y con tan poca afectación.

—Katherine, mira a mi hermano: ¿será capaz de renunciar a la luz del sol? Está demasiado unido a las cosas corrientes: sus amigos, su familia, su deber para con Florencia. La oscuridad lo destruiría.

—¡Mentiroso! —chilló Stefan, que estaba furioso en aquellos momentos—. Soy tan fuerte como tú, hermano, y no temo a nada en las sombras, ni tampoco a la luz del día. Y amo a Katherine más que a los amigos o a la familia...

—... ¿o a tu deber? ¿La amas lo suficiente para renunciar también a eso?

—Sí —respondió Stefan, desafiante—. Lo suficiente como para renunciar a todo.

Damon mostró una de sus repentinas sonrisas inquietantes y luego se volvió hacia Katherine.

—Al parecer —dijo—, la elección es tuya. Tienes dos pretendientes a tu mano; ¿aceptarás a uno de nosotros o a ninguno?

Katherine inclinó lentamente la dorada cabeza. Luego alzó unos húmedos ojos azules para mirarlos a ambos.

—Dadme hasta el domingo para pensar. Y entretanto, no me presionéis con preguntas.

Stefan asintió de mala gana.

—¿Y el domingo? —preguntó Damon.

—Ese día por la noche a la hora del crepúsculo os comunicaré mi elección.

El crepúsculo... la profunda oscuridad violeta del crepúsculo...

Las tonalidades aterciopeladas se desvanecieron alrededor de Stefan y éste volvió en sí. No era el anochecer, sino el amanecer, lo que teñía el cielo a su alrededor. Absorto en sus pensamientos, había conducido hasta el linde del bosque.

Al noroeste pudo ver el puente Wickery y el cementerio. Un nuevo recuerdo aceleró su pulso.

Había dicho a Damon que estaba dispuesto a renunciar a todo por Katherine. Y eso era justamente lo que había hecho. Había renunciado a todo derecho a la luz del sol y se había convertido en una criatura de la oscuridad por ella. Un cazador condenado a ser cazado eternamente, un ladrón que debía robar vida para llenar sus propias venas.

Y tal vez un asesino.

No, habían dicho que aquella chica llamada Vickie no moriría. Pero su siguiente víctima sí podría hacerlo. Lo peor respecto a aquel último ataque era que no recordaba nada sobre él. Recordaba la debilidad, la abrumadora necesidad, y recordaba haber cruzado tambaleante la entrada de la iglesia, pero nada después de eso. Había vuelto en sí en el exterior con el grito de Elena resonando en los oídos... y había corrido veloz hacia ella sin detenerse a pensar en lo que podría haber sucedido.

Elena... Por un momento sintió una oleada de pura alegría y temor reverencial, olvidando todo lo demás. Elena, cálida como la luz del sol, suave como la mañana, pero con un corazón de acero que no se podía romper. Era como fuego ardiendo en hielo, como el afilado filo de una daga de plata.

Pero ¿tenía derecho a amarla? Sus mismos sentimientos por ella la ponían en peligro. ¿Y si la próxima vez que la necesidad se apoderara de él Elena era el ser humano vivo más próximo, el recipiente más cercano repleto de sangre caliente y renovadora?

«Moriré antes que tocarla —pensó, haciendo una promesa—. Antes que abrir sus venas, moriré de sed. Y juro que jamás sabrá mi secreto. Jamás tendrá que renunciar a la luz del sol por mí.»

Detrás de él, el cielo se iluminaba. Pero antes de marchar, envió un pensamiento sonda, con toda la fuerza de su dolor tras él, buscando algún otro Poder que pudiera estar cerca. Buscando alguna otra solución a lo que había sucedido en la iglesia.

Pero no había nada, ningún indicio de una respuesta. El cementerio se burlaba de él con su silencio.

Elena despertó con el sol brillando en su ventana. De inmediato se sintió como si acabara de recuperarse de una larga gripe y como si fuera la mañana del día de Navidad. Sus pensamientos se mezclaron entre sí mientras se sentaba en la cama.

Ah. Le dolía todo el cuerpo. Pero ella y Stefan..., eso lo arreglaba todo. Aquel borracho palurdo de Tyler... Pero Tyler ya no importaba. Nada importaba, excepto que Stefan la amaba.

Bajó en camisón, advirtiendo por la luz que entraba oblicuamente por las ventanas que debía de haber dormido hasta muy tarde. Tía Judith y Margaret estaban en la sala.

—Buenos días, tía Judith. —Dio a su sorprendida tía un largo y fuerte abrazo—. Y buenos días, preciosidad. —Alzó a Margaret en volandas y bailó un vals con ella por la habitación—. Y... ¡ah! Buenos días, Robert.

Un tanto avergonzada por su euforia y por su estado de desnudez, dejó a Margaret en el suelo y corrió a la cocina.

Tía Judith entró tras ella y, aunque había oscuras ojeras bajo sus ojos, sonreía.

—Pareces de buen humor esta mañana.

—Lo estoy. —Elena le dio otro abrazo para pedir perdón por las oscuras ojeras.

—Ya sabes que hemos de ir al despacho del sheriff para hablarles sobre Tyler.

—Sí. —Elena sacó zumo de la nevera y se sirvió un vaso—. Pero ¿puedo acercarme a casa de Vickie Bennett primero? Sé que debe de estar alterada, en especial porque parece que no todo el mundo le cree.

—¿Tú le crees, Elena?

—Sí —respondió ella lentamente—. Le creo. Y, tía Judith —añadió, tomando una decisión—, a mí también me sucedió algo en la iglesia. Me pareció...

—¡Elena! Bonnie y Meredith han venido a verte. —La voz de Robert sonó procedente del vestíbulo.

La atmósfera confidencial se rompió.

—Ah..., hazlas entrar —contestó Elena, y tomó un sorbo de zumo de naranja—. Te lo contaré luego —le prometió a tía Judith, mientras unas pisadas se aproximaban a la cocina.

Bonnie y Meredith se detuvieron en la entrada, permaneciendo de pie con una formalidad poco habitual. La misma Elena se sintió violenta y aguardó hasta que su tía volvió a abandonar la habitación para hablar.

Entonces carraspeó, con los ojos fijos en una baldosa desgastada del linóleo. Les dirigió una rápida mirada a hurtadillas y vio que tanto Bonnie como Meredith tenían la vista puesta en aquella misma baldosa.

Prorrumpió en carcajadas, y ante su sonido las otras dos alzaron los ojos.

—Me siento demasiado feliz para colocarme siquiera a la defensiva —dijo Elena, tendiéndoles los brazos—. Y sé que debería lamentar lo que dije, y realmente lo lamento, pero sencillamente no puedo mostrarme patética al respecto. Me porté pésimamente y merezco que me ejecuten. Ahora, ¿no podríamos simplemente fingir que nunca sucedió?

—Realmente deberías sentirlo, mira que dejarnos allí plantadas de ese modo —la reprendió Bonnie mientras las tres se fundían en un abrazo.

—Y con Tyler Smallwood, nada menos —apostilló Meredith.

—Bueno, he aprendido la lección en ese sentido —dijo Elena, y por un instante su ánimo se ensombreció.

En ese momento Bonnie gorjeó una risita.

—Y te llevaste el gran premio..., ¡a Stefan Salvatore! Y hablando de entradas teatrales, cuando entraste por la puerta con él pensé que alucinaba. ¿Cómo lo hiciste?

—No hice nada. Simplemente apareció, igual que la caballería en una de esas películas de indios.

—Defendiendo tu honor —dijo Bonnie—. ¿Qué podría ser más emocionante?

—Se me ocurren una o dos cosas —indicó Meredith—. Pero, claro, es posible que Elena también las tenga incluidas.

—Os lo contaré todo —dijo Elena, soltándolas y retrocediendo—. Pero primero, ¿iréis a casa de Vickie conmigo? Quiero hablar con ella.

—Puedes hablar con nosotras mientras te vistes y mientras andamos y mientras te cepillas los dientes, de hecho —dijo Bonnie con firmeza—. Y si

te dejas aunque sea un mínimo detalle, te vas a enfrentar con el tribunal de la Inquisición.

—Como verás —indicó Meredith maliciosamente—, todo el trabajo del señor Tanner ha tenido su compensación. Bonnie sabe ahora que la Inquisición no es un grupo de rock.

Elena reía con auténtico entusiasmo mientras subían por la escalera.

La señora Bennett estaba pálida y cansada, pero las invitó a entrar.

—Vickie ha estado descansando, el doctor dijo que la mantuviera en cama —explicó con una sonrisa que temblaba ligeramente.

Elena, Bonnie y Meredith se agolparon en el angosto vestíbulo.

La señora Bennett dio unos suaves golpecitos en la puerta de Vickie.

—Cariño, unas chicas del instituto han venido a verte. No estéis demasiado rato —le dijo a Elena mientras abría la puerta.

—No lo haremos —prometió Elena.

Penetró en un bonito dormitorio azul y blanco, con las demás justo detrás de ella. Vickie yacía en la cama recostada en almohadas, con un edredón azul pastel subido hasta la barbilla, que contrastaba con su rostro blanco como el papel. Los ojos entrecerrados de la muchacha miraban directamente al frente.

—Ése es el aspecto que tenía anoche —susurró Bonnie.

Elena fue a colocarse junto a la cama.

—Vickie —dijo en voz baja.

Ésta siguió mirando fijo al frente, pero a Elena le pareció que su respiración cambiaba ligeramente.

—Vickie, ¿puedes oírme? Soy Elena Gilbert. —Dirigió una mirada vacilante a Bonnie y a Meredith.

—Parece como si le hubiesen dado tranquilizantes —comentó Meredith.

Pero la señora Bennett no había dicho que le hubieran dado ningún medicamento. Frunciendo el entrecejo, Elena volvió a mirar a la pasiva muchacha.

—Vickie, soy yo, Elena. Sólo quería hablar contigo sobre anoche. Quiero que sepas que creo lo que dijiste sobre lo sucedido —hizo caso omiso de la aguda mirada que le lanzó Meredith y prosiguió— y quería preguntarte...

—¡No!

Fue un alarido, vivo y desgarrador, arrancado de la garganta de Vickie. El cuerpo que había estado tan inmóvil como una figura de cera estalló en violenta acción. Los cabellos castaño claro de la muchacha le azotaron las

mejillas cuando empezó a agitar la cabeza de un lado para otro y sus manos se debatieron en el aire.

—¡No! ¡No! —chilló.

—¡Haced algo! —exclamó Bonnie con voz ahogada—. ¡Señora Bennett! ¡Señora Bennett!

Elena y Meredith intentaban mantener a Vickie en la cama, y ella se resistía. Los alaridos siguieron y siguieron. Entonces, de improviso, la madre de Vickie apareció junto a ellas, ayudando a sujetarla a la vez que apartaba a las muchachas.

—¿Qué le habéis hecho? —gritó.

Vickie se aferró a su madre, tranquilizándose, pero luego sus ojos entrecerrados vislumbraron a Elena por encima del hombro de la señora Bennett.

—¡Tú eres parte de ello! ¡Eres malvada! —le gritó histéricamente a Elena—. ¡Mantente lejos de mí!

Esta se quedó anonadada.

—¡Vickie! Sólo he venido a preguntar...

—Creo que será mejor que os marchéis ahora. Dejadnos solas —dijo la señora Bennett mientras estrechaba a su hija en actitud protectora—. ¿No os dais cuenta de lo que le hacéis?

En atónito silencio, Elena abandonó la habitación. Bonnie y Meredith la siguieron.

—Debe de ser algún fármaco —dijo Bonnie una vez estuvieron fuera de la casa—. Simplemente se ha vuelto totalmente tarumba.

—¿Has reparado en sus manos? —le preguntó Meredith a Elena—. Cuando intentábamos contenerla, le sujeté una de las manos y estaba fría como el hielo.

Elena sacudió la cabeza con perplejidad. Nada de ello tenía sentido, pero no estaba dispuesta a permitir que le estropeara el día. No lo permitiría. Desesperadamente, rebuscó en su mente algo que pudiera contrarrestar la experiencia, que le permitiera aferrarse a su felicidad.

—Ya lo sé —dijo—. La casa de huéspedes.

-¿Qué?

—Dije a Stefan que me llamara hoy, pero ¿por qué no nos acercamos a la casa de huéspedes en vez de eso? No está lejos de aquí.

—Sólo a veinte minutos a pie —comentó Bonnie, y se animó—. Al menos podremos ver por fin su habitación.

—En realidad —indicó Elena—, mi idea era que vosotras dos esperarais abajo. Bueno, sólo le veré unos minutos —añadió poniéndose a la defensiva cuando ellas la miraron.

Era curioso quizá, pero todavía no quería compartir a Stefan con sus amigas. Llevaba tan poco tiempo con él que le resultaba casi como un secreto.

Su llamada a la reluciente puerta de nogal la contestó la señora Flowers, que era una mujer muy menuda y arrugada con unos ojos negros sorprendentemente brillantes.

—Tú debes de ser Elena —dijo—, os vi salir a ti y a Stefan anoche, y él me dijo tu nombre cuando regresó.

—¿Nos vio? —inquirió ella, sobresaltada—. No la vi.

—No, no lo hiciste —repuso la señora Flowers, y rió entre dientes—. Qué chica más bonita eres, querida —añadió—. Una chica muy bonita —y palmeó la mejilla de Elena.

—Ah, gracias —respondió ella, nerviosa, pues no le gustaba el modo en que aquellos ojos de pajarito permanecían fijos en ella; miró más allá de la mujer en dirección a la escalera—. ¿Está Stefan?

—¡Debe de estar, a menos que haya salido volando por el tejado! —dijo la señora Flowers, y volvió a lanzar su risita.

Elena rió educadamente.

—Nosotras nos quedaremos aquí con la señora Flowers —dijo Meredith a Elena, mientras Bonnie alzaba los ojos al techo con expresión mártir.

Ocultando una sonrisa burlona, Elena asintió con la cabeza y subió la escalera.

Era una casa vieja muy extraña, volvió a pensar mientras localizaba la segunda escalera en el dormitorio. Las voces de abajo sonaban muy apagadas desde allí, y mientras ascendía los peldaños se desvanecieron por completo. Estaba envuelta en silencio, y al llegar a la puerta pobremente iluminada del último piso tuvo la sensación de haber penetrado en otro mundo.

Su llamada a la puerta sonó muy tímida.

—¿Stefan?

No oyó nada en el interior, pero de improviso la puerta se abrió. «Todo el mundo debe de tener un aspecto pálido y cansado hoy», pensó Elena al ver al muchacho, y a continuación se encontró en sus brazos.

Brazos que la apretaron convulsivamente.

—Elena. ¡Elena...!

Luego retrocedió. Ocurrió lo mismo que la noche anterior; Elena percibió que el abismo se abría entre ellos. Vio cómo la mirada fría y correcta acudía a sus ojos.

—No —dijo, apenas consciente de haber hablado en voz alta—. No te lo permitiré.

Y atrajo la boca de él hacia la suya.

Por un momento no recibió respuesta, y luego él se estremeció y el beso se volvió abrasador. Los dedos del muchacho se enredaron en sus cabellos, y el universo se encogió alrededor de Elena. No existía nada más aparte de Stefan, y el contacto de sus brazos a su alrededor, y el fuego de sus labios sobre los suyos.

Al cabo de unos pocos minutos o unos pocos siglos se separaron, ambos temblando. Pero sus miradas siguieron conectadas, y Elena vio que los ojos de Stefan estaban demasiado dilatados incluso para aquella luz tenue: sólo había una fina franja verde alrededor de las oscuras pupilas. El muchacho parecía aturdido y su boca —¡aquella boca!— estaba hinchada.

—Creo —dijo él, y ella volvió a notar el control en su voz— que será mejor que tengamos cuidado cuando hagamos eso.

Elena asintió, aturdida también ella. No en público, se decía. Y no cuando Bonnie y Meredith aguardaban abajo. Y no cuando estuvieran totalmente a solas, a menos...

—Pero puedes abrazarme —dijo.

Qué curioso, que tras aquella pasión se pudiera sentir tan segura, tan tranquila en sus brazos.

—Te quiero —susurró a la áspera lana de su suéter.

Sintió cómo un estremecimiento recorría el cuerpo de Stefan.

—Elena —repitió él, y sonó casi desesperado.

—¿Qué hay de malo en eso? —preguntó ella, alzando la cabeza—. ¿Qué podría haber de malo en eso, Stefan? ¿No me quieres?

—Yo...

La miró, con impotencia..., y oyeron la voz de la señora Flowers llamando débilmente desde el pie de la escalera.

—¡Chico! ¡Chico! ¡Stefan!

Sonó como si estuviera golpeando el pasamanos con el zapato.

Stefan suspiró.

—Será mejor que vaya a ver qué quiere.

Se escabulló de sus brazos con expresión inescrutable.

Al encontrarse a solas, Elena cruzó los brazos sobre el pecho y tiritó. Hacía tanto frío allí... Debería tener un fuego encendido, se dijo, a la vez que sus ojos se movían distraídamente por la habitación para ir a posarse por fin en el tocador de caoba que había examinado la noche anterior.

El cofre.

Echó una veloz mirada a la puerta cerrada. Si él regresaba y la pescaba... En realidad no debía..., pero avanzaba ya hacia el tocador.

«Piensa en la esposa de Barba Azul —se dijo—. La curiosidad la mató.» Pero los dedos estaban ya sobre la tapa de hierro y, con el corazón latiendo veloz, la abrió con cuidado.

Bajo la débil luz, el cofre pareció al principio vacío, y Elena soltó una risa nerviosa. ¿Qué había esperado? ¿Cartas de amor de Caroline? ¿Una daga ensangrentada?

Entonces vio la pequeña cinta de seda, doblada pulcramente una y otra vez sobre sí misma en una esquina. La sacó y la pasó entre sus dedos. Era la cinta color crema que había perdido el segundo día de instituto.

«Ah, Stefan.» Las lágrimas acudieron a sus ojos, y en su pecho se desbordó el amor sin que pudiera evitarlo. «¿Hace tanto tiempo? ¿Te importaba ya desde hace tanto tiempo? Ah, Stefan, te amo...»

«Y no importa si no eres capaz de decírmelo», pensó. Se escuchó un ruido al otro lado de la puerta, y ella dobló la cinta rápidamente y volvió a colocarla en el cofre. Luego giró en dirección a la puerta, parpadeando para intentar contener las lágrimas.

«No importa si no eres capaz de decirlo justo ahora. Yo lo diré por los dos. Y algún día aprenderás a decirlo.»



Capítulo 10

7 de octubre, alrededor de las 8.00 de la mañana

Querido diario:

Escribo esto durante la clase de matemáticas, y sencillamente espero que la señorita Halpern no me vea.

No tuve tiempo de escribir anoche, a pesar de que deseaba hacerlo. Ayer fue un día de locos, igual que la noche del baile de inicio de curso. Sentada aquí en la escuela esta mañana casi me parece como si todo lo sucedido este fin de semana fuera un sueño. Las cosas malas fueron muy malas, pero las buenas fueron sumamente buenas.

No voy a presentar cargos contra Tyler. Aunque lo han expulsado temporalmente de la escuela y lo han echado del equipo de rugby. Lo mismo le ha sucedido a Dick, por haber bebido durante el baile. Nadie lo dice, pero creo que mucha gente cree que es responsable de lo que le sucedió a Vickie. La hermana de Bonnie vio a Tyler en el dispensario ayer y dijo que tenía los ojos hinchados y todo el rostro amoratado. No puedo evitar preocuparme por lo que pueda suceder cuando él y Dick regresen al instituto. Ahora tienen más motivos que nunca para odiar a Stefan.

Lo que me lleva a él. Cuando desperté esta mañana, me entró el pánico al pensar: «¿Y si nada es real? ¿Y si nunca sucedió? ¿Y si él ha cambiado de idea?». Y tía Judith estaba preocupada a la hora del desayuno porque yo era incapaz de comer otra vez. Pero luego cuando llegué aquí le vi en el pasillo junto a la secretaría, y simplemente nos miramos. Y lo supe. Justo antes de darme la espalda, sonrió, con cierta ironía. Y comprendí también eso, y tenía razón: era mejor no acercarnos el uno al otro en un pasillo público, no a menos que queramos excitar a las secretarias.

Decididamente, estamos juntos. Ahora simplemente debo encontrar un modo de explicarle todo esto a Jean-Claude. Ja, ja.

Lo que no comprendo es por qué Stefan no se siente tan feliz como yo. Cuando estamos juntos percibo lo que siente, y sé lo mucho que me desea, cómo le importo. Hay casi un ansia desesperada en su interior cuando me besa, como si quisiera arrancarme el alma del cuerpo. Como un agujero negro que...

7 de octubre todavía, ahora son aproximadamente las 2.00 de la tarde.

Bueno, ha habido una pequeña pausa porque la señorita Halpern me pescó. Incluso empezó a leer lo que había escrito en voz alta, pero luego creo que el tema empañó los cristales de sus gafas y se detuvo. No lo encontró gracioso, pero yo me siento demasiado feliz para que me importen nimiedades como catear matemáticas.

Stefan y yo almorzamos juntos, o al menos fuimos a un rincón del campo de juego y nos sentamos con mi almuerzo. Él ni siquiera se molestó en traer nada y, por supuesto, al final resultó que yo tampoco podía comer… No nos tocamos demasiado —no lo hicimos—, pero charlamos y nos miramos una barbaridad. Quiero tocarle. Más que a cualquier chico que haya conocido nunca. Y sé que él también lo quiere, pero se contiene.

Eso es lo que no consigo comprender, por qué lucha contra ello, por qué se contiene. Ayer en su habitación encontré una prueba concluyente de que me ha estado vigilando desde el principio. ¿Recordarás que te conté que el segundo día de clase Bonnie, Meredith y yo estuvimos en el cementerio? Bien, pues ayer en la habitación de Stefan encontré la cinta color crema que yo llevaba ese día. Recuerdo que cayó de mi mano mientras corría, y él debió de recogerla y guardarla. No le he dicho que lo sé, porque es evidente que desea mantenerlo en secreto, pero eso demuestra que le importo, ¿no es cierto?

Te diré alguien que no lo encuentra gracioso: Caroline. Al parecer lo ha estado arrastrando al interior del aula de fotografía cada día a la hora del almuerzo, y cuando hoy no apareció fue en su busca hasta que nos encontró. Pobre Stefan, se había olvidado por completo de ella, y se sintió conmocionado por ello. Cuando ella se marchó —luciendo un enfermizo color verde, podría añadir yo—, él me contó cómo se le había pegado la primera semana del curso. Le dijo que había advertido que él no comía a la hora del almuerzo y que ella tampoco lo hacía, ya que estaba a régimen. Así que ¿por qué no iban a algún lugar tranquilo y se relajaban? Lo cierto es que no quiso hablar mal de ella (creo que esto responde también a su idea de lo que son buenos modales: un caballero no hace eso), pero sí dijo que no había nada en absoluto entre ellos. Y para Caroline creo que verse olvidada fue peor que si él le hubiese arrojado piedras.

No obstante, me pregunto por qué Stefan no almuerza. Es raro en un jugador de rugby.

Vaya. El señor Tanner acaba de pasar por mi lado y he dejado caer mi cuaderno encima de este diario justo a tiempo. Bonnie se ríe desde detrás de su libro de historia, veo cómo se agitan sus hombros. Y Stefan, que está delante de mí, parece a punto de saltar de su silla de tan tenso como se le ve. Matt me mira con esa expresión suya de «estás chiflada», y Caroline parece iracunda. Yo me muestro de lo más inocente, escribiendo con los ojos puestos en Tanner parado frente a la clase. Así que si esto resulta un poco irregular y descuidado, ya comprenderás el motivo.



Durante el último mes no he sido realmente yo misma. No he podido pensar con claridad ni concentrarme en nada, aparte de Stefan. Hay tanto que he dejado sin hacer que casi me asusta. Se supone que debo encargarme de los adornos para la Casa Encantada y aún no he hecho absolutamente nada. En estos momentos me quedan exactamente tres semanas y media para organizarlo... y yo sólo quiero estar con Stefan.

Podría abandonar el comité. Pero eso sería cargarle el muerto a Bonnie y a Meredith, y no dejo de recordar lo que Matt dijo cuando le pedí que consiguiera que Stefan fuera al baile: «Quieres que todo el mundo y todo gire en torno a Elena Gilbert».

Eso no es cierto. O, al menos, si lo ha sido en el pasado, no voy a permitir que siga siendo verdad. Quiero..., bueno, esto va a parecer una solemne estupidez, pero quiero ser digna de Stefan. Sé que él no defraudaría a los chicos del equipo sólo por propia conveniencia. Quiero que esté orgulloso de mí.

Quiero que me ame tanto como yo le amo.

—¡Date prisa! —gritó Bonnie desde la puerta del gimnasio.

Junto a ella aguardaba el conserje del instituto de secundaria, el señor Shelby.

Elena lanzó una última ojeada a las lejanas figuras del campo de rugby y luego, de mala gana, cruzó la pista para reunirse con Bonnie.

—Sólo quería decirle a Stefan adonde iba —dijo.

Tras una semana de estar con él, todavía sentía un estremecimiento de emoción con sólo pronunciar su nombre. Cada noche de aquella semana él había ido a su casa, apareciendo en la puerta cuando empezaba a caer la noche, con las manos en los bolsillos y llevando la americana con el cuello levantado. Por lo general daban un paseo bajo el crepúsculo o se sentaban en el porche a conversar. Aunque no se mencionaba, Elena sabía que era el modo de Stefan de asegurarse de que no estaban solos en la intimidad. Desde la noche del baile, él se había asegurado de ello. Protegiendo su honor, pensaba Elena con ironía y con una punzada de dolor, pues sabía en su corazón que ése no era el único motivo.

—Puede vivir una tarde sin ti —dijo Bonnie, insensible—. Si te pones a hablar con él jamás conseguirás marcharte, y a mí me gustaría llegar a casa a tiempo de poder cenar algo.

—Hola, señor Shelby —saludó Elena al conserje, que seguía aguardando pacientemente.

Ante su sorpresa, éste cerró un ojo, dedicándole un solemne guiño.

—¿Dónde está Meredith? —añadió Elena.

—Aquí —dijo una voz detrás de ella, y Meredith apareció con una caja de cartón llena de carpetas de anillas y cuadernos de notas en los brazos—. He sacado el material de tu taquilla.

—¿Ya estáis todas? —preguntó el señor Shelby—. Bien, pues ahora, chicas, dejad la puerta cerrada con llave, ¿me oís? De ese modo nadie puede entrar.

Bonnie se detuvo en seco.

—¿Está seguro de que no hay nadie dentro ya? —inquirió con recelo.

Elena le asestó un empujón entre lo omóplatos.

—Date prisa —la imitó en un tono nada amable—. Quiero llegar a casa a tiempo para la cena.

—No hay nadie dentro —dijo el señor Shelby, haciendo una mueca por debajo del bigote—. Pero gritad si queréis algo, chicas. Estaré por aquí.

La puerta se cerró detrás de ellas con un curioso sonido inapelable.

—A trabajar —dijo Meredith con resignación, y depositó la caja en el suelo.

Elena asintió, mirando a un lado y a otro de la enorme habitación vacía. Cada año, el consejo de estudiantes organizaba una Casa Encantada para recaudar fondos. Elena había pertenecido al comité de decoración los últimos dos años junto con Bonnie y Meredith, pero era distinto ser presidenta. Tenía que tomar decisiones que afectarían a todo el mundo, y ni siquiera podía contar con lo que se había hecho en años anteriores.

Por lo general, la Casa Encantada se montaba en un almacén de maderas, pero con la creciente inquietud que reinaba en la ciudad se había decidido que el gimnasio de la escuela era más seguro. Para Elena significaba repensar todo el diseño interior, y ya faltaban menos de tres semanas para Halloween.

—Realmente, esto da bastante miedo —dijo Meredith en voz baja.

Sí que provocaba cierta inquietud estar en la enorme sala cerrada, se dijo Elena, que se encontró bajando también ella la voz.

—Vamos a medirlo primero —propuso.

Se movieron por la habitación, con sus pisadas resonando con un fuerte eco.

—De acuerdo —dijo Elena cuando terminaron—. Pongámonos a trabajar.

Intentó sacudirse de encima la sensación de inquietud, diciéndose que era ridículo sentirse nerviosa en el gimnasio del instituto, con Bonnie y Meredith a su lado y todo un equipo de rugby entrenando a menos de doscientos metros.

Las tres se sentaron en las graderías con bolígrafos y cuadernos en la mano. Elena y Meredith consultaron los esbozos de años anteriores mientras Bonnie mordía su bolígrafo y miraba en derredor pensativa.

—Bien, esto es el gimnasio —dijo Meredith, haciendo un rápido bosquejo en su cuaderno—. Y aquí es por donde la gente tendrá que entrar. Bueno, podríamos colocar el Cadáver Ensangrentado justo al final de todo... A propósito, ¿quién será el Cadáver Ensangrentado este año?

—El entrenador Lyman, creo. Hizo un buen trabajo el año pasado, y ayuda a mantener a los chicos del equipo a raya. —Elena señaló el bosquejo que habían hecho—. De acuerdo, dividiremos esto con un tabique para convertirlo en la Cámara de Tortura Medieval. Saldrán de ahí e irán directamente a la Habitación de los Muertos Vivientes...

—Creo que deberíamos tener druidas —dijo Bonnie bruscamente.

—¿Tener qué? —preguntó Elena, y entonces, cuando Bonnie empezó a chillar «druuidas», agitó una mano para calmarla—. Muy bien, muy bien, lo recuerdo. Pero ¿por qué?

—Porque ellos fueron los que inventaron Halloween. De verdad. Empezó siendo uno de sus días sagrados, en el que encendían hogueras y sacaban nabos con caras talladas en ellos para mantener alejados a los malos espíritus. Creían que era el día en el que la frontera entre los vivos y los muertos era más fina. Y daban miedo, Elena. Realizaban sacrificios humanos. Podríamos sacrificar al entrenador Lyman.

—A decir verdad, ésa no es una mala idea —intervino Meredith—. El Cadáver Ensangrentado podría ser un sacrificio. Ya sabéis, en un altar de piedra, con un cuchillo y charcos de sangre por todas partes. Y entonces, cuando uno realmente está cerca, se incorpora de repente.

—Y te provoca un infarto —dijo Elena, pero tuvo que admitir que realmente era una buena idea, que definitivamente daba miedo.

Sentía ciertas náuseas sólo de pensar en ello. Toda esa sangre..., aunque en realidad sólo era salsa de tomate.

Sus compañeras también se habían quedado calladas. Del vestuario de los chicos, situado al lado, les llegaba el sonido de agua que corría y de taquillas cerrándose de un portazo, y por encima de todo ello voces confusas que gritaban.

—Terminó el entrenamiento —murmuró Bonnie—. Debe de haber oscurecido fuera.

—Sí, y nuestro héroe se está dando un buen baño —dijo Meredith, enarcando una ceja en dirección a Elena—. ¿Quieres echar una miradita?

—Ojalá —respondió ella, sólo medio en broma.

De algún modo, indefiniblemente, la atmósfera de la habitación se había ensombrecido. Justo en ese momento sí deseaba ver a Stefan y estar con él.

—¿Habéis sabido algo más de Vickie Bennett? —preguntó de repente.

—Bueno —respondió Bonnie tras un instante—, oí que sus padres la iban a llevar a un psiquiatra.

—¿Un loquero? ¿Por qué?

—Bueno..., imagino que piensan que esas cosas que contó eran alucinaciones de algún tipo. Y oí que sus pesadillas eran terribles.

—Ah —dijo Elena.

Los sonidos procedentes del vestuario masculino empezaban a apagarse, y oyeron cerrarse de golpe una puerta interior. «Alucinaciones —pensó—. Alucinaciones y pesadillas.» Por algún motivo, recordó de improviso aquella noche en el cementerio, aquella noche en la que Bonnie las había hecho correr huyendo de algo que ninguna de ellas podía ver.

—Será mejor que volvamos a la tarea —dijo Meredith.

Elena abandonó sus meditaciones con un estremecimiento y asintió.

—Po... podríamos tener un cementerio —sugirió Bonnie con cierta vacilación, como si hubiese estado leyendo los pensamientos de Elena—. En la Casa Encantada, quiero decir.

—No —dijo Elena con severidad—. No, nos ceñiremos a lo que tenemos —añadió en voz más calmada, y volvió a inclinarse sobre su cuaderno.

Una vez más sólo se escuchó el sonido del suave rascar de bolígrafos y el susurrar del papel.

—Bien —dijo Elena por fin—. Ahora sólo tenemos que medir para las diferentes divisiones. Alguien tendrá que meterse detrás de las graderías... ¿Qué pasa ahora?

Las luces del gimnasio habían parpadeado y descendido a media potencia.

—Vaya, no —profirió Meredith, exasperada.

Las luces volvieron a parpadear, se apagaron y volvieron a encenderse muy tenuemente.

—No puedo leer ni una palabra —dijo Elena, contemplando con fijeza lo que en aquel momento parecía un pedazo de papel blanco sin nada más.

Alzó los ojos hacia Bonnie y Meredith y vio dos rostros blancos borrosos.

—Algo le debe de suceder al generador de emergencia —dijo Meredith —. Iré a buscar al señor Shelby.

—¿No podemos acabar mañana? —inquirió Bonnie lastimeramente.

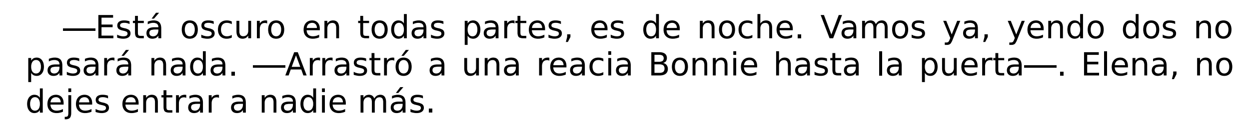
—Mañana es sábado —dijo Elena—. Y se suponía que debíamos tener esto hecho la semana pasada.

—Iré en busca de Shelby —volvió a decir Meredith—. Vamos, Bonnie, tú vienes conmigo.

—Podríamos ir todas... —empezó a decir Elena, pero Meredith la interrumpió.

—Si vamos todas y no le encontramos, entonces no podremos volver a entrar. Vamos, Bonnie, es sólo dentro del instituto.

—Pero está oscuro ahí.



—Está oscuro en todas partes, es de noche. Vamos ya, yendo dos no pasará nada. —Arrastró a una reacia Bonnie hasta la puerta—. Elena, no dejes entrar a nadie más.

—Como si tuvieras que decírmelo —respondió ella, abriéndoles la puerta y luego contemplando cómo daban unos pocos pasos pasillo adelante.

En cuanto empezaron a fundirse con la penumbra, volvió a retroceder al interior y cerró la puerta.

Bueno, aquello era un bonito lío, como acostumbraba a decir su madre. Elena fue hacia la caja de cartón que Meredith había traído y empezó a volver a apilar carpetas y cuadernos en su interior. Con aquella luz sólo los veía como formas vagas. No se oía ningún sonido, aparte de su propia respiración y el ruido que ella hacía. Estaba sola en la enorme habitación oscura...

Alguien la observaba.

No sabía cómo lo averiguó, pero estaba segura. Alguien estaba detrás de ella en el gimnasio a oscuras, vigilándola. «Ojos en la oscuridad», había dicho el anciano. Vickie también lo había dicho. Y en aquellos momentos había ojos puestos en ella.

Giró rápidamente de cara a la sala, forzando sus propios ojos para penetrar las sombras, intentando no respirar siquiera. Le aterraba que si hacía ruido lo que había allí la cogería. Pero no vio nada, no oyó nada.

Las graderías eran formas oscuras y amenazadoras que se extendían hasta perderse en la nada. Y en el extremo opuesto de la sala no había más que una neblina gris informe. Neblina oscura, se dijo, y sintió cada músculo terriblemente tenso mientras escuchaba con desesperación. Ah, cielos, ¿qué era aquel apagado sonido susurrante? Sin duda era su imaginación... Por favor, que fuera su imaginación.

De improviso, su mente se despejó. Tenía que salir de aquel lugar ya. Existía un peligro real allí, no era sólo una fantasía. Había algo allí fuera, algo malvado, algo que la quería a ella. Elena no estaba sola.

Algo se movió en las sombras.

El chillido se heló en su garganta. También tenía los músculos paralizados, inmovilizados por el terror... y por alguna fuerza innombrable. Impotente, observó en la oscuridad que la figura salía de las sombras e iba hacia ella. Parecía casi como si la misma oscuridad acabara de cobrar vida y se aglutinara tomando forma..., forma humana, la forma de un joven.

—Lo siento si te asusté.

La voz era agradable, con un leve acento que no consiguió identificar. No sonaba en absoluto como si lo sintiera.

El alivio fue tan repentino y total que resultó doloroso. Se dejó caer y oyó cómo su aliento salía en forma de suspiro.

No era más que un chico, algún antiguo alumno o un ayudante del señor Shelby. Un chico corriente que sonreía levemente, como si le divirtiera verla casi desmayarse.

Bueno..., tal vez no tan corriente. Era extraordinariamente apuesto. El rostro aparecía pálido bajo el artificial crepúsculo, pero pudo ver que las facciones estaban nítidamente definidas y eran casi perfectas bajo una mata de cabello oscuro. Aquellos pómulos eran el sueño de un escultor. Y había resultado casi invisible porque iba vestido de negro: botas blandas negras, vaqueros negros, suéter negro y chaqueta de cuero.

Y seguía sonriendo levemente. El alivio de Elena se transformó en enojo.

—¿Cómo has entrado? —exigió—. ¿Y qué haces aquí? Se supone que no debe haber nadie más en el gimnasio.

—He entrado por la puerta —respondió él.

La voz era queda, culta, pero ella podía oír aún el dejo divertido y lo encontró desconcertante.

—Todas las puertas están cerradas con llave —dijo categórica y acusadora.

Él enarcó una ceja y sonrió.

—¿Lo están?

Elena sintió otro estremecimiento de miedo, y los cabellos del cogote se le erizaron.

—Se suponía que debían estarlo —respondió con el tono de voz más frío que consiguió adoptar.

—Estás enfadada —dijo él solemne—. He dicho que lamentaba haberte asustado.

—¡No estoy asustada! —soltó ella.

De algún modo se sentía estúpida delante de él, igual que una criatura a la que le sigue la corriente alguien mucho mayor y mejor informado. Eso la enfureció más.

—Simplemente me he sobresaltado —prosiguió—. Lo que no es ninguna sorpresa, contigo acechando en la oscuridad de ese modo.

—Cosas interesantes suceden en la oscuridad... a veces.

Seguía riéndose de ella; lo veía en sus ojos. Se había acercado un paso más, y Elena vio que aquellos ojos eran inusuales, casi negros, pero con una luz curiosa en ellos. Como si se pudiera mirar más y más en su interior hasta que uno caía dentro de ellos y seguía cayendo eternamente.

Elena advirtió que la miraba fijamente. ¿Por qué no se encendían las luces? Quería salir de allí. Se apartó, colocando el extremo de una gradería entre ellos, y apiló las últimas carpetas en la caja. Mejor olvidar el resto del trabajo por aquella noche. Todo lo que quería en aquel momento era irse.

Pero el continuo silencio la incomodaba. Él estaba simplemente allí de pie, sin moverse, observándola. ¿Por qué no decía algo?

—¿Has venido en busca de alguien?

Se sintió molesta consigo misma por ser quien hablaba.

Él seguía contemplándola, aquellos ojos oscuros fijos en ella de un modo que la hacían sentir cada vez más incómoda. Tragó saliva.

—Ah, sí —murmuró él con los ojos puestos en sus labios.

—¿Qué?

Había olvidado su pregunta y sus mejillas y su garganta se sonrojaban a medida que la sangre se acumulaba en ellas. Se sentía mareada. Si al menos dejara de mirarla...

—Sí, he venido aquí buscando a alguien —repitió él, no más alto que antes.

Luego, de un paso, avanzó hacia ella de modo que quedaron separados únicamente por la esquina de un asiento de la gradería.

Elena no podía respirar. El muchacho estaba muy cerca, lo bastante cerca como para tocarle. Podía oler una leve insinuación de colonia y el cuero de su chaqueta. Y los ojos del desconocido seguían reteniendo los suyos; la muchacha era incapaz de apartar la mirada. No se parecían a otros ojos que hubiese visto nunca: eran negros como la medianoche, con las pupilas dilatadas como las de un gato. Ocuparon su visión mientras él se inclinaba hacia ella, agachando la cabeza en dirección a la de ella. Elena sintió cómo sus propios ojos se medio cerraban, perdiendo enfoque, y también cómo su cabeza se echaba hacia atrás y sus labios se separaban.

¡No! Volvió la cabeza violentamente a un lado justo a tiempo y sintió como si acabara de apartarse del borde de un precipicio. «¿Qué estoy haciendo? —pensó conmocionada—. Estaba a punto de permitir que me besara. Un completo desconocido, alguien que he conocido hace apenas unos minutos.»

Pero eso no era lo peor. Durante aquellos pocos minutos, algo increíble había sucedido. Durante ese tiempo, había olvidado a Stefan.

Pero en aquel momento su imagen ocupaba su mente, y el ansia de tenerlo cerca era como un dolor físico en su cuerpo. Deseaba a Stefan, deseaba sus brazos a su alrededor, deseaba estar a salvo con él.

Tragó saliva, y los orificios nasales se dilataron mientras respiraba con fuerza. Intentó mantener la voz firme y circunspecta.

—Voy a irme ahora —dijo—. Si buscas a alguien, creo que será mejor que lo hagas en otra parte.

El la contemplaba de un modo curioso, con una expresión que ella no conseguía comprender. Era una mezcla de irritación, reticente respeto... y algo más. Algo ardiente y feroz que la asustó de un modo distinto.

El muchacho aguardó para responder hasta que la mano de ella estuvo en el pomo de la puerta, y su voz sonó queda pero seria, sin rastro de diversión.

—A lo mejor ya he encontrado a esa persona..., Elena.

Cuando se dio la vuelta, la muchacha no pudo ver nada en la oscuridad.



Capítulo 11

Elena corrió dando tumbos por el pasillo en penumbra, intentando visualizar lo que había a su alrededor. Entonces el mundo se iluminó repentinamente con un parpadeo y se encontró rodeada de familiares hileras de taquillas. Su alivio fue tan grande que estuvo a punto de gritar. Jamás había pensado que se sentiría tan contenta simplemente por el hecho de ver. Permaneció parada un instante para mirar a su alrededor agradecida.

—¡Elena! ¿Qué haces aquí fuera?

Eran Meredith y Bonnie, que venían a toda prisa por el pasillo hacia ella.

—¿Dónde habéis estado? —les preguntó con ferocidad.

Meredith hizo una mueca.

—No conseguíamos encontrar a Shelby. Y cuando por fin lo hicimos, estaba dormido. Hablo en serio —añadió ante la mirada incrédula de Elena—, dormido. Y no podíamos despertarle. Hasta que las luces regresaron no abrió los ojos. Entonces iniciamos el regreso hacia el gimnasio. Pero ¿qué haces tú aquí?

Elena vaciló.

—Me cansé de esperar —dijo con tanta jovialidad como le fue posible—. De todos modos, creo que hemos hecho suficiente trabajo por hoy.

—Ahora nos lo dices —replicó Bonnie.

Meredith no dijo nada, pero le dedicó a Elena una aguda mirada escrutadora, y ésta tuvo la desagradable sensación de que aquellos ojos oscuros veían por debajo de la superficie.

Todo el fin de semana, y a lo largo de la semana siguiente, Elena trabajó en planes para la Casa Encantada. Nunca disponía de tiempo suficiente para estar con Stefan, y eso resultaba frustrante, pero aún más lo era el mismo chico. Percibía su pasión por ella, pero también que él intentaba luchar contra ese sentimiento, negándose aún a estar a solas con ella. Y en muchos aspectos seguía siendo para Elena un misterio tan grande como lo había sido la primera vez que le vio.

Jamás hablaba de su familia o de su vida antes de llegar a Fell's Church, y si ella le hacía alguna pregunta, la desviaba. En una ocasión le preguntó si echaba de menos Italia y si lamentaba haberse ido de allí, y por un instante sus ojos se habían iluminado, el color verde centelleando como hojas de roble reflejadas en la corriente de un arroyo.

—¿Cómo podría lamentarlo si tú estás aquí? —contestó, y la besó de un modo que hizo desaparecer toda pregunta de su mente.

En aquel momento, Elena supo lo que era ser totalmente feliz. También percibió la alegría que sentía él, y cuando Stefan se apartó ella vio que su rostro estaba radiante, como si el sol brillara a través de él.

—Elena —susurró.

Los buenos momentos eran así. Pero la había besado cada vez con menos frecuencia últimamente, y ella sentía que la distancia entre ambos se ensanchaba.

Aquel viernes, ella, Bonnie y Meredith decidieron pasar la noche en casa de los McCullough. El cielo era gris y amenazaba con llovizna mientras ella y Meredith marchaban hacia casa de Bonnie. Era inusualmente frío para ser mediados de octubre, y los árboles que bordeaban la tranquila calle habían sentido ya el mordisco de fríos vientos. Los arces eran una llamarada escarlata, mientras que los ginkgos mostraban un amarillo radiante.

Bonnie las recibió en la puerta.

—¡Todo el mundo se ha ido! Tendremos la casa para nosotras hasta mañana por la tarde, cuando mi familia regrese de Leesburg. —Les hizo señas para que entraran, a la vez que trataba de agarrar al sobrealimentado pequinés que intentaba salir—. No, Yangtzé, quédate dentro. Yangtzé, no, ¡no lo hagas! ¡No!

Pero era demasiado tarde. Yangtzé había escapado y corría como una exhalación por el patio delantero hasta el solitario abedul, donde se puso a lanzar ladridos agudos en dirección a las ramas, agitando violentamente los michelines del lomo.

—Vaya, ¿qué persigue ahora? —dijo Bonnie, llevándose las manos a las orejas.

—Parece un cuervo —respondió Meredith.

Elena se quedó rígida. Dio unos cuantos pasos hacia el árbol y alzó la vista al interior de las doradas hojas. Y allí estaba. El mismo cuervo que ya había visto dos veces anteriormente. A lo mejor tres veces, se dijo, recordando la figura oscura que alzó el vuelo desde los robles en el cementerio.

Mientras lo contemplaba sintió que se le hacía un nudo de miedo en el estómago y que sus manos se quedaban heladas. El ave volvía a mirarla fijamente con su brillante ojillo negro, en una mirada casi humana. Aquel ojo... ¿Dónde había visto un ojo como aquél antes?

De improviso, las tres muchachas dieron un salto atrás cuando el cuervo lanzó un graznido áspero y agitó violentamente las alas, saliendo disparado del árbol hacia ellas. En el último momento descendió en picado en dirección al pequeño perro, que en aquellos momentos ladraba histéricamente. Pasó a centímetros de los colmillos del can y luego volvió a remontar el vuelo, sobrevolando la casa para desaparecer en los oscuros nogales situados más allá.

Las tres muchachas se quedaron allí de pie, paralizadas por el asombro. Luego Bonnie y Meredith se miraron una a la otra y la tensión se hizo añicos en forma de carcajadas nerviosas.

—Por un momento pensé que venía a por nosotras —dijo Bonnie, acercándose al indignado pequinés y arrastrándolo, ladrando aún, de vuelta dentro de la casa.

—También yo —respondió Elena con calma, y no se unió a las risas de sus amigas mientras las seguía al interior.

Una vez que Meredith y ella acabaron de guardar sus cosas, la tarde adoptó una pauta familiar. A Elena le resultaba difícil mantener su sensación de inquietud en la salita abarrotada de Bonnie frente a un buen fuego y con un tazón de chocolate caliente en la mano. Las tres no tardaron en estar discutiendo los últimos planes para la Casa Encantada y la joven se tranquilizó.

—Lo tenemos todo bien definido —dijo Meredith por fin—. Desde luego, hemos pasado tanto tiempo pensando en los disfraces de todo el mundo que ni siquiera hemos pensado en los nuestros.

—El mío es fácil —dijo Bonnie—. Seré una sacerdotisa druida, y sólo necesitaré una guirnalda de hojas de roble en el cabello y una túnica blanca. Mary y yo la podemos coser en una noche.

—Yo creo que seré una bruja —dijo Meredith, pensativa—. Todo lo que hace falta es un largo vestido negro. ¿Y tú, Elena?

Elena sonrió.

—Bueno, se suponía que era un secreto, pero... Tía Judith me dejó ir a una modista. Encontré una ilustración de un vestido de dama del Renacimiento en uno de los libros que usé para mi trabajo oral y lo estamos copiando. Es de seda veneciana, azul claro, y es realmente bonito.

—Suena precioso —dijo Bonnie—. Y caro.

—Estoy usando mi propio dinero del fideicomiso de mis padres. Sólo espero que a Stefan le guste. Es una sorpresa para él..., bueno, sólo espero que le guste.

—¿De qué irá Stefan? ¿Está ayudando con la Casa Encantada? —preguntó Bonnie con curiosidad.

—No lo sé —respondió Elena tras un instante—. No parece demasiado entusiasmado con todo eso de Halloween.

—Resulta difícil imaginarle envuelto en sábanas desgarradas y cubierto de sangre falsa como los otros chicos —coincidió Meredith—. Parece..., bueno, demasiado distinguido para eso.

—¡Ya lo sé! —exclamó Bonnie—. Sé exactamente lo que puede ser, y apenas tendrá que disfrazarse. Fijaos, es extranjero, su rostro es más bien pálido, tiene una maravillosa mirada inquietante... ¡Ponle un frac y tienes a un perfecto conde Drácula!

Elena sonrió a pesar suyo.

—Bueno, se lo pediré —dijo.

—Hablando de Stefan —intervino Meredith, los oscuros ojos puestos en Elena—, ¿cómo van las cosas?

La muchacha suspiró, desviando la mirada hacia el fuego.

—No... estoy segura —respondió por fin, lentamente—. Hay momentos en los que todo es maravilloso, y luego hay otros momentos en que...

Meredith y Bonnie intercambiaron una mirada, y a continuación Meredith preguntó con delicadeza:

—¿Otros momentos en que qué?

Elena vaciló, considerándolo. Luego tomó una decisión.

—Esperad un segundo —dijo, y se puso en pie y corrió escalera arriba.

Volvió a bajar con un pequeño libro de terciopelo azul en las manos.

—Escribí parte de ello anoche cuando no podía dormir —explicó—. Esto lo dice mejor de lo que podría hacerlo yo ahora.

Localizó la página, aspiró profundamente y empezó:

17 de octubre

Querido diario:

Me siento fatal esta noche. Y tengo que compartirlo con alguien.

Algo no funciona entre Stefan y yo. Existe una tristeza terrible en su interior que no puedo alcanzar, y eso nos está separando. No sé qué hacer.

No soporto la idea de perderle. Pero se siente muy desdichado por algo, y si él no quiere decirme lo que es, si no quiere confiar en mí, no veo ninguna esperanza para nosotros.

Ayer, cuando me abrazaba, percibí algo liso y redondo bajo su camisa, algo colgado de una cadena. Le pregunté en broma si era un regalo de Caroline. Y él simplemente se quedó como paralizado y ya no quiso seguir hablando. Fue como si de repente estuviera a miles de kilómetros de

distancia, y sus ojos..., había tanto dolor en sus ojos que apenas pude soportarlo.

Elena dejó de leer y repasó las últimas líneas escritas en el diario en silencio con los ojos:

Me da la impresión de que alguien le ha herido terriblemente en el pasado y que no lo ha superado. Pero también pienso que hay algo a lo que teme, algún secreto que no desea que yo descubra. Si al menos supiera qué es, podría demostrarle que puede confiar en mí. Que puede confiar en mí sin importar lo que suceda hasta el final.

—Si al menos lo supiera —susurró.

—¿Si al menos supieras qué? —preguntó Meredith, y Elena alzó los ojos, sobresaltada.

—Ah..., si al menos supiera lo que va a suceder —se apresuró a decir, cerrando el diario—. Quiero decir, si supiera que acabaremos rompiendo, supongo que simplemente querría acabar de una vez. Y si supiera que todo saldría bien al final, no me importaría nada de lo que sucede ahora. Pero pasar día tras día sin estar segura es espantoso.

Bonnie se mordió el labio y luego se irguió en su asiento con ojos chispeantes.

—Puedo mostrarte un modo de averiguarlo, Elena —dijo—. Mi abuela me contó el modo de saber con quién se casará una. Se llama una cena silenciosa o un banquete de los difuntos.

—Deja que lo adivine, es un viejo truco druida —comentó Meredith.

—No sé lo antiguo que es —respondió ella—. Mi abuela dice que siempre ha habido cenas silenciosas. En todo caso, funciona. Mi madre vio la imagen de mi padre cuando lo probó, y al cabo de un mes estaban casados. Es fácil, Elena; ¿y qué tienes que perder?

Elena paseó la mirada de Bonnie a Meredith.

—No sé —repuso—. Pero, escuchad, realmente no creeréis...

Bonnie se irguió muy tiesa, con expresión de dignidad ultrajada.

—¿Llamas mentirosa a mi madre? Vamos, Elena, no hay nada malo en probar. ¿Por qué no?

—¿Qué tendría que hacer? —preguntó la muchacha sin convicción.

Se sentía extrañamente intrigada, pero al mismo tiempo bastante asustada.

—Es sencillo. Tenemos que tenerlo todo preparado antes de que den las doce de la noche...

Cinco minutos antes de medianoche, Elena estaba de pie en el comedor de los McCullough, sintiéndose más estúpida que otra cosa. Desde el patio trasero llegaban los ladridos frenéticos de Yangtzé, pero dentro de la casa no se oía ningún sonido, a excepción del pausado tictac del reloj de pie. Siguiendo las instrucciones de Bonnie, había puesto la enorme mesa de nogal negro con un plato, un vaso y un único servicio de plata, sin decir ni una palabra mientras lo hacía. Luego había encendido una única vela en una candelera en el centro de la mesa y se había colocado detrás de la silla ante la que estaba dispuesto el cubierto.

Según Bonnie, al dar la medianoche debía echar la silla atrás e invitar a su futuro esposo a sentarse. En ese momento, la vela se apagaría y vería una figura fantasmal en la silla.

En un primer momento se había sentido un poco inquieta al respecto, no muy segura de querer ver ninguna figura fantasmal, aunque fuera la de su futuro esposo. Pero en aquellos momentos todo parecía tonto e inofensivo. Cuando el reloj empezó a tocar, se enderezó y sujetó mejor el respaldo de la silla. Bonnie le había dicho que no lo soltara hasta que finalizara la ceremonia.

Aquello era una estupidez. Tal vez no debería pronunciar las palabras..., pero cuando el reloj empezó a dar la hora, oyó su propia voz hablando.

—Entra —dijo con timidez a la habitación vacía, apartando la silla—. Entra, entra...

La vela se apagó.

Elena dio un respingo en la repentina oscuridad. Había notado el viento, una fría ráfaga que había apagado la vela. Procedía de las puertas vidrieras a su espalda, y volvió la cabeza rápidamente, con una mano puesta aún en la silla. Habría jurado que aquellas puertas estaban cerradas.

Algo se movió en la oscuridad.

El terror invadió a la muchacha, llevándose por delante su timidez y cualquier rastro de jocosidad. Cielos, ¿por qué lo había hecho, qué había buscado? Su corazón se contrajo y sintió como si la hubiesen sumergido, sin advertencia previa, en su pesadilla más espantosa. No sólo estaba todo oscuro, sino totalmente silencioso; no había nada que ver y nada que oír, y ella caía...

—Permíteme —dijo una voz, y una brillante llama chisporroteó en la oscuridad.

Por un terrible y escalofriante momento pensó que era Tyler, al recordar su encendedor en la iglesia en ruinas de la colina. Pero a medida que la vela de la mesa se encendía, vio la mano pálida de largos dedos que la sostenía. No era el puño rojo y rechoncho de Tyler. Pensó por un momento que era la de Stefan, y entonces sus ojos se alzaron hacia el rostro.

—¡Tú! —exclamó, estupefacta—. ¿Qué crees que estás haciendo aquí? —Desvió la mirada de él a las puertas vidrieras, que estaban efectivamente abiertas y mostraban el césped lateral—. ¿Siempre entras en las casas de los demás sin que te inviten?

—Pero tú me pediste que entrara.

Su voz era tal y como la recordaba, sosegada, irónica y divertida. También recordaba la sonrisa.

—Gracias —añadió él, y se sentó con elegancia en la silla que ella había apartado.

Elena retiró rápidamente la mano del respaldo.

—No te estaba invitando a ti, precisamente —dijo con impotencia, atrapada entre la indignación y la vergüenza—. ¿Qué hacías merodeando fuera de la casa de Bonnie?

Él sonrió. A la luz de la vela, su cabello negro brillaba casi como si fuera líquido, demasiado suave y delicado para ser cabello humano. Su rostro era muy pálido, pero al mismo tiempo totalmente cautivador. Y sus ojos atrajeron los de Elena y los retuvieron.

—Es tu hermosura, Elena/ como esas naves niceas de antes/ que por la mar calma y fragante...

—Creo que será mejor que te vayas ahora.

No quería que siguiera hablando. Su voz le producía sensaciones extrañas, la hacía sentir curiosamente débil, iniciaba una especie de fusión en su estómago.

—No deberías estar aquí. Por favor.

Alargó la mano hacia la vela, con la intención de cogerla y abandonarle allí, luchando contra la sensación de mareo que amenazaba con dominarla.

Pero antes de que pudiera sujetarla, él hizo algo extraordinario. Atrapó la mano que ella alargaba, no con brusquedad, sino con gentileza, y la sostuvo con sus fríos dedos delgados. Luego le giró la mano, inclinó la morena cabeza y le besó la palma.

—No... —musitó ella, estupefacta.

—Ven conmigo —dijo él, y la miró a los ojos.

—Por favor, no... —volvió a musitar ella, mientras el mundo daba vueltas a su alrededor.

Aquel joven estaba loco; ¿de qué hablaba? ¿Ir con él adonde? Pero se sentía tan mareada y desfallecida...

Él estaba de pie, sosteniéndola. Elena se recostó en él, sintió aquellos dedos fríos en el primer botón de la blusa sobre la garganta.

—Por favor, no...

—No pasa nada. Ya lo verás.

Le apartó la blusa del cuello, sosteniéndole la cabeza con la otra mano.

—No.

Repentinamente, la energía regresó a ella y se apartó violentamente de él, tropezando contra la silla.

—Te dije que te fueras, y lo decía en serio. ¡Vete... ahora!

Por un instante, una furia absoluta se agolpó en los ojos del joven, en forma de oscura oleada amenazante. Luego volvieron a tranquilizarse y a recuperar la frialdad y él le sonrió, con sonrisa veloz y radiante que apagó de nuevo instantáneamente.

—Me iré —dijo—. Por el momento.

Elena sacudió la cabeza y contempló cómo salía por las puertas vidrieras sin decir una palabra. Una vez se hubieron cerrado detrás de él, permaneció inmóvil en medio del silencio, intentando recuperar el aliento.

El silencio..., pero no debería haber silencio. Giró en dirección al reloj de pie perpleja y vio que se había detenido. Pero antes de poder examinarlo, oyó las voces exaltadas de Meredith y Bonnie.

Salió corriendo al vestíbulo, sintiendo la poco habitual debilidad en sus piernas mientras volvía a colocarse bien la blusa y la abotonaba. La puerta trasera estaba abierta, y vio dos figuras en el exterior, inclinadas sobre algo caído en el césped.

—¿Bonnie? ¿Meredith? ¿Qué sucede?

Bonnie alzó la vista cuando Elena llegó junto a ellas. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Elena, está muerto.

Con un horrorizado escalofrío, Elena bajó la mirada hacia el pequeño bulto a los pies de Bonnie. Era el pequinés, tumbado muy rígido de costado, con los ojos abiertos.

—Oh, Bonnie —dijo.

—Era viejo —dijo su amiga—, pero nunca esperé que se fuera tan aprisa. Apenas hace un poco que ladraba.

—Creo que será mejor que entremos —dijo Meredith, y Elena alzó los ojos hacia ella y asintió.

Esa noche no era adecuada para estar fuera en la oscuridad. Tampoco era una noche para invitar a entrar cosas del exterior. Lo sabía ahora, aunque seguía sin comprender qué había sucedido.

Fue al regresar a la sala de estar cuando advirtió que su diario había desaparecido.

Stefan alzó la cabeza del cuello suave como terciopelo de la hembra de gamo. El bosque estaba inundado de ruidos nocturnos, y no pudo estar seguro de cuál le había molestado.

Con el Poder de la mente de Stefan distraído, el ciervo salió de su trance, y el chico sintió cómo los músculos de la hembra se estremecían mientras intentaba incorporarse.

«Márchate, pues», pensó, recostándose y liberándola por completo. Con una contorsión y un empujón, el animal se levantó y huyó.

Había tenido suficiente. Quisquillosamente, se lamió las comisuras de la boca, sintiendo cómo los colmillos se retraían y perdían su filo, extremadamente sensibles como siempre tras una alimentación prolongada. Empezaba a resultarle difícil saber cuánto era suficiente. No había sentido mareos desde lo ocurrido junto a la iglesia, pero vivía temiendo su regreso.

Vivía con un miedo concreto: que recuperaría los sentidos un día, con la mente confusa, y se encontraría con el grácil cuerpo de Elena inerte en sus brazos, la fina garganta marcada con dos heridas rojas, el corazón detenido para siempre.

Eso era lo que podía esperar.

La sed de sangre, con toda su miríada de terrores y placeres, era un misterio para él, incluso en la actualidad. Aunque había vivido con ella diariamente durante siglos, seguía sin comprenderla. Como un humano vivo, sin duda se habría sentido repugnado, asqueado, por la idea de beber el sustancioso y cálido líquido directamente de un cuerpo vivo. Es decir, si alguien le hubiese propuesto tal cosa en tales términos.

Pero no se habían utilizado palabras esa noche, la noche en que Katherine le había cambiado.

Incluso después de todos esos años, el recuerdo era nítido.

Estaba durmiendo cuando ella apareció en su habitación, moviéndose con tanta suavidad como una visión o un fantasma. Él dormía, solo...

Llevaba puesto un fino camisón suelto de hilo cuando fue a él.

Era la noche anterior al día que ella había designado, el día en que anunciaría su elección. Y fue a verle a él.

Una mano blanca separó las cortinas que rodeaban el lecho, y Stefan despertó del sueño, incorporándose alarmado. Cuando la vio, con los cabellos de un dorado pálido brillando sobre sus hombros, los ojos azules sumidos en sombras, la sorpresa lo dejó mudo.

Y el amor. Nunca había visto nada más hermoso en su vida.

Tembló e intentó hablar, pero ella posó dos dedos fríos sobre sus labios.

—Silencio —susurró la joven, y el lecho se hundió bajo el peso de Katherine.

El rostro de Stefan se encendió, su corazón palpitaba atronador de vergüenza y emoción. Nunca antes había habido una mujer en su lecho. Y aquélla era Katherine; Katherine, cuya belleza parecía proceder del cielo; Katherine, a la que amaba más que a su propia alma.

Y porque la amaba, realizó un gran esfuerzo. Mientras la muchacha se deslizaba bajo las sábanas, acercándose tanto a él que pudo sentir el frescor del aire nocturno en la fina prenda que la cubría, consiguió finalmente hablar.

—Katherine —susurró—. Podemos... esperar. Hasta que estemos casados por la Iglesia. Haré que mi padre lo organice la semana que viene. No... no transcurrirá mucho tiempo...

—Silencio —musitó ella otra vez, y él sintió aquel frescor de su piel.

No pudo contenerse; la rodeó con los brazos, sujetándola contra él.

—Lo que hacemos ahora no tiene nada que ver con eso —siguió ella, y alargó los delgados dedos para acariciar su garganta.

El comprendió. Y sintió como un ramalazo de temor, que desapareció a medida que los dedos de ella siguieron acariciándole. Deseaba eso, deseaba cualquier cosa que le permitiera estar con Katherine.

—Recuéstate, amor mío —susurró ella.

«Amor mío.» Las palabras zumbaron en su interior mientras se recostaba en la almohada, inclinando la barbilla hacia atrás para dejar al descubierto la garganta. Su miedo había desaparecido, reemplazado por una felicidad tan grande que pensó que lo haría pedazos.

Percibió el suave roce de sus cabellos sobre su pecho, e intentó calmar su respiración. Sintió el aliento de la joven en su garganta, y luego los labios. Y a continuación los dientes.

Sintió un dolor punzante, pero se mantuvo muy quieto y no profirió ningún sonido, pensando sólo en Katherine, en cómo deseaba ser de ella. Y casi al momento el dolor cesó y sintió que le extraían la sangre del cuerpo. No era terrible, como había temido. Era una sensación de dar, de alimentar.

Luego fue como si sus mentes se fusionaran, convirtiéndose en una. Sentía la alegría de Katherine al beber de él, su deleite al tomar la cálida sangre que le proporcionaba vida. Y él supo que ella percibía su deleite al dársela. Pero la realidad se alejaba, los límites entre los sueños y el despertar se desdibujaban. No podía pensar con claridad; no podía pensar en absoluto. Sólo era capaz de sentir, y sus sentimientos ascendían en espiral sin pausa, elevándolo más y más, cortando sus últimos lazos con la vida terrenal.

Algo más tarde, sin saber cómo había ido a parar allí, se encontró en los brazos de ella. Lo acunaba como una madre sujetando a un bebé, guiando su boca para que se posara en la carne desnuda justo por encima del

escote de su camisón. Allí había una herida diminuta, un corte que aparecía oscuro sobre la piel pálida. No sintió ni miedo ni vacilación, y cuando ella le acarició los cabellos para darle ánimos, empezó a succionar.

Frío y meticuloso, Stefan se sacudió la tierra de las rodillas. El mundo de los humanos dormía, sumido en un sopor, pero sus propios sentidos estaban agudizados como un cuchillo. Debería haberse saciado, pero volvía a tener hambre; el recuerdo había despertado su apetito. Ensanchando las fosas nasales para captar el rastro almizcleño del zorro, inició la caza.



Capítulo 12

Elena giró despacio ante el espejo de cuerpo entero del dormitorio de tía Judith. Margaret estaba sentada a los pies de la enorme cama con dosel, con los ojos azules muy abiertos y solemnes en señal de admiración.

—Ojalá tuviera un vestido como ése para ir a pedir caramelos por las casas —dijo.

—Me gustas más vestida de gatita blanca —dijo Elena, depositando un beso entre las orejas de terciopelo blanco sujetas a la cinta que Margaret llevaba en la cabeza.

Luego se volvió hacia su tía, de pie junto a la puerta con aguja e hilo listos.

—Es perfecto —dijo con entusiasmo—. No hay que cambiar absolutamente nada.

La muchacha del espejo podría haber salido de uno de los libros de Elena sobre el Renacimiento italiano. Garganta y hombros quedaban al descubierto, y el ceñido corpiño del vestido azul claro resaltaba su cintura. Las largas mangas abombadas estaban acuchilladas para mostrar por las aberturas la seda blanca de la camisa interior, y la amplia y envolvente falda rozaba apenas el suelo a su alrededor. Era un vestido precioso, y el pálido tono azul parecía realzar el azul más oscuro de los ojos de Elena.

Mientras se daba la vuelta, la mirada de Elena cayó sobre el anticuado reloj de péndulo situado sobre el tocador.

—Ah, no... Son casi las siete. Stefan llegará en cualquier momento.

—Ahí llega su coche —dijo tía Judith, echando un vistazo por la ventana—. Bajaré y le abriré.

—No hace falta —dijo Elena, concisa—. Le abriré yo misma. Adiós, ¡que os lo paséis bien pidiendo golosinas por las casas! —Y corrió escalera abajo.

Ahí vamos, se dijo, y mientras alargaba la mano hacia el pomo de la puerta recordó aquel día, hacía ya casi dos meses, en que se había cruzado en el camino de Stefan en la clase de Historia Europea. Entonces había sentido aquella misma sensación de nerviosismo y tensión.

«Sólo espero que esto salga mejor de lo que salió aquel plan», pensó. Durante la última semana y media, había cifrado sus esperanzas en ese

momento, en esa noche. Si lo de Stefan y ella no cuajaba esa noche, jamás lo haría.

La puerta se abrió, y ella dio un paso atrás con los ojos bajos, sintiendo casi timidez, temerosa de contemplar el rostro de Stefan. Pero cuando le oyó inspirar con fuerza, alzó rápidamente la mirada... y se le heló el corazón.

La miraba fijamente con asombro, sí. Pero no era el asombro maravillado que había visto en sus ojos aquella primera noche en su habitación. Lo que veía se parecía más a un sobresalto.

—No te gusta —murmuró, horrorizada ante el escozor que sentía en los ojos.

Él se recuperó con rapidez, como siempre, pestañeando y negando con la cabeza.

—No, no, es precioso. Estás bellísima.

«Entonces ¿por qué te quedas ahí parado como si acabaras de ver un fantasma? —pensó ella—. ¡Por qué no me abrazas, me besas..., haces algo!»

—Tú tienes un aspecto fabuloso —dijo ella en voz baja.

Y era cierto; estaba elegante y apuesto con el esmoquin y la capa que llevaba para representar su papel. A Elena le sorprendió que hubiese aceptado hacerlo, pero cuando se lo había sugerido, él había parecido más divertido que otra cosa. En aquel momento, su aspecto era elegante y cómodo, como si llevar tales prendas fuera algo tan normal para él como llevar los vaqueros.

—Será mejor que nos vayamos —dijo él, con voz igualmente queda y seria.

Elena asintió y fue con él hasta el coche, pero su corazón ya no estaba simplemente helado: era de hielo. Stefan estaba más lejos de ella que nunca, y no tenía ni idea de cómo recuperarle.

Retumbaron truenos en el cielo mientras conducían hacia el instituto, y Elena echó un vistazo por la ventanilla del coche con alicaída consternación. La capa de nubes era espesa y oscura, aunque aún no había empezado a llover. El aire estaba como electrificado, y las masas de cúmulos, de un sombrío tono morado, daban al cielo un aspecto de pesadilla. Era una atmósfera perfecta para Halloween, amenazadora y sobrenatural, pero no despertó más que temor en la muchacha. Desde aquella noche en casa de Bonnie, había perdido el gusto por lo fantasmagórico y misterioso.

Su diario no había vuelto a aparecer, aunque habían registrado la casa de Bonnie de arriba abajo. Seguía sin poder creer que hubiese desaparecido realmente, y la idea de que un desconocido leyera sus pensamientos más íntimos la desesperaba interiormente. Porque, desde luego, lo habían robado; ¿qué otra explicación podía existir? Más de una puerta se había abierto aquella noche en la casa de los McCuUough;

alguien sencillamente podría haber entrado. Deseaba matar a quienquiera que lo hubiera hecho.

Una visión de ojos oscuros apareció ante ella. Aquel muchacho, el muchacho al que había estado a punto de entregarse en casa de Bonnie, el muchacho que le había hecho olvidar a Stefan. ¿Era él quien lo había hecho?

Salió de sus meditaciones cuando pararon ante el instituto, y se vio obligada a sonreír mientras avanzaban por los pasillos. El gimnasio era un caos apenas organizado. Había transcurrido sólo una hora desde que Elena había marchado a casa para ponerse el vestido, pero todo había cambiado. Entonces, todo había estado lleno de alumnos de último curso: miembros del consejo de estudiantes, jugadores de rugby, el club Clave, todos ellos dando los últimos toques a utilería y decorado. En estos momentos estaba lleno de desconocidos, la mayoría de ellos ni siquiera humanos.

Varios zombis volvieron la cabeza al entrar Elena, las sonrientes calaveras visibles por entre la carne putrefacta de los rostros. Un jorobado grotescamente deforme cojeó hacia ella, junto con un cadáver de tez lívida y ojos hundidos.

Elena comprendió con un violento sobresalto que no era capaz de reconocer a la mitad de aquellas personas con sus disfraces. En seguida, todos la rodearon, admirando el vestido azul claro, anunciando problemas que ya habían aparecido. Elena les hizo callar con un ademán y giró hacia la bruja, cuyos largos cabellos oscuros caían sobre la espalda de un ceñido vestido negro.

—¿Qué sucede, Meredith? —preguntó.

—El entrenador Lyman está enfermo —respondió ésta con expresión sombría—, así que alguien consiguió que Tanner lo sustituyera.

—¿El señor Tanner? —Elena se sintió horrorizada.

—Sí, y ya está dando problemas. La pobre Bonnie ya no puede más. Será mejor que te acerques ahí.

Elena suspiró y asintió, marchando a continuación por la sinuosa ruta del recorrido por la Casa Encantada. Mientras pasaba junto a la truculenta Cámara de Tortura y la espeluznante Habitación del Acuchillador Loco, pensó que casi lo habían construido demasiado bien. El lugar resultaba inquietante incluso iluminado.

La Habitación del Druida estaba cerca de la salida. Allí habían alzado un monumento neolítico, pero la linda y menuda sacerdotisa druida de pie entre los muy realistas monolitos con su túnica blanca y una guirnalda de hojas de roble parecía a punto de echarse a llorar.

—Pero tiene que llevar la sangre —decía en tono suplicante—. Es parte de la escena, usted es un sacrificio.

—Llevar esta túnica ridicula ya es bastante malo —respondió Tanner, tajante—. Nadie me informó de que iba a tener que echarme salsa de tomate encima.

—En realidad no le tocará directamente —explicó Bonnie—. Sólo irá sobre la túnica y el altar. Usted es un sacrificio —repitió, como si de algún modo eso fuera a convencerle.

—En cuanto a eso —replicó el señor Tanner con repugnancia—, la exactitud de todo este montaje es sumamente sospechosa. En contra de la creencia popular, los druidas no construyeron este tipo de monumentos; los construyeron una cultura de la Edad del Bronce que...

—Señor Tanner —interrumpió Elena, adelantándose—, ésa no es realmente la cuestión.

—No, no lo será para ti —repuso él—. Motivo por el que tú y tu neurótica amiga vais a suspender historia las dos.

—Eso está totalmente fuera de lugar —dijo una voz, y Elena vio rápidamente por encima del hombro a Stefan.

—Señor Salvatore —dijo Tanner, pronunciando las palabras como si significaran: «Ya sólo me faltaba esto»—, supongo que tiene algunas sabias palabras que ofrecer. ¿O acaso me pondrá un ojo morado?

Su mirada viajó hacia Stefan, que permanecía allí parado, inconscientemente elegante en su esmoquin perfectamente confeccionado, y Elena sintió un repentino ramalazo de comprensión.

«En realidad, Tanner no es mucho mayor que nosotros —pensó—. Parece mayor debido a que tiene entradas, pero apuesto a que aún no ha cumplido los treinta.» Entonces, por algún motivo, recordó el aspecto que había tenido el profesor en la fiesta de inicio de curso, con su traje barato y gastado que no le sentaba bien.

«Apostaría a que ni siquiera disfrutó de su propio baile de inicio de curso», pensó. Y, por vez primera, sintió algo parecido a lástima por él.

Tal vez Stefan también lo sintió, pues aunque se adelantó hasta estar frente al hombrecillo, colocándose cara a cara con él, su voz sonó pausada.

—No, no voy a hacerlo. Creo que todo esto se está sacando de quicio. Por qué no...

Elena no pudo oír el resto, pero el muchacho hablaba en un tono bajo y tranquilizador, y lo cierto era que el señor Tanner parecía escuchar. La muchacha echó una ojeada al grupo que se había reunido detrás de ella: cuatro o cinco necrófagos, el hombre lobo, un gorila y un jorobado.

—Ya está, todo está bajo control —les dijo, y se dispersaron.

Stefan se estaba ocupando de todo, aunque no estaba segura de cómo lo hacía, ya que sólo le veía la nuca.

La nuca... Por un instante, una imagen de su primer día de clase pasó veloz ante ella. Del modo en que Stefan había estado de pie en la

secretaría hablando con la señora Clarke, la secretaria, y la manera tan curiosa en la que había actuado ésta. Efectivamente, al mirar Elena al señor Tanner en ese momento, éste mostraba la misma expresión ligeramente aturdida. La muchacha sintió una lenta oleada de inquietud.

—Vamos —le dijo a Bonnie—. Vayamos a la parte delantera.

Atajaron directamente por la Habitación del Aterrizaje Alienígena y la Habitación de los Muertos Vivientes, deslizándose entre las mamparas, para ir a salir a la primera habitación en la que entrarían los visitantes y donde serían recibidos por el hombre lobo. El hombre lobo se había quitado la cabeza y conversaba con una pareja de momias y una princesa egipcia.

Elena tuvo que admitir que Caroline estaban magnífica como Cleopatra, con las líneas de aquel cuerpo bronceado francamente visibles a través de la transparente tela de hilo del vestido de tubo que llevaba. A Matt, el hombre lobo, no se le podía culpar si sus ojos no dejaban de desviarse del rostro de Caroline para descender por su cuerpo.

—¿Cómo va todo por aquí? —preguntó Elena con forzada frivolidad.

Matt se sobresaltó ligeramente, luego se volvió hacia ella y Bonnie. Elena apenas le había visto desde la noche del baile, y sabía que él y Stefan también se habían distanciado. Debido a ella. Y aunque no podía culpar a Matt por eso, sabía lo mucho que le dolía a Stefan.

—Todo va estupendamente —respondió Matt, algo incómodo.

—Cuando Stefan acabe con Tanner, me parece que le enviaré aquí —dijo Elena—. Puede ayudar a hacer entrar a la gente.

Matt alzó un hombro con indiferencia, y luego preguntó:

—¿Acabe qué con Tanner?

Elena le miró sorprendida. Habría podido jurar que él había estado en la Habitación del Druida hacía un minuto. Lo explicó.

Fuera, volvió a retumbar el trueno, y a través de la puerta abierta Elena vio cómo un relámpago iluminaba el cielo nocturno. Se escuchó un nuevo y sonoro trueno al cabo de unos segundos.

—Espero que no llueva —dijo Bonnie.

—Sí —repuso Caroline, que había permanecido en silencio mientras Elena hablaba con Matt—. Sería una auténtica pena que no viniera nadie.

Elena le dirigió una aguda mirada y vio sincero odio en los ojos entrecerrados y felinos de Caroline.

—Caroline —dijo impulsivamente—, oye. ¿No podemos dejarlo de una vez? ¿No podemos olvidar lo sucedido y empezar de nuevo?

Bajo la cobra de su frente, los ojos de Caroline se abrieron y luego volvieron a entrecerrarse. Torció la boca y se acercó más a Elena.

—Jamás olvidaré —declaró, y a continuación se dio la vuelta y se marchó.

Se produjo un silencio, con Bonnie y Matt mirando al suelo. Elena fue hacia la entrada para sentir el aire fresco en las mejillas. En el exterior distinguió el campo de juego y las ramas de los robles que se agitaban más allá, y una vez más se sintió invadida por un mal presentimiento. «Esta noche es la noche —pensó, desconsolada—. Esta noche es la noche en la que todo va a suceder.» Pero no tenía ni idea de qué era «todo».

Una voz sonó a través del transformado gimnasio.

—Vamos ya, están a punto de dejar entrar a la fila que hay en el aparcamiento. ¡Cierra las luces, Ed!

Repentinamente, la oscuridad descendió sobre todos ellos y el aire se llenó de gemidos y risas maníacas, igual que una orquesta afinando. Elena suspiró y se dio la vuelta.

—Será mejor que te prepares para empezar a conducir a la gente por aquí —le dijo a Bonnie en voz baja.

Su amiga asintió y desapareció en la oscuridad. Matt se había colocado la cabeza de hombre lobo y ponía en marcha una grabadora que añadía música fantasmagórica a la algarabía.

Stefan dobló la esquina, con los cabellos y las ropas fusionándose con la oscuridad. Únicamente la blanca pechera destacaba con claridad.

—Todo solucionado con Tanner —anunció—. ¿Hay alguna otra cosa que pueda hacer?

—Bueno, podrías trabajar aquí, con Matt, haciendo pasar a la gente...

La voz de Elena se apagó. Matt estaba inclinado sobre la grabadora, ajustando minuciosamente el volumen, sin alzar la mirada. Elena miró a Stefan y vio que su rostro estaba tenso y sin expresión.

—O podrías ir al vestuario de los chicos y encargarte del café y las cosas para los trabajadores —finalizó en tono cansino.

—Iré al vestuario —respondió él.

Mientras se alejaba, Elena advirtió un leve titubeo en su paso.

—¿Stefan? ¿Te encuentras bien?

—Estupendamente —dijo él, recuperando el equilibrio—. Un poco cansado, eso es todo.

Contempló cómo se alejaba con una creciente opresión en el pecho.

Se volvió hacia Matt con la intención de decir algo, pero en ese momento la fila de visitantes llegó a la puerta.

—Empieza el espectáculo —anunció él, y se agazapó en las sombras.

Elena pasó de habitación en habitación corrigiendo fallos. En años anteriores había disfrutado sobre todo con aquella parte de la noche, contemplando las truculentas escenas que se escenificaban y el exquisito terror de los visitantes, pero esa noche existía una sensación de temor y

tensión implícitos en todos sus pensamientos. «Esta noche es la noche», volvió a pensar, y el hielo de su pecho pareció espesarse.

Una Muerte —o al menos eso era lo que supuso que representaba la figura encapuchada de la túnica negra— pasó junto a ella, y se encontró intentando recordar distraídamente si la había visto en alguna de las otras fiestas de Halloween. Había algo familiar en el modo en que se movía la figura.

Bonnie intercambió una agobiada sonrisa con la alta y delgada bruja que dirigía el tráfico hacia el interior de la Habitación de la Araña. Varios muchachos de primer año de secundaria se dedicaban a dar palmadas a las arañas de goma allí colgadas y a chillar y dar la lata en general. Bonnie los metió a empujones en la Habitación del Druida.

Allí las luces estroboscópicas daban a la escena un carácter irreal. Bonnie sintió una torva sensación de triunfo al ver al señor Tanner tendido sobre el altar de piedra, con la túnica blanca profusamente manchada de sangre y los ojos abiertos y fijos en el techo.

—¡Fantástico! —chilló uno de los muchachos mientras corría hacia el altar.

Bonnie se mantuvo atrás y sonrió de oreja a oreja, aguardando a que el sangriento sacrificio se alzara y diera un susto de muerte al chico.

Pero el señor Tanner no se movió, ni siquiera cuando el muchacho hundió una mano en el charco de sangre que había junto a la cabeza de la víctima.

Eso no era normal, se dijo Bonnie, acercándose a toda prisa para impedir que el chico agarrara el cuchillo del sacrificio.

—No hagas eso —le espetó, y el chico retiró la mano, que apareció roja bajo cada uno de los potentes destellos luminosos.

Bonnie sintió un repentino e irracional miedo de que el señor Tanner fuera a esperar hasta que ella se inclinara sobre él y asustarla entonces. Pero el hombre siguió mirando fijamente al techo.

—Señor Tanner, ¿está usted bien? ¿Señor Tanner? ¡Señor Tanner!

Ni un movimiento, ni un sonido. Ni un pestañeo de aquellos ojos blancos abiertos de par en par. No le toques, dijo algo en la mente de Bonnie de un modo repentino y apremiante. No le toques, no le toques, no le toques...

Bajo las luces estroboscópicas vio cómo su propia mano se adelantaba, la vio sujetar el hombro del señor Tanner y zarandearlo, vio cómo su cabeza caía sin fuerzas hacia ella. Entonces vio su garganta.

Acto seguido empezó a chillar.

Elena oyó los gritos. Eran agudos y sostenidos y no se parecían a ningún otro sonido en la Casa Encantada, y supo al instante que no eran una broma.

Todo después de eso se convirtió en una pesadilla.

Al llegar a la carrera a la Habitación del Druida, contempló un cuadro viviente, pero no era el destinado a los visitantes. Bonnie chillaba mientras Meredith la sujetaba por los hombros. Tres chicos jóvenes intentaban atravesar la cortina que cerraba la salida, y dos muchachos encargados de controlar a los visitantes miraban al interior, impidiéndoles el paso. El señor Tanner yacía sobre el altar de piedra, despatarrado, y su rostro...

—Está muerto —sollozaba Bonnie, los gritos convirtiéndose en palabras —. Dios mío, la sangre es real y está muerto. Le toqué, Elena, y está muerto, está realmente muerto —Entraba más gente en la habitación. Otra persona empezó a chillar, y los gritos se propagaron, y en seguida todo el mundo intentó salir de allí, empujándose unos a otros llenos de pánico, chocando con las mamparas.

—¡Encended las luces! —gritó Elena, y oyó su grito repetido por otras voces—. Meredith, rápido, ve al teléfono del gimnasio y llama a una ambulancia, llama a la policía... ¡Encended esas luces de una vez!

Cuando las luces se encendieron bruscamente, Elena miró a su alrededor, pero no vio a ningún adulto, nadie que pudiera hacerse cargo de la situación. Una parte de ella estaba fría como el hielo, con la mente moviéndose vertiginosamente mientras intentaba pensar qué hacer a continuación. Otra parte de ella estaba simplemente paralizada por el terror. El señor Tanner... Jamás le había caído bien, pero en cierto modo eso no hacía más que empeorarlo.

—Saquemos a todos los chicos de aquí. Todo el mundo, excepto el personal, fuera —dijo.

—¡No! ¡Cerrad las puertas! No dejéis salir a nadie hasta que llegue la policía —gritó un hombre lobo que tenía al lado y se sacaba la máscara.

Elena se dio la vuelta sorprendida al escuchar la voz y vio que no era Matt, era Tyler Smallwood.

Le habían permitido regresar al instituto justo aquella semana, y su rostro aún mostraba los moratones de la paliza recibida a manos de Stefan. Pero su voz tenía el tono de la autoridad, y Elena vio cómo los encargados de la seguridad cerraban las puertas de salida. Oyó cerrarse otra puerta al otro extremo del gimnasio.

De la docena aproximada de personas amontonadas en la zona del monumento, la muchacha reconoció sólo a una como uno de los trabajadores. El resto era gente que conocía vagamente el instituto. Uno de ellos, un muchacho vestido de pirata, le habló a Tyler.

—¿Quieres decir... que crees que alguien de aquí dentro lo hizo?

—Alguien de aquí dentro lo hizo, ya lo creo —respondió él.

Su voz tenía un tono extraño y excitado, como si casi disfrutara con aquello. Señaló el charco de sangre sobre la roca.

—Eso está aún líquido; no puede haber sucedido hace mucho rato. Y mirad el modo en que le han cortado la garganta. El asesino debe de haberlo hecho con esto. —Señaló el cuchillo del sacrificio.

—Entonces el asesino podría estar justo aquí —musitó una chica vestida con un quimono.

—Y no es difícil adivinar quién es —dijo Tyler—. Alguien que odiaba a Tanner, que siempre estaba discutiendo con él. Alguien que discutía con él a primeras horas de esta noche. Yo lo vi.

«De modo que eras tú el hombre lobo que había en esta habitación —pensó Elena, aturdida—. Pero ¿qué hacías tú aquí, para empezar? No formas parte del personal.»

—Alguien que tiene un historial de violencia —seguía diciendo Tyler, mostrando los dientes—. Alguien que, por lo que sabemos, es un psicópata llegado a Fell's Church para matar.

—Tyler, ¿de qué estás hablando?

La sensación de aturdimiento de Elena había estallado igual que una burbuja. Furiosa, avanzó hacia el alto y fornido muchacho.

—¡Estás loco!

El la señaló sin siquiera mirarla.

—Eso dice su novia..., pero a lo mejor está algo predispuesta en su favor.

—Y a lo mejor tú también estás algo predispuesto en contra, Tyler —indicó una voz desde detrás de la multitud, y Elena vio a un segundo hombre lobo abriéndose paso hacia el interior de la habitación, Matt.

—¿Ah, sí? Bien, ¿pues por qué no nos cuentas lo que sabes sobre Salvatore? ¿De dónde viene? ¿Dónde está su familia? ¿De dónde saca el dinero? —Tyler dio la vuelta para dirigirse al resto de los reunidos—. ¿Quién sabe algo sobre él?

La gente empezaba a sacudir la cabeza. Elena pudo ver, en un rostro tras otro, cómo florecía la desconfianza. La desconfianza hacia cualquier cosa desconocida, cualquier cosa diferente. Y Stefan lo era. Era un extraño para ellos y justo en aquel momento necesitaban una cabeza de turco.

La chica del quimono empezó a decir:

—Oí un rumor sobre...

—¡Eso es todo lo que hemos oído, rumores! —indicó Tyler—. Nadie sabe realmente nada sobre él. Pero hay una cosa que yo sí sé. Los ataques en Fell's Church empezaron la primera semana del curso... que fue la semana en que Stefan Salvatore llegó.

Se escuchó un creciente murmullo ante aquello, y la misma Elena sintió un sobresalto al darse cuenta. Desde luego, era totalmente ridículo, era una simple coincidencia. Pero lo que Tyler decía era cierto. Los ataques habían empezado cuando llegó Stefan.

—Os diré algo más —gritó Tyler, haciéndoles gestos para que callaran—. ¡Escuchadme! ¡Os diré algo más! —Aguardó hasta que todo el mundo le

miró y luego dijo despacio, con grandilocuencia—: El estaba en el cementerio la noche que atacaron a Vickie Bennett.

—Desde luego que estaba ahí..., cambiándote la cara —replicó Matt, pero la voz carecía de su acostumbrada energía.

Tyler hizo suyo el comentario y siguió adelante.

—Sí, y casi me mata. Y esta noche alguien ha matado a Tanner. Yo no sé qué pensáis vosotros, pero yo sí creo que lo hizo. ¡Creo que fue él!

—Pero ¿dónde está? —gritó alguien de entre los reunidos.

Tyler miró a su alrededor.

—Si lo hizo, aún debe de estar aquí —gritó—. Busquémosle.

—¡Stefan no ha hecho nada! Tyler... —chilló Elena, pero el ruido de la multitud tapó su voz.

Habían hecho suyas las palabras de Tyler y las repetían. «Busquémosle... busquémosle... busquémosle.» Elena oyó cómo pasaban de una persona a otra. Y los rostros de la Habitación del Druida estaban llenos de algo más que desconfianza en aquel momento; Elena también vio furia y sed de venganza en ellos.

—¿Dónde está, Elena? —dijo Tyler, y ella vio una reluciente expresión de triunfo en sus ojos; estaba disfrutando con aquello.

—No lo sé —respondió con ferocidad, deseando pegarle.

—¡Debe de estar todavía aquí! ¡Busquémosle! —gritó alguien, y a continuación pareció como si todo el mundo se pusiera en movimiento, señalando y empujando a la vez. Empezaron a derribar y apartar mamparas.

El corazón de Elena parecía a punto de estallar. Ya no se trataba de una multitud; era una turba enfurecida. Le aterró lo que podrían hacerle a Stefan si lo encontraban. Pero si intentaba ir a advertirle, conduciría a Tyler directamente a él.

Miró a su alrededor con desesperación. Bonnie seguía con la vista fija en el rostro sin vida del señor Tanner. No obtendría ayuda por esa parte. Dio la vuelta para volver a escudriñar a la multitud y sus ojos se encontraron con los de Matt.

El muchacho tenía un aspecto confuso y enojado, con los cabellos rubios alborotados y las mejillas enrojecidas y sudorosas. Elena puso toda su fuerza de voluntad en una mirada de súplica.

«Por favor, Matt —pensó—. No puedes creer todo esto. Sabes que no es cierto.»

Pero los ojos de su amigo mostraban que no lo sabía. Había un tumulto de desconcierto y agitación en ellos.

«Por favor —siguió pensando Elena, con la mirada puesta en aquellos ojos azules mientras deseaba con todas sus fuerzas que comprendiera—.

Por favor, Matt, sólo tú puedes salvarle. Incluso aunque no lo creas, por favor, intenta confiar..., por favor...»

Vio cómo la expresión del rostro del muchacho cambiaba, cómo desaparecía la confusión y dejaba paso a la resolución. La observó fijamente durante otro instante, taladrando sus ojos con la mirada y asintió una vez. Luego dio media vuelta y se introdujo en la arremolinada multitud que iba de caza.

Matt se abrió camino limpiamente a través de la muchedumbre hasta alcanzar el otro extremo del gimnasio. Había algunos novatos de pie cerca de la puerta del vestuario masculino; les ordenó con brusquedad que empezaran a mover las mamparas caídas, y cuando su atención estuvo distraída, abrió la puerta de golpe y se metió dentro.

Miró a su alrededor rápidamente, poco dispuesto a gritar. Bien mirado, se dijo, Stefan tenía que haber oído todo el jaleo del gimnasio. Probablemente ya se habría ido. Pero entonces Matt descubrió la figura vestida de negro caída sobre el suelo de baldosas blancas.

—¡Stefan! ¿Qué ha sucedido?

Por un terrible instante, Matt pensó que contemplaba un segundo cuerpo sin vida. Pero al arrodillarse junto al chico, vio movimiento.

—Eh, estás bien, incorpórate lentamente..., con calma. ¿Te encuentras bien, Stefan?

—Sí —respondió él.

No parecía estar bien, se dijo Matt. Tenía el rostro pálido como un muerto y las pupilas terriblemente dilatadas. Parecía desorientado y mareado.

—Gracias —dijo Stefan.

—Puede que no me des las gracias dentro de un minuto. Stefan, tienes que salir de aquí. ¿No les oyes? Van tras de ti.

El muchacho volvió la cabeza hacia el gimnasio, como si escuchara. Pero no había comprensión en su rostro.

—¿Quién va tras de mí? ¿Por qué?

—Todo el mundo. No importa. Lo que importa es que tienes que salir de aquí antes de que entren. —Como Stefan seguía limitándose a mirarle sin comprender, añadió—: Ha habido otro ataque, esta vez en la persona de Tanner, el señor Tanner. Está muerto, Stefan, y ellos creen que lo hiciste tú.

Entonces, por fin, vio que la comprensión aparecía en los ojos del muchacho. Comprensión y horror y una especie de resignada derrota que era más aterradora que nada de lo que Matt había visto esa noche. Agarró con fuerza el hombro de Stefan.

—Sé que no lo hiciste —dijo, y en ese momento era verdad—. También ellos se darán cuenta cuando puedan volver a pensar. Pero, entretanto, será mejor que te vayas.

—Irme..., sí —respondió Stefan.

La expresión desorientada había desaparecido y había una amargura virulenta en el modo en que pronunció las palabras.

—Me... iré.

—Stefan...

—Matt —los ojos verdes se veían oscuros y abrasadores, y Matt descubrió que era incapaz de apartar la mirada de ellos—, ¿está Elena a salvo? Bien. Entonces, cuida de ella. Por favor.

—Stefan, ¿de qué estás hablando? Eres inocente; todo esto se olvidará...

—Tú sólo cuida de ella, Matt.

Matt retrocedió, con la vista fija aún en aquellos irresistibles ojos verdes. Luego, lentamente, asintió.

—Lo haré —dijo en voz baja.

Y contempló cómo Stefan se marchaba.



Capítulo 13

Elena estaba de pie dentro del círculo de adultos y policías, aguardando una oportunidad de escapar. Sabía que Matt había avisado a Stefan a tiempo —su rostro se lo dijo—, pero no habían podido acercarse lo suficiente para hablar.

Por fin, con la atención de todos puesta en el cadáver, pudo separarse del grupo y avanzó despacio hacia su amigo.

—Stefan consiguió marcharse —dijo él, con los ojos puestos en el grupo de adultos—. Pero me dijo que cuidara de ti y quiero que permanezcas aquí.

—¿Que cuidaras de mí?

Alarma y desconfianza fulguraron a través de Elena. Entonces, casi en un susurro, dijo:

—Entiendo. —Pensó un momento y luego habló con cuidado—: Matt, tengo que ir a lavarme las manos. Bonnie me manchó de sangre. Espera aquí; ahora vuelvo.

Él intentó decir algo a modo de protesta, pero ella ya se alejaba. Alzó las manos manchadas a modo de explicación al llegar a la puerta del vestuario femenino, y el profesor que montaba guardia allí la dejó pasar. Una vez en el vestuario, no obstante, siguió adelante, hasta salir por la puerta del otro extremo y entrar en la oscura escuela. Y de allí salió a la noche.

«¡Zuccone!», pensó Stefan, agarrando una librería y arrojándola al otro lado, haciendo volar su contenido por los aires. ¡Idiota! ¡Ciego y odioso idiota! ¿Cómo podía haber sido tan estúpido?

¿Encontrar un lugar allí con ellos? ¿Ser aceptado como uno más? Debía de haber estado loco al pensar que era posible.

Levantó uno de los enormes y pesados baúles y lo lanzó a través de la habitación hasta que se estrelló contra la pared opuesta, astillando una ventana. Estúpido, estúpido.

¿Quién iba tras él? Todo el mundo. Matt lo había dicho. «Ha habido otro ataque... Ellos creen que lo hiciste tú.»

Bien, por una vez parecía como si los *barbari*, los insignificantes humanos vivos, con su miedo a cualquier cosa desconocida, tuvieran razón. ¿De qué otro modo se podía explicar lo sucedido? Había experimentado la debilidad, la confusa sensación de estar en un torbellino, de que todo daba vueltas; y entonces la oscuridad se había apoderado de él. Al despertar, había escuchado a Matt diciendo que habían despojado, asaltado a otro humano, al que en esa ocasión le habían robado no sólo su sangre, sino su vida. ¿Cómo se explicaba eso a menos que él, Stefan, fuera el asesino?

Un asesino, eso es lo que era. Malvado. Una criatura nacida en la oscuridad, destinada a vivir, cazar y esconderse allí para siempre. Bien, ¿por qué no matar, entonces? ¿Por qué no dar satisfacción a su naturaleza? Puesto que no podía cambiar, no había razón para no deleitarse en ello. Desataría su oscuridad sobre aquella ciudad que le odiaba, que le daba caza en aquellos mismos instantes.

Pero primero..., estaba sediento. Las venas le ardían igual que una red de cables secos y ardientes. Necesitaba alimentarse... pronto..., ahora.

La casa de huéspedes estaba a oscuras. Elena llamó a la puerta, pero no recibió respuesta. El trueno chasqueó en las alturas. Todavía no llovía.

Tras la tercera andanada de golpes, probó la puerta y ésta se abrió. Dentro, la casa estaba silenciosa y oscura como la boca de un lobo. A tientas, se encaminó hacia la escalera y ascendió por ella.

El segundo rellano estaba igual de oscuro, y tropezó intentando localizar el dormitorio con la escalera que llevaba al tercer piso. Había una luz tenue en lo alto de la escalera, y ascendió hacia ella, sintiéndose agobiada por las paredes, que parecían cernerse sobre ella desde cada lado.

La luz surgía de debajo de la puerta cerrada. Elena dio unos golpecitos rápidos.

—Stefan —susurró, y luego llamó en voz más alta—. Stefan, soy yo.

No hubo respuesta. Agarró el pomo y empujó la puerta, atisbando al otro lado.

—Stefan...

Le hablaba a una habitación vacía.

Y a una habitación que era un caos. Parecía como si un tremendo vendaval la hubiese recorrido, dejando destrucción a su paso. Los baúles que habían reposado en esquinas estaban caídos en ángulos grotescos, con las tapas abiertas, con el contenido desparramado por el suelo. Una ventana estaba destrozada. Todas las posesiones de Stefan, todas las cosas que había guardado con tanto cuidado y parecía tener en tan gran estima, estaban esparcidas por el suelo.

El terror invadió a Elena. La furia y la violencia resultaban dolorosamente claras en aquella escena de devastación y hacían que se sintiera casi mareada. Alguien que tenía un historial de violencia, había dicho Tyler.

«No me importa —pensó, mientras la ira brotaba en su interior para apartar a un lado el miedo—. No me importa nada, Stefan; sigo queriendo verte. Pero ¿dónde estás?

La trampilla del techo estaba abierta, y por ella descendía un aire frío. «Vaya», se dijo, y sintió un repentino escalofrío de temor. Aquel tejado estaba tan alto...

Nunca antes había subido por la escalera para salir al mirador y la falda larga dificultaba la ascensión. Emergió a través de la trampilla despacio, arrodillándose en el tejado y luego poniéndose en pie. Vio una figura oscura en la esquina, y fue hacia ella con pasos rápidos.

—Stefan, tenía que venir... —empezó a decir, y se detuvo en seco, porque un relámpago iluminó el cielo justo en el momento en que la figura de la esquina giraba en redondo.

Y entonces fue como si todo mal presentimiento, temor y pesadilla que hubiese tenido jamás se convirtieran en realidad a la vez. No podía ni chillar; no podía hacer nada en absoluto.

«Dios mío... no.» Su cerebro se negó a encontrar una explicación a lo que sus ojos veían. No. No. No quería mirar aquello, no quería creerlo...

Pero no podía evitar verlo. Incluso aunque podía haber cerrado los ojos, cada detalle de la escena estaba grabado en su memoria. Como si el relámpago lo hubiese escrito a fuego en su cerebro para siempre.

Stefan. Stefan, tan pulcro y elegante vestido con su ropa de todos los días, con su chaqueta de cuero negro con el cuello levantado. Stefan, con los cabellos oscuros como una de las nubes de tormenta que había detrás de él. Stefan había quedado atrapado en aquel fogonazo de luz, medio vuelto hacia ella, con el cuerpo torcido en la posición agazapada de una bestia y con una mueca de furia animal en el rostro.

Y sangre. Aquella boca arrogante, sensible y sensual, estaba embadurnada de sangre, que resaltaba espeluznantemente roja en la palidez de su cutis, en el blanco intenso de los dientes al descubierto. En las manos sostenía el cuerpo inerte de una paloma torcaz, blanca como aquellos dientes y con las alas extendidas. Otra yacía en el suelo a sus pies, igual que un pañuelo arrugado y desechado.

—Dios mío, no —musitó Elena.

Siguió musitándolo mientras retrocedía, sin darse apenas cuenta de que hacía ambas cosas. Sencillamente, su mente no era capaz de hacer frente a ese horror; sus pensamientos corrían alocadamente llevados por el pánico, igual que ratones intentando escapar de una jaula. No quería creer eso, no quería creerlo. Una tensión insoportable se adueñó de su cuerpo, el corazón parecía a punto de estallar, la cabeza le daba vueltas.

—Dio mío, no...

—¡Elena!

Más terrible que cualquier otra cosa fue eso, fue ver a Stefan mirándola con aquel rostro animal, ver cómo la mueca se trocaba en una expresión de sobresalto y desesperación.

—Elena, por favor. Por favor, no...

—¡Ah, Dios mío, no!

Los chillidos intentaban abrirse paso violentamente fuera de su garganta. Retrocedió más, dando traspiés, cuando él dio un paso hacia ella.

—¡No!

—Elena, por favor... ten cuidado...

Aquella cosa terrible, la cosa con el rostro de Stefan, iba tras ella, los verdes ojos llameando. Se lanzó hacia atrás al dar él otro paso, con la mano extendida. La larga mano de dedos delgados que había acariciado sus cabellos con tanta delicadeza...

—¡No me toques! —gritó.

Y entonces sí que empezó a chillar, cuando su movimiento llevó a su espalda a apoyarse en la barandilla de hierro del mirador. Era hierro que había estado allí durante casi un siglo y medio, y en algunos lugares estaba casi totalmente oxidado. El peso aterrorizado de Elena contra él fue demasiado y la joven sintió que cedía. Oyó el chirrido de metal y madera bajo una tensión excesiva mezclándose con su propio grito. Y luego ya no había nada detrás de ella, nada a lo que agarrarse, y caía.

En ese instante, vio las turbulentas nubes moradas, la oscura masa de la casa junto a ella. Le pareció que tenía tiempo suficiente para verlo todo con claridad y sentir un terror infinito mientras chillaba y caía, y caía.

Pero el terrible impacto demoledor no llegó. De improviso había unos brazos a su alrededor que la sostenían en el vacío. Se oyó un golpe sordo y los brazos la apretaron más, con un peso cediendo contra ella para absorber el golpe. Luego todo quedó silencioso.

Permaneció inmóvil dentro del círculo de aquellos brazos, intentando orientarse. Intentando creer otra cosa más que resultaba increíble. Había caído del tejado de una casa de tres pisos y sin embargo estaba viva. Estaba de pie en el jardín de detrás de la casa de huéspedes, en medio del silencio total que mediaba entre los truenos, con hojas caídas en el suelo donde debería estar su cuerpo destrozado.

Lentamente, alzó la mirada hacia el rostro de la persona que la sujetaba. Stefan.

Había habido demasiado miedo, demasiados desastres esa noche. Ya no podía reaccionar. Sólo era capaz de alzar los ojos hacia él para mirarle fijamente con una especie de asombro.

Había tanta tristeza en los ojos de Stefan… Aquellos ojos que habían ardido igual que hielo verde estaban en esos instantes oscuros y vacíos, sin esperanza. La misma expresión que ella había visto aquella primera noche en su habitación, sólo que ahora era peor. Pues en ese momento había odio a sí mismo, mezclado con pesar y amarga repulsa. Elena no pudo soportarlo.

—Stefan —susurró, sintiendo que aquella tristeza penetraba en su propia alma.

Aún veía las trazas rojas en sus labios, pero ahora despertaban un estremecimiento de piedad junto con el instintivo horror. Estar tan solo, ser tan distinto y estar tan solo…

—Stefan —musitó.

No hubo ninguna respuesta en aquellos ojos sombríos y extraviados.

—Ven —dijo él en voz baja y la condujo de vuelta hacia la casa.

Stefan sintió un arrebato de vergüenza cuando llegaron al tercer piso y a la destrucción que reinaba en su habitación. Que fuera Elena, precisamente, quien lo viera, resultaba insoportable. Pero, de todos modos, tal vez era también conveniente que viera lo que él era en realidad, lo que podía hacer.

La muchacha avanzó despacio, aturdida, hasta la cama y se sentó. Luego alzó la vista hacia él, los ojos ensombrecidos yendo al encuentro de los suyos.

—Cuéntame —fue todo lo que dijo.

Stefan lanzó una breve risita, sin humor, y vio que ella se echaba hacia atrás. Eso hizo que se odiara aún más.

—¿Qué necesitas saber? —preguntó.

Puso un pie sobre la tapa de un baúl derribado y la miró casi desafiante, indicando la habitación con un ademán.

—¿Quién hizo esto? Yo lo hice.

—Eres fuerte —repuso ella con los ojos puestos en un baúl volcado.

Alzó los ojos, como recordando lo sucedido en el tejado.

—Y te mueves de prisa.

—Más fuerte que un humano —dijo él, poniendo un énfasis deliberado en la última palabra.

¿Por qué no reculaba ante él ahora, por qué no le miraba con la aversión que había visto antes? Ya no le importaba lo que ella pensara.

—Mis reflejos son más veloces y poseo una resistencia mayor. Así debe ser. Soy un cazador —finalizó en tono áspero.

Algo en la mirada de Elena le hizo recordar cómo le había interrumpido la muchacha. Se limpió la boca con el dorso de la mano y luego se apresuró a tomar un vaso de agua que permanecía intacto sobre la mesilla de noche. Sintió los ojos de la joven fijos en él mientras la bebía y volvía a limpiarse la boca. Sí, desde luego que todavía le importaba lo que ella pensara.

—Puedes comer y beber... otras cosas —dijo ella.

—No necesito hacerlo —respondió él en voz baja, sintiéndose cansado y alicaído—. No necesito nada más. —Se volvió de repente y sintió que una apasionada intensidad volvía a alzarse en su interior—. Dijiste que me muevo de prisa..., pero prisa es precisamente lo que nunca tengo. Prisa es lo que tienen los seres vivos, Elena. Prisa para hacer las cosas. Yo tengo todo el tiempo del mundo.

Advirtió que la muchacha temblaba, pero su voz sonó sosegada y sus ojos no se apartaron de los suyos.

—Cuéntame —repitió Elena—. Stefan, tengo derecho a saber.

Reconoció aquellas palabras. Y eran tan ciertas como cuando ella las había pronunciado la primera vez.

—Sí, supongo que así es —repuso, y su voz sonó cansada y dura.

Clavó la mirada en la ventana rota durante unos segundos y luego volvió la cabeza hacia ella y dijo con voz cansina:

—Nací a finales del siglo XV. ¿Lo crees?

Ella miró los objetos que yacían donde él los había esparcido al arrojarlos fuera del escritorio con un violento movimiento del brazo. Los florines, la copa de ágata, su daga.

—Sí —dijo en un susurro—. Sí, lo creo.

—¿Y quieres saber más? ¿Cómo me convertí en lo que soy?

Cuando ella asintió, él se volvió de nuevo hacia la ventana. ¿Cómo podía contárselo? Él, que había evitado las preguntas durante tanto tiempo, que se había convertido en todo un experto en la ocultación y el engaño...

Sólo existía un modo, y era contar toda la verdad, sin ocultar nada. Exponerlo todo ante ella, lo que jamás había explicado a nadie.

Y quería hacerlo. Incluso a pesar de saber que provocaría que ella se apartara de él al final, necesitaba mostrar a Elena lo que era.

Y así, con la vista fija en la oscuridad que reinaba fuera de la ventana, donde resplandores azules iluminaban de vez en cuando el cielo, empezó su relato.

Habló sin apasionamiento, sin emoción, eligiendo las palabras con cuidado. Le habló de su padre, aquel robusto hombre del Renacimiento, y de su mundo en Florencia y en su finca campestre. Le habló de sus estudios y ambiciones. De su hermano, que era tan distinto de él y del rencor que existía entre ellos.

—No sé cuándo empezó a odiarme Damon —dijo—. Fue siempre así desde que puedo recordar. Quizá fue porque mi madre jamás se recuperó realmente de mi nacimiento y murió a los pocos años. Damon la amaba muchísimo y siempre tuve la sensación de que me culpaba. —Hizo una pausa y tragó saliva—. Y luego, más adelante, apareció una muchacha.

—¿Aquella a la que yo te recordaba? —inquirió Elena con suavidad, y él asintió—. ¿La que —dijo con una mayor vacilación— te dio el anillo?

Él echó una ojeada al anillo de plata de su dedo, luego le devolvió la mirada. A continuación, lentamente, sacó el anillo que llevaba colgado de una cadena bajo la camisa y lo miró.

—Sí; éste era su anillo —respondió—. Sin un talismán así, morimos bajo la luz del sol como si estuviéramos en una hoguera.

—Entonces, ¿ella era... como tú?

—Ella me hizo lo que soy.

Con voz entrecortada, le habló de Katherine. De la belleza y la dulzura de Katherine, y de su amor por ella. Y también del de Damon.

—Ella era demasiado dulce, llena de demasiado afecto —dijo por fin, lleno de dolor—. Se lo daba a todo el mundo, incluido mi hermano. Pero finalmente le dijimos que debía elegir entre nosotros. Y entonces... vino a mí.

El recuerdo de aquella noche, de aquella noche dulce y terrible, regresó como un torrente. Ella había ido a él. Y él se había sentido tan feliz, tan lleno de temor reverente y dicha... Intentó explicárselo a Elena, encontrar las palabras. Toda aquella noche había sido feliz, e incluso a la mañana siguiente, cuando despertó y ella se había ido, se había sentido poseído de la mayor de las dichas...

Casi podría haberse tratado de un sueño, pero las dos pequeñas heridas del cuello eran reales. Le sorprendió descubrir que no le dolían y que ya parecían haber cicatrizado parcialmente. El cuello alto de su camisa las ocultaba.

La sangre de Katherine ardía en sus venas ahora, se dijo, y esas mismas palabras hicieron latir aceleradamente su corazón. Le había dado su energía a él; le había elegido.

Incluso tuvo una sonrisa para Damon cuando se encontraron en el lugar designado aquella noche. Damon se había ausentado de la casa todo el día, pero apareció en el jardín meticulosamente ornamentado con escrupulosa puntualidad y se quedó repantigado contra un árbol, ajustándose los puños. Katherine se retrasaba.

—A lo mejor está cansada —sugirió Stefan, contemplando cómo el cielo color melón se fundía en un profundo negro azulado.

Intentó mantener la tímida satisfacción que sentía alejada de su voz.

—A lo mejor necesita más descanso de lo usual.

Damon le dirigió una incisiva mirada, los oscuros ojos taladrantes bajo la mata de cabello negro.

—Quizá —dijo en una nota ascendente que fue elevándose, como si quisiera haber dicho más.

Pero entonces oyeron unas suaves pisadas en el sendero y Katherine apareció entre los setos cuadrados. Llevaba puesto el vestido blanco y estaba tan bella como un ángel.

Dedicó una sonrisa a los dos. Stefan devolvió la sonrisa cortésmente, mencionando su secreto sólo con los ojos. Luego aguardó.

—Me pedisteis que eligiera —dijo ella, mirándole primero a él y luego a su hermano—. Y ahora habéis venido a la hora que indiqué, y os diré qué he elegido.

Alzó la menuda mano, la que lucía el anillo, y Stefan contempló la piedra, advirtiendo que era del mismo azul profundo que el cielo nocturno. Era como si Katherine llevara un pedazo de noche con ella, siempre.

—Ambos habéis visto este anillo —dijo en voz baja—. Y sabéis que sin él moriría. No es fácil conseguir que te hagan un talismán así, pero por suerte mi doncella Gudren es muy lista. Y hay muchos orfebres en Florencia.

Stefan escuchaba sin comprender, pero cuando ella volvió la cabeza hacia él volvió a sonreír, alentador.

—Y por lo tanto —siguió ella, mirándole a los ojos—, he encargado un regalo para ti.

Tomó su mano e introdujo algo en ella, y cuando él miró vio que era un anillo idéntico al de ella, pero más grande y grueso, y forjado en plata en lugar de oro.

—Todavía no lo necesitas para enfrentarte al sol —dijo con dulzura—. Pero muy pronto lo necesitarás.

Orgullo y arrobamiento lo dejaron mudo. Alargó la mano para tomar la de ella y besarla, deseando cogerla en sus brazos en aquel momento, incluso delante de Damon. Pero Katherine se apartaba ya.

—Y para ti —dijo, y Stefan pensó que sus oídos debían de estarle traicionando, pues sin duda la calidez y el cariño en la voz de Katherine no podían ser para su hermano—, para ti, también. Lo necesitarás muy pronto asimismo.

Los ojos de Stefan también debieron de traicionarle, pues le mostraban lo que era imposible, lo que no podía ser. En la mano de Damon, Katherine depositaba un anillo idéntico al suyo.

El silencio que siguió fue absoluto, como el silencio tras el fin del mundo.

—Katherine... —Stefan apenas consiguió hacer salir las palabras—. ¿Cómo puedes darle eso a él? Después de lo que compartimos...

—¿Lo que compartisteis? —La voz de Damon fue como un latigazo, y se revolvió enfurecido contra Stefan—. Anoche ella vino a mí. La elección ya está hecha.

Y Damon tiró hacia abajo del cuello alto de su camisa para mostrar dos heridas diminutas en la garganta. Stefan las contempló atónito, conteniendo las lágrimas. Eran idénticas a sus propias heridas.

Sacudió la cabeza, totalmente desconcertado.

—Pero, Katherine... no fue un sueño. Viniste a mí...

—Fui a veros a ambos.

La voz de la muchacha era tranquila, incluso complacida, y sus ojos estaban serenos. Sonrió a Damon y luego a Stefan, sucesivamente.

—Me ha dejado muy débil, pero me alegro mucho de haberlo hecho. ¿No lo veis? —prosiguió mientras ellos la contemplaban fijamente, demasiado atónitos para hablar—. ¡Ésta es mi elección! Os amo a los dos y no renunciaré a ninguno de vosotros. Ahora los tres estaremos juntos y seremos felices.

—Felices... —dijo Stefan con voz estrangulada.

—¡Sí, felices! Los tres seremos compañeros, compañeros felices para siempre. —Su voz se elevó eufórica, y la luz de una criatura resplandeciente brilló en sus ojos—. ¡Estaremos siempre juntos, sin padecer enfermedades, sin envejecer, hasta el fin de los tiempos! Ésa es mi elección.

—¿Felices... con él?

La voz de Damon temblaba de rabi, y Stefan vio que su por lo general reservado hermano estaba lívido de cólera.

—¿Con ese niño entre nosotros dos, con ese dechado de virtudes zafio y vociferante? Apenas si puedo soportar su vista ahora. ¡Le pido a Dios no volver a verle jamás, no volver a oír su voz jamás!

—Y yo deseo lo mismo respecto a ti, hermano —gruñó Stefan, en tanto que el corazón se le desgarraba en el pecho.

Aquello era culpa de Damon; él había envenenado la mente de Katherine de modo que ésta ya no sabía lo que hacía.

—Y estoy casi decidido a asegurarme de ello —añadió con ferocidad.

Damon le entendió perfectamente.

—Entonces saca tu espada, si puedes encontrarla —siseó como respuesta, con ojos llenos de siniestra amenaza.

—¡Damon, Stefan, por favor! ¡Por favor, no! —gritó Katherine, colocándose entre ellos y sujetando el brazo de Stefan.

La muchacha paseó la mirada de uno a otro, con los ojos azules desorbitados por la conmoción y brillando con lágrimas no derramadas.

—Pensad en lo que decís. Sois hermanos.

—Yo no tengo la culpa de eso —chilló Damon, convirtiendo las palabras en una maldición.

—¿Es que no podéis hacer las paces? ¿Por mí, Damon... Stefan...? Por favor.

Una parte de Stefan quería ablandarse ante la mirada desesperada de Katherine; pero el orgullo herido y los celos eran demasiado fuertes, y sabía que su rostro aparecía tan duro, tan inflexible, como el de Damon.

—No —dijo—. No podemos. Debe ser o uno o el otro, Katherine. Jamás te compartiré con él.

La mano de Katherine se soltó de su brazo y las lágrimas cayeron de sus ojos, grandes gotas que salpicaron su vestido blanco. Contuvo el aliento con un sollozo desgarrador. Luego, sin dejar de llorar, se recogió las faldas y huyó.

—Y entonces Damon tomó el anillo que le había dado y se lo puso —dijo Stefan, la voz ronca por el uso y la emoción—. Y me dijo: «Aún será mía, hermano». Y luego se alejó.

Se dio la vuelta, pestañeando como si hubiese salido a una luz brillante desde la oscuridad y miró a Elena.

La muchacha estaba sentada muy quieta en la cama, contemplándole con aquellos ojos que eran tan parecidos a los de Katherine. Especialmente en ese momento en que estaban llenos de pena y terror. Pero Elena no huyó, le habló.

—Y... ¿qué sucedió luego?

Las manos de Stefan se cerraron violentamente de un modo reflejo y se apartó de repente de la ventana. No, ese recuerdo, no. No podía soportar recordarlo, y mucho menos intentar expresarlo en palabras. ¿Cómo podía hacerlo? ¿Cómo podía arrastrar a Elena a aquella oscuridad y mostrarle las cosas terribles que acechaban allí?

—No —dijo—. No puedo. No puedo.

—Tienes que contármelo —repuso ella con suavidad—. Stefan, es el final de la historia, ¿verdad? Eso es lo que hay detrás de todos tus muros, eso es lo que temes dejarme ver. Pero tienes que dejarme. Stefan, no puedes parar ahora.

Él sintió cómo el horror iba en su busca, el pozo abierto que había visto con tanta claridad, percibido con tanta nitidez aquel día tan lejano. El día en que todo había terminado..., en que todo había empezado.

Sintió que le tomaban la mano, y cuando miró vio los dedos de Elena cerrados sobre ella, dándole calor, dándole fuerzas. Tenía los ojos puestos en los de él.

—Cuéntame.

—¿Quieres saber qué sucedió a continuación, qué fue de Katherine? —murmuró.

Ella asintió, sus ojos casi cegados pero aún firmes.

—Te lo diré, entonces. Murió al día siguiente. Mi hermano Damon y yo la matamos.



Capítulo 14

Elena sintió que se le ponía la carne de gallina al escuchar aquellas palabras.

—No lo dices en serio —dijo con voz temblorosa.

Recordó lo que había visto en el tejado, la sangre que embadurnaba los labios de Stefan, y se obligó a no rehuirle.

—Stefan, te conozco. No podrías haber hecho eso...

Él hizo caso omiso de sus protestas y siguió mirando fijamente con ojos que ardían como hielo verde en el fondo de un glaciar. Miraba a través de ella, a algo situado a una distancia inabarcable.

—Mientras yacía en mi cama aquella noche, aguardé contra toda esperanza que ella acudiera. Empezaba a notar ya algunos cambios en mi persona. Veía mejor en la oscuridad; parecía que oía mejor. Me sentía más fuerte que nunca, lleno de una especie de energía elemental. Y estaba hambriento.

»Era un hambre que jamás había imaginado. Durante la cena descubrí que la comida corriente y la bebida no servían para satisfacerla. No podía comprenderlo. Y entonces vi el cuello blanco de una de las criadas y supe el motivo. —Exhaló prolongadamente, la mirada sombría y torturada—. Esa noche resistí a la necesidad, aunque necesité toda mi fuerza de voluntad. Pensaba en Katherine y rezaba para que viniera a mí. ¡Rezar! —Lanzó una breve risotada—. Si es que una criatura como yo puede rezar.

Los dedos de Elena estaban entumecidos alrededor de la mano del chico, pero ella intentó apretarlos más para confortarle.

—Sigue, Stefan.

No tuvo problemas para seguir entonces. Parecía casi haber olvidado la presencia de la joven, como si se contara la historia a sí mismo.

—A la mañana siguiente, la necesidad era más fuerte. Era como si mis propias venas estuvieran secas y agrietadas, desesperadas por algo de líquido. Comprendí que no lo podría soportar mucho tiempo.

»Fui a los aposentos de Katherine. Mi intención era pedirle, suplicarle... —Su voz se quebró; hizo una pausa y luego siguió—: Pero Damon ya estaba allí, aguardando fuera de sus habitaciones. Me di cuenta de que él no había resistido a la necesidad. El brillo de su piel y el brío con el que

caminaba me lo indicaron. Tenía un aspecto tan satisfecho como el de un gato que se ha comido la nata.

»Pero no había tenido a Katherine. "Llama todo lo que quieras" me dijo, "pero esa fiera de ahí dentro no te dejará entrar. Yo ya lo he probado. ¿Lo intentamos entre tú y yo?"

»No quise responderle. La expresión de su rostro, aquella expresión taimada y ufana, me repelía. Aporreé aquella puerta como para despertar... —Titubeó y luego lanzó otra risa forzada—. Iba a decir "como para despertar a un muerto".

Pero a los muertos no cuesta tanto despertarlos, al fin y al cabo, ¿verdad?

Tras un instante, prosiguió:

—La doncella, Gudren, abrió la puerta. Tenía un rostro que parecía un plato llano blanco y ojos que eran como cristal negro. Le pregunté si podía ver a su señora. Esperaba que me diría que Katherine dormía, pero en su lugar Gudren se limitó a mirarme, luego a Damon, por encima de mi hombro.

»"No se lo quise decir a él" dijo por fin, "pero os lo diré a vos. Mi señora Katerina no está dentro. Salió temprano esta mañana para pasear por los jardines. Dijo que tenía una gran necesidad de pensar."

»Me sorprendió. "¿Temprano esta mañana?", pregunté.

»"Sí", respondió. Nos miró tanto a Damon como a mí sin simpatía. "Mi señora se sentía muy desdichada ayer", dijo con toda intención. "Lloró toda la noche."

«Cuando dijo eso, se apoderó de mí una sensación extraña. No fue simplemente vergüenza y dolor porque Katherine se sintiera tan infeliz. Fue miedo. Olvidé mi hambre y mi debilidad. Incluso olvidé mi enemistad con Damon. Me embargó una gran prisa y una urgencia apremiante. Me volví hacia Damon y le dije que debíamos encontrar a Katherine, y ante mi sorpresa él se limitó a asentir.

»Nos pusimos a registrar los jardines, gritando el nombre de Katherine. Recuerdo exactamente qué aspecto tenía todo aquel día. El sol brillaba sobre los enormes cipreses y los pinos del jardín. Damon y yo avanzamos apresuradamente entre ellos, moviéndonos cada vez más y más de prisa y llamándola. No dejábamos de llamarla...

Elena percibía los temblores del cuerpo de Stefan, que se comunicaban a ella a través de sus dedos que la sujetaban con fuerza. El muchacho respiraba con rapidez pero superficialmente.

—Casi habíamos llegado al final de los jardines cuando recordé un lugar que Katherine adoraba. Se encontraba un poco más allá en el parque y era una pared baja junto a un limonero. Me dirigí allí, gritando su nombre. Pero a medida que me acercaba, dejé de gritar. Sentí... un temor: una premonición terrible. Y supe que no debía... no debía ir...

—¡Stefan! —dijo Elena.

Le estaba haciendo daño, sus dedos se clavaban en los de la muchacha, aplastándolos. Los temblores que corrían por su cuerpo aumentaban, convirtiéndose en estremecimientos.

—¡Stefan, por favor!

Pero no dio señales de haberla oído.

—Fue como... una pesadilla... con todo sucediendo tan despacio. No podía moverme... y sin embargo tenía que hacerlo. Tenía que seguir caminando. Con cada paso el miedo era más fuerte. Podía olerlo. Un olor parecido al de grasa quemada. No debo ir ahí..., no quiero verlo...

Su voz se había tornado aguda y apremiante, la respiración era jadeante. Tenía los ojos muy abiertos y dilatados, igual que un niño aterrorizado. Elena agarró los dedos que la asían como tenazas con la otra mano, envolviéndolos completamente.

—Stefan, todo está bien. No estás allí. Estás aquí conmigo.

—No quiero verlo..., pero no puedo evitarlo. Hay algo blanco. Algo blanco bajo el árbol. ¡No me obligues a mirarlo!

—¡Stefan, Stefan, mírame!

Era incapaz de oírla, y sus palabras surgían en violentos espasmos, como si no pudiera controlarlas, no pudiera sacarlas lo bastante rápido.

—No puedo acercarme más..., pero lo hago. Veo el árbol, la pared. Y eso blanco. Detrás del árbol. Blanco con dorado debajo. Y entonces lo sé, lo sé, y avanzo hacia ello porque es su vestido. El vestido blanco de Katherine. Y doy la vuelta al árbol y lo veo en el suelo y es verdad. Es el vestido de Katherine... —su voz se elevó y quebró en un horror inimaginable—, pero Katherine no está dentro de él.

Elena sintió un escalofrío, como si hubieran sumergido su cuerpo en agua helada. Se le puso la carne de gallina e intentó hablarle, pero no pudo. Él seguía parloteando como si pudiera mantener alejado el terror si no dejaba de hablar.

—Katherine no está ahí, de modo que tal vez todo sea una broma, pero su vestido está en el suelo y está lleno de cenizas. Como las cenizas en la chimenea, igual que ellas, sólo que éstas huelen a carne quemada. Apestan. El olor me provoca náuseas y me marea. Junto a la manga del vestido hay una hoja de pergamino. Y sobre una roca, sobre una roca un poco más allá, hay un anillo. Un anillo con una piedra azul, el anillo de Katherine. El anillo de Katherine... —De improviso, Stefan gritó con una voz terrible—: Katherine, ¿qué has hecho?

Luego cayó de rodillas, soltando por fin los dedos de Elena, para enterrar el rostro entre las manos.

Elena lo sostuvo cuando unos sollozos incontrolables se adueñaron de él, y le sujetó los hombros, apretándole contra su regazo.

—Katherine se quitó el anillo —murmuró Elena, no era una pregunta—. Se expuso al sol.

Los violentos sollozos de Stefan siguieron imparables, mientras ella lo sujetaba contra la larga falda del vestido azul, acariciando sus hombros estremecidos. Murmuró algunas palabras destinadas a consolarle, apartando de sí misma su propio horror. Y finalmente él se tranquilizó y alzó la cabeza. Habló con voz pastosa, pero parecía haber regresado al presente, haber vuelto en sí.

—El pergamino era una nota, para mí y para Damon. Decía que había sido egoísta al querer tenernos a los dos. Decía... que no podía soportar ser causa de rivalidad entre nosotros. Esperaba que una vez que ya no estuviera dejaríamos de odiarnos el uno al otro. Lo hizo para unirnos.

—Stefan —musitó Elena, sintiendo que lágrimas ardientes y solidarias inundaban sus propios ojos—. Stefan, lo siento mucho. Pero ¿no te das cuenta, después de todo este tiempo, que lo que hizo Katherine estuvo mal? Fue egoísta, incluso, y fue su elección. En cierto modo, no tuvo nada que ver contigo ni con Damon.

Stefan sacudió la cabeza como para expulsar la verdad de aquellas palabras.

—Dio su vida... por eso. Nosotros la matamos.

Estaba sentado muy erguido ya. Pero los ojos seguían dilatados, como enormes discos negros y parecía un niño pequeño desconcertado.

—Damon se me acercó por detrás. Tomó la nota y la leyó. Y entonces... creo que se volvió loco. Estábamos locos los dos. Yo había recogido el anillo de Katherine y él intentó arrebatármelo. No debería haberlo hecho. Forcejeamos. Nos dijimos cosas terribles el uno al otro. Cada uno culpó al otro por lo sucedido. No recuerdo cómo regresamos a la casa; pero de repente yo empuñaba mi espada. Peleábamos. Yo quería destruir aquel rostro arrogante para siempre, matarle. Recuerdo a mi padre gritando desde la casa. Peleamos con mayor energía, para acabar el combate antes de que él llegara junto a nosotros.

»Y estábamos muy igualados. Pero Damon siempre había sido más fuerte, y aquel día parecía más veloz también, como si hubiese cambiado más de lo que había cambiado yo. Y así, mientras mi padre seguía gritando desde la ventana, sentí que la hoja de Damon rebasaba mi guardia. Luego sentí cómo penetraba en mi corazón.

Elena le miró horrorizada, pero él siguió sin interrupción.

—Sentí el dolor del acero, sentí cómo penetraba en mi interior, hundiéndose profundamente. Atravesándome de punta a punta, en una violenta estocada. Y entonces las fuerzas me abandonaron y caí. Me quedé tumbado allí sobre el suelo enlosado.

Alzó los ojos hacia Elena y finalizó con sencillez:

—Y así es como... morí.

Elena se quedó allí sentada, paralizada, como si el hielo que había sentido en el pecho a primeras horas de la noche se hubiera vertido al exterior y la hubiese atrapado.

—Damon se acercó, se detuvo a mi lado y se inclinó. Yo oía los gritos lejanos de mi padre y los chillidos de los criados, pero todo lo que podía ver era el rostro de Damon. Aquellos ojos negros que eran como una noche sin luna. Quise hacerle daño por lo que me había hecho. Por todo lo que nos había hecho a mí y a Katherine. —Stefan permaneció callado un momento, y luego dijo, casi como en un sueño—: Y así alcé mi espada y le maté. Con mis últimas fuerzas, le atravesé el corazón a mi hermano.

La tormenta había seguido su camino, y por la ventana rota Elena oía los quedos sonidos de la noche, el chirrido de los grillos, el viento moviéndose entre los árboles. En la habitación de Stefan todo estaba muy silencioso.

—No supe nada más hasta que desperté en mi tumba —dijo Stefan.

Se recostó hacia atrás, apartándose de ella, y cerró los ojos. Tenía el rostro contraído y cansado, pero aquella horrible ensoñación infantil había desaparecido.

—Tanto Damon como yo teníamos en nuestro interior justo la cantidad suficiente de sangre de Katherine como para impedirnos morir de verdad. En lugar de ello, cambiamos. Despertamos juntos en nuestro sepulcro, vestidos con nuestras mejores ropas, colocados sobre losas uno al lado del otro. Estábamos demasiado débiles para seguir haciéndonos daño; la sangre había sido apenas suficiente. Y estábamos aturdidos. Llamé a Damon, pero corrió afuera y se perdió en la noche.

»Por suerte, nos habían enterrado con los anillos que Katherine nos había dado. Y hallé su anillo en mi bolsillo. —Como de un modo inconsciente, Stefan alzó la mano para acariciar el aro de oro—. Supongo que pensaron que me lo había dado.

»Intenté ir a casa, lo que fue una idiotez. Los criados chillaron al verme y corrieron a buscar a un sacerdote. Huí también al único lugar en el que estaba a salvo, a la oscuridad.

»Y ahí es donde he permanecido desde entonces. Es a donde pertenezco, Elena. Maté a Katherine con mi orgullo y mis celos, y maté a Damon con mi odio. Pero hice algo peor que matar a mi hermano. Lo condené.

»De no haber muerto entonces, con la sangre de Katherine tan fuerte en sus venas, habría tenido una oportunidad. Con el tiempo, la sangre se habría debilitado y luego desaparecido. Se habría vuelto a convertir en un humano normal. Al matarle entonces, le condené a vivir en la noche. Le arrebaté su única posibilidad de salvación.

Rió con amargura.

—¿Sabes qué significa el nombre de Salvatore en italiano, Elena? Significa salvación, salvador. Yo me llamo así, y mi nombre de pila lo llevo

en recuerdo de San Esteban, el primer mártir cristiano. Y condené a mi hermano al infierno.

—No —replicó Elena, y luego, con voz más enérgica, dijo—, no, Stefan. Él se condenó a sí mismo. Él te mató a ti. Pero ¿qué le sucedió después de eso?

—Durante un tiempo se unió a las Compañías Libres, mercenarios despiadados que se dedicaban a robar y saquear. Vagó por todo el país con ellos, peleando y bebiendo la sangre de sus víctimas.

»Yo vivía fuera de las puertas de la ciudad por entonces, medio muerto de hambre, alimentándome de animales, un animal yo mismo. Durante mucho tiempo no supe nada de Damon. Luego, un día oí su voz en mi mente.

»Era más fuerte que yo, porque bebía sangre humana. Y mataba. Los humanos poseen la esencia vital más poderosa, y su sangre proporciona poder. Y cuando los matan, de algún modo la esencia vital que proporcionan es la más fuerte de todas. Es como si en esos últimos instantes de terror y lucha el alma estuviera más llena de vitalidad que nunca. Como Damon mataba humanos, podía hacer uso de los Poderes más que yo.

—¿Qué... poderes? —inquirió Elena, mientras una idea iba tomando cuerpo en su cabeza.

—Fuerza, como dijiste, y rapidez. Una agudización de los sentidos, en especial de noche. Ésos son los básicos. También podemos... percibir mentes. Podemos detectar su presencia, y en ocasiones la naturaleza de sus pensamientos. Podemos proyectar confusión en mentes más débiles, bien para aplastarlas o para doblegarlas a nuestra voluntad. Existen otros. Con suficiente sangre humana, somos capaces de cambiar de aspecto, de convertirnos en animales. Y cuanto más se mata, más fuertes se vuelven todos los Poderes.

»La voz de Damon en mi mente era muy poderosa. Dijo que ahora era el *condottieri* de su propia compañía y que regresaba a Florencia. Dijo que si estaba allí cuando llegara, me mataría. Le creí y me marché. Le he visto una o dos veces desde entonces. La amenaza es siempre la misma, y él siempre es más poderoso. Damon ha sacado todo el provecho posible a su naturaleza, y parece regodearse con su lado más oscuro.

»Pero también es mi naturaleza. La misma oscuridad habita en mi interior. Pensé que podría vencerla, pero me equivoqué. Por eso vine aquí, a Fell's Church. Pensé que si me instalaba en una ciudad pequeña, muy lejos de los viejos recuerdos, podría escapar a la oscuridad. Y en lugar de ello, esta noche, maté a un hombre.

—No —dijo Elena con energía—. No creo eso, Stefan.

Su relato la había llenado de horror y piedad... y también miedo. Lo admitía, pero su repugnancia había desaparecido y había una cosa de la que estaba absolutamente segura: Stefan no era un asesino.

—¿Qué sucedió esta noche, Stefan? ¿Discutiste con el señor Tanner?

—No... no lo recuerdo —respondió él, sombrío—. Usé el Poder para persuadirle de que hiciera lo que queríais. Luego me fui. Pero más tarde sentí que el mareo y la debilidad me embargaban. Como ha sucedido ya antes. —Alzó los ojos para mirarla a la cara—. La última vez que sucedió fue en el cementerio, justo al lado de la iglesia, la noche que atacaron a Vickie Bennett.

—Pero tú no lo hiciste. Tú no podrías haber hecho eso... ¿Stefan?

—No lo sé —repuso él con aspereza—. ¿Qué otra explicación hay? Y sí tomé sangre de aquel viejo bajo el puente, la noche que vosotras salisteis huyendo del cementerio. Y habría jurado que no tomé suficiente para hacerle daño, pero estuvo a punto de morir. Y estaba allí cuando atacaron tanto a Vickie como a Tanner.

—Pero no recuerdas haberles atacado —indicó Elena, aliviada.

La idea que había ido creciendo en su mente era ya casi una certeza.

—¿Qué importa eso? ¿Qué otra persona podría haberlo hecho, si no fui yo?

—Damon —dijo Elena.

Él se estremeció, y la muchacha vio que sus hombros volvían a tensarse.

—Es una bonita idea. Al principio esperaba que existiera alguna explicación parecida. Que podría tratarse de alguien más, alguien como mi hermano. Pero he buscado con la mente y no he encontrado nada, ninguna otra presencia. La explicación más sencilla es que yo soy el asesino.

—No —replicó Elena—, no lo comprendes. No me refiero simplemente a que alguien como Damon puede haber hecho las cosas que hemos visto. Me refiero a que Damon está aquí, en Fell's Church. Le he visto.

Stefan se limitó a mirarla fijamente.

—Tiene que ser él —siguió Elena, aspirando profundamente—. Le he visto dos veces ya, puede que tres. Stefan, acabas de contarme una larga historia, y ahora yo tengo que contarte otra.

Con toda la rapidez y la sencillez de que fue capaz, le habló de lo sucedido en el gimnasio y en casa de Bonnie. Los labios del joven se tensaron en una línea blanca mientras le contaba cómo Damon había intentado besarla. A Elena le ardieron las mejillas al recordar su propia respuesta, el modo en que había estado a punto de ceder ante él. Pero se lo contó todo a Stefan.

También lo del cuervo y las otras cosas extrañas que habían sucedido desde su vuelta de Francia.

—Y, Stefan, creo que Damon estaba en la Casa Encantada esta noche —finalizó—. Justo después de que te sintieras mareado en la habitación de delante, alguien pasó por mi lado. Iba disfrazado como... como la Muerte,

con una túnica negra y capucha, y no pude verle el rostro. Pero algo en el modo en que se movía me resultó familiar. Era él, Stefan. Damon estuvo allí.

—Pero eso seguiría sin explicar las otras veces. Vickie y el anciano. Sí tomé sangre del anciano.

El rostro de Stefan estaba tirante, como si casi le asustara tener una esperanza.

—Pero tú mismo dijiste que no tomaste suficiente para perjudicarle. Stefan, ¿quién sabe qué le sucedió a aquel hombre después de que te fueras? ¿No sería la cosa más fácil del mundo para Damon atacarle entonces? En especial si Damon te ha estado espiando todo el tiempo, tal vez bajo otra forma...

—Como un cuervo —murmuró él.

—Como un cuervo. Y en cuanto a Vickie... Stefan, dijiste que puedes proyectar confusión en mentes más débiles, dominarlas. ¿No podría ser eso lo que Damon te hacía? ¿Dominar tu mente del mismo modo que tú puedes dominar la de un humano?

—Sí, y ocultarme su presencia. —La voz de Stefan mostraba una excitación creciente—. Por eso no ha respondido a mis llamadas. Quería...

—Quería justo que sucediera lo que ha sucedido. Quería que dudaras de ti mismo, que pensaras que eres un asesino. Pero no es cierto, Stefan. Ah, Stefan, ahora lo sabes, y ya no tienes que sentir miedo.

Se puso en pie, sintiendo correr por su interior alegría y alivio. De aquella noche espantosa había salido algo maravilloso.

—Por eso te has estado mostrando tan distante conmigo, ¿verdad? —dijo, extendiendo las manos hacia él—. Porque tienes miedo de lo que puedas hacer. Pero eso ya no es necesario.

—¿No es necesario?

Volvía a respirar aceleradamente y observaba las manos extendidas de Elena como si fueran dos serpientes.

—¿Crees que no hay motivo para sentir miedo? Puede que Damon haya atacado a esas personas, pero no controla mis pensamientos. Y no sabes qué he pensado sobre ti.

Elena mantuvo la voz tranquila.

—Tú no quieres hacerme daño —dijo en tono concluyente.

—¿No? Ha habido momentos, cuando te contemplaba en público, en los que apenas podía soportar no tocarte. En los que me sentía tan tentado por tu blanca garganta, esa pequeña garganta blanca con las venas de un azul tenue bajo la piel...

Sus ojos estaban fijos en su cuello de un modo que le recordó los ojos de Damon, y sintió que los latidos de su corazón se intensificaban.

—Momentos en los que pensé en asirte y tomarte por la fuerza allí mismo en la escuela.

—No hay necesidad de tomarme por la fuerza —dijo Elena, que sentía los latidos del corazón por todo su cuerpo en aquellos momentos; en las muñecas y en la parte interior de los codos... y en la garganta—. He tomado una decisión, Stefan —dijo en voz baja, reteniendo su mirada—. Quiero hacerlo.

Él tragó saliva con dificultad.

—No sabes lo que pides.

—Creo que sí. Me contaste cómo fue con Katherine, Stefan. Quiero que sea así con nosotros. No me refiero a que quiera que me cambies. Pero podemos compartir un poco sin que eso suceda, ¿verdad? Sé —añadió con más dulzura aún— lo mucho que amabas a Katherine. Pero ella se ha ido y yo estoy aquí. Y te quiero, Stefan. Deseo estar contigo.

—¡No sabes de lo que hablas! —Estaba de pie, rígido, con el rostro enfurecido y la mirada angustiada—. Si me dejo ir una vez, ¿qué va a impedirme cambiarte o matarte? La pasión es más fuerte de lo que puedes imaginar. ¿No comprendes aún lo que soy, lo que puedo hacer?

Ella permaneció allí quieta y le contempló en silencio, con la barbilla ligeramente alzada. Aquello pareció enfurecerle.

—¿No has visto suficiente aún? ¿O acaso debo mostrarte más? ¿Es que no eres capaz de imaginar lo que podría hacerte?

Fue a grandes zancadas hacia la apagada chimenea y agarró un largo tronco de madera, más grueso que las dos muñecas de Elena juntas. Con un movimiento, lo partió en dos como si fuera una cerilla.

—Tus frágiles huesos —declaró.

En el otro lado de la habitación había una almohada procedente de la cama; la levantó y, asestándole una cuchillada con las uñas, dejó la funda de seda hecha jirones.

—Tu suave piel.

Luego fue hacia Elena con una rapidez sobrenatural; estaba allí y le sujetaba los hombros antes de que ella supiera lo que pasaba. La miró fijamente a la cara por un momento, luego, con un siseo salvaje que le puso de punta los pelos del cogote, echó los labios hacia atrás.

Era el mismo gruñido que la muchacha había visto en el tejado, aquellos dientes blancos al descubierto, los colmillos afilados y de una longitud increíble. Eran los colmillos de un depredador, de un cazador.

—Tu blanco cuello —dijo con una voz distorsionada.

Elena permaneció paralizada otro instante, contemplando como obligada aquel semblante escalofriante, y entonces algo en las profundidades de su inconsciente tomó el control. Alzó los brazos por el interior del restrictivo círculo de los suyos y le cogió el rostro entre las manos. Sintió sus mejillas frías contra las palmas de sus manos. Le sujetó

así, con suavidad, con mucha suavidad, como si le reconviniera por la fuerza con que la agarraba por los hombros desnudos. Y vio cómo la confusión aparecía lentamente en la cara del muchacho, a medida que éste comprendía que ella no hacía aquello para oponerse o apartarle.

Elena aguardó hasta que la confusión alcanzó los ojos de Stefan, haciendo añicos su mirada, convirtiéndose casi en una expresión suplicante. Ella sabía que su propio rostro no mostraba temor, que era afectuoso y a la vez intenso, con los labios ligeramente separados. Ambos respiraban rápidamente ya, juntos, al mismo ritmo. Elena lo percibió cuando él empezó a estremecerse, temblando como lo había hecho cuando los recuerdos de Katherine habían ido más allá de lo que podía soportar. Entonces, con mucha ternura y parsimonia, atrajo aquella boca contorsionada en un gruñido hacia la suya.

Él intentó oponerse. Pero la delicadeza de la muchacha era más fuerte que toda su energía inhumana. Elena cerró los ojos y pensó sólo en Stefan, no en las cosas espantosas que había averiguado esa noche, sino en Stefan, que había acariciado sus cabellos con la misma suavidad que si temiera que ella fuera a quebrarse en sus brazos. Pensó en eso y besó la boca de depredador que la había amenazado hacía unos pocos minutos.

Notó el cambio, la transformación en su boca mientras él cedía, respondiendo impotente a ella, devolviendo sus dulces besos con idéntica suavidad. Sintió cómo el escalofrío recorría el cuerpo de Stefan a medida que la fuerte presión de las manos del joven sobre sus hombros se relajaba también, convirtiéndose en un abrazo. Y supo que había vencido.

—Nunca me harás daño —murmuró Elena.

Fue como si alejaran a besos todo el miedo, la desolación y la soledad de su interior. Elena sintió que la pasión corría por su interior como un trallazo, y percibió el mismo sentimiento en Stefan. Pero infundiendo todo lo demás había una ternura casi aterradora en su intensidad. No había necesidad de precipitación ni brusquedad, se dijo Elena mientras Stefan la guiaba con delicadeza para que se sentara.

Gradualmente, los besos se tornaron más apremiantes, y Elena sintió cómo el trallazo recorría todo su cuerpo, cargándolo, haciendo que su corazón latiera desbocado y su respiración se entrecortara. Hizo que se sintiera extrañamente dúctil y mareada, que cerrara los ojos y dejara que su cabeza cayera hacia atrás sin fuerzas.

«Es hora, Stefan», pensó. Y, con suma delicadeza, atrajo de nuevo la boca del muchacho hacia abajo, en esta ocasión hacia su garganta. Sintió cómo sus labios rozaban su piel, sintió su aliento cálido y frío a la vez. Y luego, un pinchazo agudo.

Pero el dolor desapareció casi al instante, reemplazado por una sensación de placer que la hizo estremecer. Un gran torrente de dulzura la inundó, fluyendo a través de ella hacia Stefan.

Finalmente se encontró mirándole a la cara, a una cara que por fin ya no tenía barreras contra ella, ni muros. Y la mirada que vio allí la hizo sentir débil.

—¿Confías en mí? —murmuró él.

Y cuando ella se limitó a asentir, él le sostuvo la mirada y alargó la mano en busca de algo junto a la cama. Era la daga. Elena la contempló sin temor y luego volvió a fijar los ojos en el rostro de Stefan.

Él no desvió la mirada ni un momento de ella mientras desenvainaba el arma y efectuaba un pequeño corte en la base de su garganta. Elena lo contempló boquiabierta, contempló la sangre brillante como bayas de acebo, pero cuando él la instó a acercarse no intentó resistirse.

Después, Stefan se limitó a abrazarla durante un buen rato, mientras los grillos del exterior interpretaban su música. Finalmente, se movió.

—Ojalá te pudieras quedar aquí —susurró—. Ojalá pudieras quedarte para siempre. Pero no puedes.

—Lo sé —respondió ella, con voz igualmente queda.

Los ojos de ambos volvieron a encontrarse en silenciosa comunión. Había tanto que decir, tantas razones para estar juntos...

—Mañana —dijo ella; luego, recostándose en su hombro, susurró—, pase lo que pase, Stefan, estaré a tu lado. Dime que lo crees.

Su voz sonó baja, amortiguada por los cabellos de la muchacha.

—Ah, Elena, lo creo. Pase lo que pase, estaremos juntos.



Capítulo 15

En cuanto dejó a Elena en su casa, Stefan fue al bosque.

Tomó la carretera de Oíd Creek y condujo bajo las sombrías nubes, a través de las cuales no se distinguía ni un retazo de cielo, hasta el lugar donde había aparcado el primer día del curso.

Dejó el coche e intentó volver sobre sus pasos exactamente hasta el claro donde había visto el cuervo. Su instinto de cazador le ayudó, recordando la forma de ese matorral y aquella raíz nudosa, hasta que se encontró en el espacio despejado rodeado por antiguos robles.

Allí. Bajo aquel manto de hojas de un marrón deslucido, incluso aún podrían quedar algunos huesos del conejo.

Aspirando con fuerza para tranquilizarse, para reunir sus Poderes, lanzó un pensamiento inquisitivo para sondear la zona.

Y, por primera vez desde su llegada a Fell's Church, percibió el parpadeo de una respuesta. Pero parecía débil y titubeante, y no consiguió localizarla en el espacio.

Suspiró y giró... y se detuvo en seco.

Damon estaba de pie ante él, con los brazos cruzados sobre el pecho, recostado en el roble de mayor tamaño. Daba la impresión de que podría llevar horas allí.

—Así pues —dijo Stefan con un jadeo—, es cierto. Ha transcurrido mucho tiempo, hermano.

—No tanto como tú crees, hermano.

Stefan recordó aquella voz, aquella voz aterciopelada e irónica.

—Te he estado siguiendo el rastro a lo largo de los años —comentó Damon con calma.

Se sacudió un trozo de corteza de la manga de su chaqueta de cuero con la misma tranquilidad con la que se había arreglado los puños de brocado en el pasado.

—Pero claro, tú no podías saberlo, ¿verdad? Ah, no, tus Poderes son tan débiles como siempre.

—Ten cuidado, Damon —replicó Stefan en un tono quedo que sonó lleno de amenaza—. Ten mucho cuidado esta noche. No estoy de muy buen humor.

—¿San Stefan resentido? Figúrate. Te sientes consternado, supongo, debido a mis pequeñas excursiones a tu territorio. Sólo lo hice porque quería estar cerca de ti. Los hermanos deberían estar unidos.

—Mataste esta noche. E intentaste hacerme creer que lo había hecho yo.

—¿Estás seguro de que no lo hiciste realmente? A lo mejor lo hicimos juntos. ¡Ten cuidado! —dijo cuando Stefan dio un paso hacia él—. Mi estado de ánimo tampoco es el mejor del mundo esta noche. Yo sólo tuve a un marchito profesor de historia; tú tuviste a una linda chica.

La furia en el interior de Stefan se fusionó, pareciendo concentrarse en un brillante punto ardiente, como un sol en su interior.

—Mantente alejado de Elena —murmuró con tal amenaza en la voz que Damon incluso inclinó la cabeza atrás ligeramente—. Mantente alejado de ella, Damon. Sé que la has estado espiando, observándola. Pero se acabó. Vuelve a acercarte a ella y lo lamentarás.

—Siempre fuiste un egoísta. Tú único defecto. No estás dispuesto a compartir nada, ¿no es cierto? —De improviso, los labios de Damon se curvaron en una sonrisa excepcionalmente hermosa—. Pero, por suerte, la encantadora Elena es más generosa. ¿No te habló de nuestro pequeño *affaire*? Vaya, pero si la primera vez que nos vimos casi se me entregó allí mismo.

—¡Eso es una mentira!

—Claro que no, querido hermano. Jamás miento sobre nada importante. ¿O quiero decir sin importancia? De todos modos, tu hermosa damisela casi se desvaneció en mis brazos. Creo que le gustan los hombres vestidos de negro.

Mientras Stefan le contemplaba fijamente, intentando controlar la respiración, Damon añadió, casi con delicadeza:

—Te equivocas respecto a ella, ¿sabes? Crees que es dulce y dócil, como Katherine. No lo es. No es tu tipo en absoluto, mi santurrón hermano. Tiene un espíritu y un fuego en su interior con los que tú no sabrías qué hacer.

—Y tú sí sabrías, supongo.

Damon descruzó los brazos y lentamente volvió a sonreír.

—Ya lo creo.

Stefan quiso saltar sobre él, aplastar aquella hermosa sonrisa arrogante, desgarrarle el cuello a su hermano, pero dijo en una voz apenas bajo control:

—Tienes razón en una cosa. Es fuerte. Lo bastante fuerte para rechazarte. Y ahora que sabe lo que realmente eres, lo hará. Todo lo que siente por ti ahora es repugnancia.

Las cejas de Damon se enarcaron.

—¿Siente eso ahora? Ya nos ocuparemos de ello. Tal vez encontrará que la auténtica oscuridad es más de su gusto que el débil crepúsculo. Yo, al menos, soy capaz de admitir la verdad sobre mi naturaleza. Pero me preocupas, hermanito. Tienes un aspecto endeble y mal alimentado. Es provocativa, ¿verdad?

«Mátalo», exigió algo en la mente de Stefan. «Mátalo, pártele el cuello, desgarra su garganta en sangrientos jirones.» Pero sabía que Damon se había alimentado muy bien esa noche. La oscura aura de su hermano estaba hinchada, palpitante, brillando casi con la esencia vital que había tomado.

—Sí, bebí mucho —dijo Damon en tono agradable, como si supiera lo que pasaba por la mente de su hermano; suspiró y se pasó la lengua por los labios en señal de satisfacción—. Era pequeño, pero había una sorprendente cantidad de jugo en él. No era guapo como Elena y, desde luego, no olía tan bien. Pero siempre es estimulante sentir la sangre nueva zumbando en tu interior.

Damon respiró con fuerza, apartándose del árbol y mirando a su alrededor. Stefan recordaba también aquellos movimientos gráciles, cada gesto controlado y preciso. Los siglos sólo habían refinado el porte natural de Damon.

—Me dan ganas de hacer esto —dijo Damon, acercándose a un árbol joven situado a unos pocos metros de distancia.

Era el doble de alto que él, y cuando lo agarró sus dedos no pudieron abarcar el tronco. Pero Stefan vio la veloz respiración y la ondulación de los músculos bajo la delgada camisa negra de su hermano, y entonces el árbol se soltó del suelo, con las raíces balanceándose en el aire. Stefan olió la humedad acre de la tierra removida.

—No me gustaba aquí, de todos modos —indicó Damon, y lo trasladó con un tremendo esfuerzo tan lejos como permitieron las raíces aún enredadas; a continuación sonrió con gracia—. También tengo ganas de hacer esto otro.

Hubo un fulgor de movimiento, y luego Damon ya no estaba. Stefan miró a su alrededor, pero no vio ni rastro de él.

—Aquí arriba, hermano.

La voz procedía de lo alto, y cuando Stefan alzó la mirada, vio a Damon posado entre las ramas extendidas del roble. Se oyó un susurro de hojas rojizas, y su hermano volvió a desaparecer.

—Aquí detrás, hermano.

Stefan se volvió en redondo al sentir el golpecito en la espalda, pero no vio nada detrás de él.

—Justo aquí, hermano.

De nuevo se dio la vuelta.

—No, prueba aquí.

Furioso, Stefan se volvió violentamente en dirección opuesta, intentando atrapar a Damon. Pero sus dedos se cerraron únicamente en el aire.

«Aquí, Stefan.» En esa ocasión la voz estaba en su mente, y su Poder le estremeció hasta la médula. Era necesaria una energía enorme para proyectar pensamientos con aquella claridad. Lentamente, volvió a girar en redondo, y se encontró con Damon en su posición original, recostado en el enorme roble.

Pero en esos momentos el humor de aquellos ojos oscuros se había esfumado. Eran negros e insondables, y los labios de su hermano estaban dispuestos en línea recta.

«¿Qué más pruebas necesitas, Stefan? Mi fuerza es tan superior a la tuya como la tuya es superior a la de estos lastimosos humanos. También soy más veloz que tú, y tengo otros Poderes de los que apenas has oído hablar. Los Viejos Poderes, Stefan. Y no me asusta utilizarlos. Los usaré contra ti.»

—¿Para eso viniste aquí? ¿Para torturarme?

«He sido misericordioso contigo, hermano. He podido matarte en muchas ocasiones, pero siempre te he perdonado la vida. Pero esta vez es diferente.»

Damon volvió a apartarse del árbol y habló en voz alta:

—Te estoy advirtiendo, Stefan, no te opongas a mí. No importa para lo que vine aquí. Lo que quiero ahora es a Elena. Y si intentas impedir que la haga mía, te mataré.

—Inténtalo —replicó él.

El ardiente puntito de furia de su interior llameaba con más intensidad que nunca, emitiendo tanto fulgor como toda una galaxia de estrellas. De algún modo, supo que él amenazaba la oscuridad de Damon.

—¿Piensas que no puedo hacerlo? Nunca aprendes, ¿verdad, hermanito?

Stefan tuvo apenas el tiempo justo de advertir el cansino movimiento de cabeza de Damon antes de que se produjera otro movimiento borroso y sintiera cómo unas manos poderosas lo agarraban. Se debatió al instante, con violencia, intentando con todas sus fuerzas arrancarlas de él; pero eran como unas manos de acero.

La emprendió a golpes con furia, intentando alcanzar la zona vulnerable situada bajo la mandíbula de su hermano. No sirvió de nada; le sujetaron los brazos a la espalda, le inmovilizaron el cuerpo. Estaba tan impotente como un pájaro bajo las garras de un gato ágil y experto.

Se relajó por un instante, convirtiéndose en un peso muerto, y luego de repente hinchó todos sus músculos, intentando liberarse, intentando asestar un golpe. Las crueles manos se limitaron a apretar con más fuerza, convirtiendo sus esfuerzos en inútiles, patéticos.

«Siempre fuiste obstinado. A lo mejor esto te convencerá.» Stefan contempló fijamente el rostro de su hermano, pálido como las ventanas de

cristal esmerilado de la casa de huéspedes, y aquellos ojos negros e infinitos. Entonces sintió que unos dedos agarraban sus cabellos y echaban su cabeza hacia atrás violentamente, dejando la garganta al descubierto.

Sus forcejeos se redoblaron, se tornaron frenéticos. «No te molestes», dijo la voz en su cabeza, y entonces sintió el agudo dolor desgarrador de unos dientes. Sintió la humillación y la impotencia de la víctima del cazador, de la presa. Y luego el dolor de la sangre al ser extraída contra su voluntad.

Se negó a ceder a ello, y el dolor empeoró, fue como si le arrancaran el alma del mismo modo que habían arrancado el arbolillo. Lo acuchilló igual que lanzas de fuego, concentrándose en las perforaciones de su carne donde se habían hundido los dientes de Damon. Un dolor desesperado llameó ascendiendo por su mandíbula y su mejilla y descendiendo por el pecho y el hombro. Sintió una oleada de vértigo y comprendió que perdía el conocimiento.

Entonces, bruscamente, las manos lo soltaron y cayó al suelo, sobre un lecho de hojas de roble húmedas y en descomposición. Dando boqueadas, consiguió izarse sobre las manos y las rodillas.

—Como ves, hermanito, soy más fuerte que tú. Lo bastante fuerte para tomar tu sangre y tu vida si lo deseo. Déjame a Elena, o lo haré.

Stefan alzó los ojos. Damon estaba de pie con la cabeza echada hacia atrás y las piernas ligeramente separadas, como un conquistador colocando el pie sobre el cuello del conquistado. Aquellos ojos negros como la noche ardían triunfales, y sus labios mostraban la sangre de su hermano.

El odio embargó a Stefan, un odio que nunca había conocido. Fue como si todo su odio anterior hacia Damon hubiese sido una gota de agua comparado con aquel océano estrepitoso y espumeante. Muchas veces en los pasados e interminables siglos había lamentado lo que había hecho a su hermano y había deseado con toda su alma cambiarlo. En aquellos momentos sólo deseaba volver a hacerlo.

—Elena no es tuya —chilló, poniéndose en pie mientras intentaba no mostrar el esfuerzo que le suponía—, y jamás lo será.

Concentrándose en cada paso, poniendo un pie delante del otro, empezó a alejarse. Le dolía todo el cuerpo y la vergüenza que sentía era aún mayor que el sufrimiento físico. Había pedazos de hojas mojadas y trozos de tierra adheridos a sus ropas, pero no se los sacudió. Luchó por seguir moviéndose, por resistir a la debilidad que lamía sus piernas.

«Nunca aprendes, hermano.»

Stefan no volvió la cabeza ni intentó responder. Apretó los dientes y mantuvo las piernas en movimiento. Otro paso. Y otro paso. Y otro paso.

Si sólo pudiera sentarse un momento, descansar...

Otro paso, y otro paso más. El coche ya no podía estar lejos. Crujieron hojas bajo sus pies, y entonces oyó crujir hojas detrás de él.

Intentó correr de prisa, pero sus reflejos casi habían desaparecido. Y el violento movimiento fue demasiado para él. La oscuridad le invadió, ocupó su cuerpo y su mente, y sintió que caía. Cayó sin fin en la oscuridad de la noche absoluta. Y luego, por suerte, ya no supo nada más.



Capítulo 16

Elena marchaba a toda prisa hacia el instituto Robert E. Lee, sintiendo como si llevara años sin aparecer por allí. La noche anterior parecía igual que algo de su lejana infancia, apenas recordado. Pero sabía que ese día tendría que enfrentarse a sus consecuencias.

La noche anterior había tenido que enfrentarse a tía Judith. Ella se había sentido terriblemente trastornada cuando unos vecinos le hablaron sobre el asesinato, y más trastornada aún por el hecho de que nadie parecía saber dónde estaba su sobrina. Cuando Elena llegó por fin a casa, cerca de las dos de la madrugada, su tía estaba muerta de preocupación.

Elena no había sido capaz de dar una explicación. Sólo podía decir que había estado con Stefan, que sabía que lo habían acusado y que sabía que era inocente. Todo el resto, todo lo demás que había sucedido, tuvo que guardárselo para sí. Incluso aunque tía Judith la hubiera creído, jamás lo habría comprendido.

Y esa mañana Elena se había dormido, y ahora llegaba tarde. En las calles no había nadie más que ella, que avanzaba presurosa en dirección al instituto. En lo alto, el cielo era gris, y empezaba a soplar viento. Deseaba desesperadamente ver a Stefan. Toda la noche, aunque había dormido de forma muy pesada, había tenido pesadillas sobre él.

Un sueño había sido especialmente real. En él veía el rostro pálido de Stefan y sus ojos furiosos y acusadores. Sostenía en alto un libro ante ella y decía: «¿Cómo pudiste, Elena? ¿Cómo pudiste?». Luego dejaba caer el libro a los pies de ella y se alejaba. Ella le llamaba, suplicante, pero él seguía andando hasta desaparecer en la oscuridad, y cuando ella bajaba la mirada hacia el libro, veía que estaba encuadernado en terciopelo azul. Era su diario.

Un estremecimiento de ira la recorrió mientras volvía a pensar en cómo le habían robado el diario. Pero ¿qué significaba el sueño? ¿Qué había en su diario para que Stefan mostrara aquella expresión?

No lo sabía. Todo lo que sabía era que necesitaba verle, oír su voz, sentir sus brazos a su alrededor. Estar lejos de él era como estar separada de su propia carne.

Subió corriendo los escalones del instituto y penetró en los pasillos casi vacíos. Marchó en dirección al aula de idiomas extranjeros, porque sabía que la primera clase de Stefan era latín. Si podía verle sólo un momento, se sentiría bien.

Pero él no estaba en el aula. A través de la ventanita de la puerta, vio su asiento vacío. Matt estaba allí, y la expresión de su rostro hizo que se sintiera más asustada que nunca. El muchacho no dejaba de echar ojeadas al pupitre de Stefan con una mirada de angustiada preocupación.

Elena se apartó de la puerta maquinalmente. Como una autómata, subió la escalera y fue a su aula de matemáticas. Al abrir la puerta, vio que todos los rostros se volvían hacia ella y se deslizó apresuradamente en el pupitre vacío que había junto a Meredith.

La señorita Halpern detuvo la lección un instante y la miró; luego continuó. Cuando la profesora se hubo vuelto de nuevo hacia la pizarra, Elena miró a Meredith.

Su amiga se inclinó hacia ella para tomarle la mano.

—¿Estás bien? —susurró.

—No lo sé —respondió Elena estúpidamente.

Sentía como si el mismo aire a su alrededor la asfixiara, como si fuera un peso aplastante. Los dedos de Meredith tenían un tacto seco y caliente.

—Meredith, ¿sabes qué le ha sucedido a Stefan?

—¿Quieres decir que no lo sabes?

Los ojos de Meredith se abrieron de par en par, y Elena sintió que el peso se volvía aún más aplastante. Era como estar sumergida a mucha profundidad en el agua sin un traje presurizado.

—No le han arrestado..., ¿verdad? —dijo, obligando a las palabras a salir.

—Elena, es peor que eso. Ha desaparecido. La policía fue a la casa de huéspedes a primera hora de esta mañana y él no estaba allí. También vinieron al instituto, pero hoy no se ha presentado. Dijeron que habían encontrado su coche abandonado junto a la carretera de Oíd Creek. Elena, creen que se ha ido, que se ha largado de la ciudad porque es culpable.

—Eso no es cierto —dijo Elena, hablando entre dientes.

Vio cómo algunos alumnos volvían la cabeza y la miraban, pero ya nada le importaba.

—¡Es inocente!

—Sé que tú piensas eso, Elena, pero ¿por qué iba a irse si no?

—No lo haría. No lo hizo.

Algo ardía en el interior de Elena, un fuego rabioso que hacía retroceder el aplastante miedo. Respiraba entrecortadamente.

—Jamás se habría ido por su propia voluntad.

—¿Te refieres a que alguien le obligó? Pero ¿quién? Tyler no se atrevería...

—Le obligaron, o peor —interrumpió Elena.

Toda la clase las miraba en aquellos momentos, y la señorita Halpern estaba abriendo la boca. Elena se puso en pie de improviso, mirándolos a todos sin verlos.

—Que Dios le ayude si le ha hecho daño a Stefan —dijo—. Que Dios le ayude.

Luego dio media vuelta y se encaminó a la puerta.

—¡Elena, regresa! ¡Elena!

Oyó gritos a su espalda, de Meredith, de la señorita Halpern, pero siguió andando, cada vez más rápido, viendo únicamente lo que tenía justo delante, con la mente fija en una sola cosa.

Pensaban que iba tras Tyler Smallwood. Estupendo. Que malgastaran el tiempo corriendo en la dirección equivocada. Ella sabía qué debía hacer.

Abandonó la escuela, sumergiéndose en el frío aire otoñal. Avanzaba de prisa, las piernas devorando la distancia entre la escuela y la carretera de Oíd Creek. Desde allí giró en dirección al puente Wickery y el cementerio.

Un viento helado echó sus cabellos hacia atrás y le azotó el rostro. Hojas de roble volaban a su alrededor, arremolinándose en el aire. Pero la conflagración de su corazón era abrasadora y consumía el frío. En aquellos momentos sabía qué significaba sentir una cólera intensa. Pasó a grandes zancadas junto a las moradas hayas y los sauces llorones, hasta llegar al centro del cementerio, y miró a su alrededor con ojos febriles.

En lo alto, las nubes pasaban raudas como un río color plomizo. Las ramas de los robles y las hayas se agitaban violentamente. Una ráfaga de viento le arrojó puñados de hojas al rostro. Era como si el cementerio intentara expulsarla, como si le mostrara su poder, aunando fuerzas para hacerle algo horrible.

Elena hizo caso omiso de todo ello. Giró en redondo, buscando con la mirada llameante entre las lápidas. Luego se dio la vuelta y gritó directamente a la furia del viento. Sólo una palabra, pero la que sabía que lo traería.

¡Damon!

En la siguiente entrega de esta apasionante historia…

CONFLICTO



Capítulo 1

—¡Damon!

Un viento helado azotó los cabellos de Elena contra su rostro, tirando de su fino suéter. Hojas de roble se arremolinaban entre las hileras de lápidas de granito, y los árboles hacían entrechocar las ramas frenéticamente. Elena tenía las manos heladas, los labios y las mejillas entumecidos, pero se mantuvo directamente de cara al aullante viento, gritándole:

—¡Damon!

Aquel tiempo era una exhibición de su Poder, destinada a ahuyentarla. No funcionaría. La idea de ese mismo Poder vuelto contra Stefan despertaba en su interior una furia abrasadora que ardía en oposición al viento. Si Damon le había hecho algo a Stefan, si Damon le había hecho daño...

—¡Maldito seas, respóndeme! —chilló a los robles que bordeaban el cementerio.

Una hoja seca de roble que parecía una marchita mano morena avanzó a saltitos hasta su pie, pero no hubo respuesta. En lo alto, el cielo era gris como cristal, gris como las lápidas que la rodeaban. Elena sintió que la ira y la frustración le escocían en la garganta y hundió los hombros. Se había equivocado. Damon no estaba allí, después de todo; estaba sola con el viento que aullaba.

Giró... y lanzó una exclamación ahogada.

Estaba justo detrás de ella, tan cerca que sus ropas le rozaron cuando se dio la vuelta. A aquella distancia, debería haber percibido la presencia de otro ser humano allí parado, debería haber notado el calor de su cuerpo o haberle oído. Pero Damon, por supuesto, no era humano.

Se echó hacia atrás un par de pasos antes de poder controlarse. Todos los instintos que habían permanecido en silencio mientras gritaba a la violencia del viento le suplicaban ahora que huyera.

Cerró los puños.

—¿Dónde está Stefan?

Una línea apareció entre las oscuras cejas de Damon.

—¿Stefan qué?

Elena se adelantó y le abofeteó.

No había pensado hacerlo antes de hacerlo, y luego apenas pudo creer que lo había hecho. Pero fue un bofetón potente y seco, dado con toda la fuerza de su cuerpo tras él, y torció el rostro de Damon hacia un lado. La mano le ardía. Se quedó allí quieta, intentando calmar la respiración, y le observó con atención.

Iba vestido como le había visto la primera vez, de negro. Botas blandas negras, vaqueros negros, suéter negro y cazadora de cuero. Y se parecía a Stefan. No comprendía cómo no se había fijado en ello antes. Tenía los mismos cabellos oscuros, la misma tez pálida, el mismo inquietante atractivo. Pero sus cabellos eran lisos, no ondulados, los ojos eran negros como la medianoche y la boca era cruel.

Volvió la cabeza lentamente para mirarla, y Elena vio enrojecer la mejilla que había abofeteado.

—No me mientas —dijo con voz agitada—. Sé quién eres. Sé lo que eres. Mataste al señor Tanner anoche. Y ahora Stefan ha desaparecido.

—¿De verdad?

—¡Sabes que sí!

Damon sonrió y a continuación apagó la sonrisa instantáneamente.

—Te lo advierto: si le has hecho daño...

—Entonces, ¿qué? —repuso él—. ¿Qué harás, Elena? ¿Qué puedes hacer contra mí?

Elena se quedó callada. Por primera vez, reparó en que el viento se había apagado. El día se había vuelto sepulcralmente silencioso alrededor de ambos, como si estuvieran inmóviles en el centro de algún gran círculo de poder. Parecía como si todo, el cielo plomizo, los robles y las hayas moradas, el mismo suelo, estuviera conectado a él, como si absorbiera Poder de todo ello. Permanecía parado con la cabeza ligeramente echada hacia atrás y los ojos insondables y llenos de extrañas luces.

—No lo sé —musitó la muchacha—, pero encontraré algo. Créeme.

Él rió de improviso, y el corazón de Elena dio un vuelco y empezó a palpitar con fuerza. Dios, era hermoso. Apuesto era una palabra demasiado pobre y gris. Como de costumbre, la carcajada sólo duró un instante, pero incluso cuando sus labios se serenaron dejó un vestigio en sus ojos.

—Te creo —respondió, relajándose mientras paseaba la mirada por el cementerio.

Luego volvió el rostro hacia ella y le tendió una mano.

—Eres demasiado buena para mi hermano —dijo con toda tranquilidad.

Elena pensó en apartar su mano de un manotazo, pero no quería volver a tocarle.

—Dime dónde está.

—Más tarde, tal vez..., por un precio.

Retiró la mano, justo mientras Elena advertía que en ella lucía un anillo como el de Stefan: de plata y lapislázuli. «Recuerda eso —pensó con ferocidad—. Es importante.»

—Mi hermano —siguió él— es un estúpido. Cree que porque te pareces a Katherine eres débil y te dejas influenciar fácilmente. Pero se equivoca. Pude percibir tu ira desde el otro extremo de la ciudad. La percibo ahora, una luz blanca como el sol del desierto. Tienes fortaleza, Elena, incluso tal y como eres. Pero podrías ser mucho más fuerte...

Ella le miró fijamente, sin comprender, sin gustarle el cambio de tema.

—No sé de qué hablas. ¿Y qué tiene eso que ver con Stefan?

—Hablo de Poder, Elena.

De improviso se colocó muy cerca de ella, con los ojos fijos en los de la muchacha y la voz baja y apremiante.

—Lo has probado todo y nada te ha satisfecho. Eres la chica que lo tiene todo, pero siempre ha habido algo que ha estado fuera de tu alcance, algo que necesitas desesperadamente y no puedes tener. Eso es lo que te estoy ofreciendo. Poder. Vida eterna. Y sensaciones que no has tenido jamás.

Elena sí lo comprendió entonces y la cólera ascendió por su garganta. Sintió una asfixiante sensación de horror y rechazo.

—No.

—¿Por qué no? —susurró él—. ¿Por qué no probarlo, Elena? Sé sincera. ¿No hay una parte de ti que lo desea?

Los ojos oscuros del joven estaban llenos de un ardor y una intensidad que la mantenían paralizada, incapaz de desviar la mirada.

—Puedo despertar cosas en tu interior que han permanecido dormidas toda tu vida. Eres bastante fuerte para vivir en la oscuridad y enorgullecerte de ello. Puedes convertirte en una reina de las sombras. ¿Por qué no tomas ese Poder, Elena? Deja que te ayude a tomarlo.

—No —dijo ella, apartando violentamente los ojos de los de él.

No le miraría, no le permitiría hacerle eso. No le permitiría hacerle olvidar... hacerle olvidar...

—Es el secreto supremo, Elena —insistió él, y su voz era tan acariciadora como las yemas de los dedos que rozaban su garganta—. Serás como no lo has sido nunca antes.

Había algo terriblemente importante que ella debía recordar. Damon usaba Poder para hacer que lo olvidara, pero no le permitiría hacerla olvidar...

—Y estaremos juntos, tú y yo.

Las frías yemas de los dedos acariciaron el costado de su garganta, deslizándose bajo el cuello del suéter.

—Sólo nosotros dos, para siempre.

Sintió una repentina punzada de dolor cuando los dedos de Damon rozaron dos heridas diminutas en la carne de su cuello, y su mente se aclaró.

Hacerla olvidar... a Stefan.

Eso era lo que él quería expulsar de su mente. El recuerdo de Stefan, de sus ojos verdes y de su sonrisa, que siempre tenía tristeza acechando tras ella. Pero nada podía arrancar a Stefan de sus pensamientos ya, no tras lo que habían compartido. Se apartó de Damon, echando a un lado aquellas frías yemas, y le miró directamente a la cara.

—Ya he encontrado lo que quiero —dijo con brutalidad—. Y con quien quiero estar para siempre.

Los ojos de Damon se llenaron de oscuridad en forma de una fría cólera que barrió el aire entre ambos. Al mirar al interior de aquellos ojos, a la mente de Elena acudió la imagen de una cobra a punto de atacar.

—No seas tan estúpida como lo es mi hermano —dijo él—. O tendré que tratarte del mismo modo.

Ahora sí estaba asustada. No podía evitarlo, no con el frío vertiéndose en su interior, helándole los huesos. El viento volvía a alzarse, las ramas se agitaban.

—Dime dónde está, Damon.

—¿En este momento? No lo sé. ¿Es que no puedes parar de pensar en él por un instante?

—¡No!

Se estremeció, y los cabellos volvieron a azotarle el rostro.

—¿Y ésa es tu respuesta final hoy? Asegúrate de estar totalmente convencida de querer jugar a esto conmigo, Elena. Las consecuencias no son ninguna tontería.

—Estoy segura. —Tenía que detenerle antes de que volviera adueñarse de ella—. Y no puedes intimidarme, Damon, ¿o no te has dado cuenta? En cuanto Stefan me contó lo que eras, lo que habías hecho, perdiste cualquier poder que pudieras haber tenido sobre mí. Te odio. Me repugnas. Y no hay nada que puedas hacerme, ya no.

El rostro del joven se alteró, la sensualidad retorciéndose y congelándose, volviéndose cruel y tremendamente dura. Rió, y su risotada resonó una y otra vez.

—¿Nada? —preguntó—. Puedo haceros cualquier cosa a ti y a los que amas. No tienes ni idea, Elena, de lo que puedo hacer. Pero lo averiguarás.

Retrocedió, y el viento se abrió paso a través de Elena como un cuchillo. Su visión pareció nublarse; era como si motas de luminosidad inundaran el aire ante sus ojos.

—Se acerca el invierno, Elena —dijo él, y su voz era nítida y espeluznante, sobreponiéndose al aullido del viento—. Una estación implacable. Antes de que llegue, habrás averiguado qué puedo hacer y qué no. Antes de que el invierno esté aquí, te habrás unido a mí. Serás mía.

La arremolinada blancura la cegaba, y ya no podía ver la masa negra que era la figura de Damon. En aquellos momentos, incluso la voz de Damon se desvanecía. Se abrazó a sí misma, con la cabeza inclinada al frente y todo el cuerpo estremecido. Musitó:

—Stefan...

—Ah, y una cosa más —la voz de Damon regresó a ella—. Me preguntaste antes por mi hermano. No te molestes en buscarle, Elena. Le maté anoche.

La cabeza de la muchacha se alzó violentamente, pero no había nada que ver, sólo la mareante blancura que quemaba su nariz y sus mejillas y espesaba sus pestañas. Hasta ese momento, cuando los finos granos se posaron en su piel, no comprendió qué eran: copos nieve.

Nevaba el primero de noviembre. En las alturas, el sol había desaparecido.

Fin

DESPERTAR

CRÓNICAS VAMPÍRICAS

www.cronicasvampiricas.com

Crónicas vampíricas es una serie que cuenta la historia de Stefan y Damon Salvatore, dos hermanos vampiros, y de Elena Gilbert, la chica que debe elegir entre ellos, y cuyos títulos son:

Despertar

De próxima aparición:

Conflicto

Furia

Reunión oscura